NARRATIVA COMPLETA



1

RELATOS 1913-1927

Lectulandia

La obra narrativa de Bertolt Brecht (1898-1956), cuyos inicios coinciden con la cristalización de su temprana vocación literaria, se entrecruzó a lo largo de la vida del autor con el resto de su labor creativa y estuvo animada por los mismos objetivos que guiaron su producción teatral y poética. Los RELATOS —divididos en dos volúmenes— recogen la totalidad de la obra brechtiana en este campo siguiendo un orden cronológico. Este primer tomo reúne las narraciones breves publicadas en diversos periódicos y revistas entre 1913 y 1927, además de algunos inéditos correspondientes a este mismo período. A partir de la aparición de la breve parábola *La guerra balcánica* la publicación de sus primeros relatos en una revista de Augsburgo marcha en paralelo con sus primeras tentativas en el campo del periodismo.

Lectulandia

Bertolt Brecht

Relatos 1913-1927

Narrativa completa - 1

ePUB v1.1
Chachín 20.08.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Prosa. Aus «Gesammelte Werke», Band Vund Band VI*
Bertolt Brecht, 1913-1927.
Traducción: Juan J. del Solar B.
Diseño/retoque portada: Orkelyon

Editor original: Chachin (v1.0 a v1.1)
ePub base v2.0

Guerra balcánica

Un hombre viejo y enfermo caminaba por el campo. De pronto lo asaltaron cuatro mocetones y le quitaron sus pertenencias. Triste, el anciano prosiguió su camino. Pero en la encrucijada más cercana vio, sorprendido, cómo tres de los ladrones atacaban al cuarto para despojarlo del botín. Durante la trifulca, éste cayó al suelo. Lleno de alegría, el anciano lo recogió y se alejó a toda prisa. Pero en la ciudad más próxima fue detenido y conducido ante el juez. Allí estaban los cuatro mocetones, nuevamente bien avenidos, y lo acusaban:

Pero el juez dictaminó lo siguiente:

El anciano debería devolver a los jóvenes el último bien que le quedaba. —De lo contrario —dijo el sabio y justo magistrado— esos cuatro individuos podrían sembrar la discordia en el país.

Historia de uno que jamás llegaba tarde

Sátira

Érase una vez un tipo inteligente. Muy inteligente. Monstruosamente inteligente. Tan inteligente que, en las noches serenas, oía crecer los árboles y toser a las lagartijas tísicas. Pues sí, era incluso más inteligente. Es lo que también creía todo el mundo y, claro está, él mismo más que nadie. Lo cual es absolutamente decisivo. ¡Cómo no iba a conocerse a sí mismo! Pues nada: era muy inteligente. Algo valiosísimo, sin duda. Pero tenía una cualidad que era cien, no, mil, no, cien mil veces más valiosa aún: jamás llegaba tarde. «En el mundo puede ocurrir todo, lo que sea, pero que alguna vez yo llegue tarde es algo tan absolutamente imposible como pretender que un asno sea un camello. ¡Así es!» Eso lo decía él mismo. Y él tenía que saberlo, ¿verdad?

Y el jovenzuelo se fue haciendo hombre y crecía en virtud y sabiduría. Y sus parientes se preguntaban seriamente a dónde iría a parar todo aquello, y si era posible que hubiera tanta astucia como la que el chico poseía.

Entretanto, y mientras los parientes y conocidos discutían y se hacían lenguas sobre lo que el talentoso joven llegaría a ser algún día, éste meditaba con particular atención sobre tan importante problema.

Aún estaba indeciso entre ser Príncipe de los poetas o Emperador de los soldados.

Ambas profesiones tenían su lado bueno.

¿Príncipe de los poetas? Hmm, podría ser, después de todo. Su parentela no hubiera tenido nada que objetar. Ya había escrito poemas maravillosos. Su talento estaba demostrado. Su espléndido poema «El amor» era todo un paradigma clásico. Ya la copla final

Amor divino y glorioso,
que surges del corazón,
con tu impulso tan hermoso,
vences del dolor la acción.

se hallaba por encima de toda crítica. La excelencia de otro de sus poemas quedaba

demostrada por su publicación en uno de los últimos números de la revista «Gartenlaube». De modo, pues, que Príncipe de los poetas era una posibilidad a tener en cuenta.

N.° 2: Emperador de los soldados tampoco estaría mal.

Claro que el talentoso joven no hubiera aceptado nada *por debajo* de un imperio franco-español. ¡Ni hablar! Además, conquistarlo era muy fácil. Bastaba con entablar amistad íntima con el ex rey de Portugal, volver con éste a España y, después de asesinarlo, hacerse proclamar emperador. ¡Sencillísimo! ¿Verdad? Tempranamente había puesto ya de manifiesto sus dotes militares.

Emperador de los soldados tampoco era, pues, una opción despreciable.

Y así, el pobre y talentosísimo joven vacilaba entre dos profesiones. Pues ambas tenían también sus desventajas. El Príncipe de los poetas tenía que saber componer algún poema, por desgracia. Y el Emperador de los soldados tenía que empezar por buscar a ese rey necio al que quería destronar.

Estuvo mucho tiempo indeciso.

Hasta que por fin decidió ser dependiente en un gran almacén. Y lo fue. Pues lo que se proponía, lo llevaba siempre a cabo. Y era feliz entre las latas de arenques y las cajas de sombreros.

Su ideal ahora era convertirse en Rey de la bolsa. ¡Pero en uno que pudiera llamar pordioseros a los Rothschild! Y entonces, por esa época, cuando él tenía exactamente quince años, se produjo un acontecimiento. El talentoso joven se enamoró. La primera consecuencia de ello fue que el dependiente de comercio, alias Príncipe de los poetas, tocado por un Eros ávido de rosas, parió un poema…, un poema… ¡Oh! ¡Oh! ¿Qué clase de poema? Pues una gran obra, una revelación. Comprendía veinte estrofas y llenaba un cuadernillo íntegro. Cada estrofa tenía diez versos, cada verso, doce palabras… Algo colosal. ¡Titánicamente grandioso!

Pero no fue sino el primero. En el segundo juró convertir en su esposa a «la bella de los ojos negros». Lo juró al nocturno y misterioso resplandor de una vela, y por su barba. Y al hacerlo cogió entre sus dedos los dos pelillos de un centímetro de largo que constituían su barba, uno de los cuales, por desgracia, se desprendió. Y ahí empezó la cosa. Se puso de manifiesto que nuestro querido Príncipe de los poetas tenía un pequeño fallo. Era tímido. Siempre que se encontraba con su futura esposa, la esquivaba, temeroso, dando un gran rodeo.

Y así pasaron meses, años y decenios. Siglos… Bueno, he ido demasiado lejos. Transcurrieron sólo dos meses. Y un día —estaba lloviendo— la vio del brazo de otro. Aquella tarde no supo cómo volvió a su casa. Solo, abandonado por Dios y por los hombres, se echó a llorar en su solitario cuartito.

Que los hombres serios lloren es mala señal…

Pero luego se mesó la barba, es decir, tiró del último pelo que le quedaba en la

barbilla. Y se puso melancólico. Se pasaba días enteros absorto en sombrías cavilaciones, meditando tras las latas de arenques. Meditaba sobre un problema: *un extraño problema*. Era el siguiente: ¿Cómo puede ser que alguien *tan* inteligente llegue tarde?

Se pasaba largo rato pensando…

Con el tiempo perdió el juicio. No hacía más que murmurar: Y yo no llego tarde.

Y si es que no se ha muerto, todavía ha de estar vivo…

Cuento

Había una vez un príncipe, muy lejos, en un país de leyenda. Como no era más que un soñador, le encantaba tumbarse en una pradera cercana al palacio y, con la mirada fija en el cielo azul, perderse en ensoñaciones. Pues en aquella pradera las flores eran más grandes y hermosas que en cualquier otro lugar.

Y el príncipe soñaba con castillos blancos, blancos, con altísimos espejos y terrados luminosos.

Pero ocurrió que el viejo rey murió y el príncipe le sucedió. Y el nuevo rey solía instalarse en los terrados de castillos blancos, blancos, con altísimos espejos.

Y soñaba con una pequeña pradera donde las flores eran más grandes y hermosas que en cualquier otro lugar.

La madre y la muerte

Era una lúgubre y despiadada noche de diciembre. La tormenta pasaba rugiendo sobre los tejados de la ciudad, se aferraba a las chimeneas, descendía por ellas con gran estrépito y arremolinaba los grandes copos de nieve blanca que, desde el mediodía, habían caído ininterrumpidamente del cielo gris de diciembre.

En el saloncito del maestro cerrajero Rottenbrocker reinaba aquella noche, mientras afuera bramaba la tormenta, un ambiente de plácida intimidad. En la salita de estar, de techo bajo, el maestro cerrajero se hallaba sentado a una mesa rectangular. Era un hombre pequeño, inquieto, con rostro de expresión férrea, ojos de un azul acerado, cabellera hirsuta y un espeso y bien cuidado bigote sobre el trazo firme de la boca. La camisa arremangada dejaba al descubierto sus morenos brazos, que él tenía apoyados sobre la mesa mientras leía el periódico a la clara luz de una lámpara de petróleo.

En el rincón derecho de la habitación, oculta en la penumbra, se hallaba la cama donde Frau Marie Rottenbrocker, ya fuera de cuenta, esperaba que el parto sobreviniese de un momento a otro. Era una mujer seria, de mediana edad, alta y descarnada, con un rostro sombrío y hermético y un par de ojos duros, sobre los que planeaba un aura de pesarosa amargura. Era una mujer tranquila y trabajadora, Frau Marie Rottenbrocker. Tampoco hablaba mucho. Jamás tenía tiempo para su marido, cuyas caricias soportaba a regañadientes. Las caricias y los besos no eran lo suyo.

Por fin iba a cumplirse ahora su deseo común de tener un hijo. Ya llevaban semanas esperándolo; hacía tiempo que Ludwig no frecuentaba la taberna ni asistía a reuniones políticas para poder estar presente a la hora del parto. Todo estaba ya preparado. Ludwig sólo tendría que correr a casa de la comadrona y, si era necesario, telefonear al médico. Y ahora que estaban allí, el maestro cerrajero sentado a la mesa, su esposa sentada en la cama, ambos meditaban sobre lo mismo: el niño. Y la mirada de la mujer adquirió brillo y serenidad. Siempre habían deseado un hijo, pero mientras el maestro prefería una niña, el ideal de su esposa era un niño hermoso y de altas prendas, que algún día se hiciera cargo del taller de su padre. Así estaban ambos, absortos en sus pensamientos. El reloj desgranaba su tic-tac, y la tempestad hacía vibrar las ventanas. ¡El ambiente era tan agradable en la habitación! De pronto, Frau Marie lanzó un grito y se desplomó de espaldas en la cama. El maestro cerrajero se puso en pie de un salto, aterrado, y al verla allí tumbada, tan pálida e inmóvil,

descolgó su sombrero y echó a correr, perdiéndose en la noche. La mujer se quedó sola en la cama. Y mientras yacía así tan solitaria, apretándose el dolorido vientre con sus manos huesudas y desolladas, tuvo de pronto un extraño sueño.

Vio a su marido solo en la habitación. Frente a él, sentado en una sillita alta, jugueteaba un niño rubio. El chiquillo se parecía a su marido. De ello dedujo que era su hijo. Pero le extrañó no verse a sí misma sentada a la mesa. Llena de asombro, siguió la mirada de su marido que se deslizó por la pared vacía hasta detenerse en un punto. La mujer vio que allí había un cuadro colgado y, al observar con más detenimiento, comprobó que era su retrato. Esa fotografía se la había regalado a su marido el día de su boda. Pero, ahora, una corona de hiedra verde se enroscaba en torno al retrato. La solitaria mujer se dio entonces cuenta de lo que eso significaba: iba a morir.

Se despertó bruscamente de su sueño. Pero como toda su vida había sido una mujer juiciosa, aquella vez también supo lo que debía hacer. Y se puso a rezar. Rezó por su marido y por el hijo que tenía en el vientre. Y mientras rezaba, de sus ojos bondadosos e inteligentes iban rodando lágrimas que se mezclaban con el sudor de miedo que goteaba de su pálida frente.

Su plegaria se perdió en un susurro, su rostro empalideció aún más. Hasta que a la silenciosa y doliente mujer ya sólo le quedó un deseo: poder besar una vez más a su marido.

Silencio en la habitación. De la pared llegaba el suave tic-tac del reloj; la tempestad hacía vibrar las ventanas. Cuando Ludwig Rottenbrocker regresó, encontró a su mujer muerta. Pero sobre su pecho lloraba el recién nacido.

El voluntario

Aquel hombre fuerte, de robusto pecho, que con paso amplio y brioso marchaba en medio del batallón que partía al frente, destacábase entre los demás soldados, a los que doblaba la edad. Bailaba como un juguete la mochila sobre sus potentes hombros. Su rostro sincero apenas presentaba trazas del sudor que, en gotas brillantes, perlaba las bronceadas caras de los otros soldados. No podía ser el esfuerzo físico ni el agotamiento lo que imponía un doloroso rictus de congoja a aquel rostro maduro.

A su alrededor, el aire se estremecía con los hurras de quienes flanqueaban el camino. Con el tronco profundamente inclinado hacia adelante, la gente gritaba y hacía señas a los que iban a la guerra. Lanzaban flores —botones de rosas, lirios blancos— sobre los soldados.

De rato en rato también caía alguna flor ante el hombre silencioso. Pero él no se agachaba. En una ocasión pareció dispuesto a recoger un aster. Pero en seguida se irguió, como si hubiera pensado que esas flores no le pertenecían.

De vez en cuando miraba a los lados y veía muchas, muchas manos que se agitaban despidiéndose. Él no respondía. Su mirada no se iluminaba. Su rostro era el único triste entre todos esos rostros soldadescos.

Si alguien hubiera podido atravesar con su mirada la amplia y huesuda frente de aquel hombre que marchaba tan silencioso y ensimismado, habría contemplado una extraña imagen, una visión particularmente sobrecogedora: un sombrío calabozo. Y en ese calabozo hay un muchacho acurrucado, de aspecto miserable. El joven tiene un gran parecido con el viejo soldado. Ambos se parecen como padre e hijo.

Ya falta poco para llegar a la estación. En las aceras quedan ahora, sobre todo, los parientes de los que se marchan. Se ven muchos ojos bañados en lágrimas, muchos pañuelos agitados con mano temblorosa; se oyen muchos gritos ahogados.

Los soldados atisban a derecha e izquierda. El hombre silencioso continúa marchando, tranquilo, solitario entre aquella barahúnda, con paso alargado y enérgico, como si tuviera que recorrer un camino infinitamente largo.

Detrás de su frente —de haber sido ésta de vidrio— se hubiera podido ver ahora la imagen de una modesta habitación, en la que una mujer sencilla está cortando pan. Dos niños, de edades comprendidas entre doce y quince años, la observan.

Y entre la agitación y el guirigay de la calle, el hombre reflexiona una vez más sobre todo; que tuvo que abandonar a su familia por aquel que está en el calabozo

oscuro y cuyo honor su padre ha de recuperar, quizás de manos de la muerte.

La estación se yergue gris y sombría en el radiante día.

El hombre alza ligeramente la mirada. Sólo quiere ver un poco… Y, de pronto, su mirada se detiene, como hechizada, en la hilera de espectadores.

Hay allí cinco hombres. No tienen nada de sobrenatural. Su aspecto resulta casi un tanto cómico; son los directivos de la agrupación coral.

Hacía dos años que esas cinco personas no habían vuelto a mirarlo. Desde que su hijo estaba en la cárcel. Y ahora… ahora le hacían señas como poseídos, gritando y vitoreando. «¡Hasta pronto, Kettner!», los oye exclamar. Y le arrojan rosas.

«¡Alto! ¡Descansen… armas!» —resuena la voz de mando.

Y antes de cumplir la orden, alguien levanta la mano y, con el rostro transfigurado, coge al vuelo una rosa.

El árbol de los buitres

Muchos días había resistido el árbol las tempestades de invierno y se había ido doblegando en largos atardeceres, agobiado por la nieve; pero llegó la primavera y, con ella, vinieron los buitres. Y el árbol luchó con ellos desde el canto del gallo hasta la medianoche. Los buitres, que oscurecían el cielo, se precipitaron sobre el solitario árbol con tal ímpetu que éste sintió temblar sus raíces bajo la hierba, y eran tantos que durante horas no pudo ver el sol. Destrozaron la madeja de sus ramas y desmenuzaron sus brotes y tironearon de su cabellera, y el árbol se arrodilló, curvo y desesperado, sobre la tierra de labranza; no se defendió contra el cielo, sino que se afianzó con firmeza en la tierra. Y los buitres se cansaron. Describían amplios círculos en el aire antes de abalanzarse sobre su enemigo haciendo vibrar las alas. Hacia la medianoche, el árbol advirtió que estaban derrotados. El era inmortal y ellos se dieron cuenta, horrorizados. Habían hecho lo imposible por aniquilarlo, pero a él aquello le era indiferente y sin duda se durmió al caer la tarde. A medianoche vieron, sin embargo, que empezaba a florecer. Quería iniciar su floración aquel día tal y como estaba, deshecho y desgreñado, desamparado y sangrante; pues ya era primavera y el invierno había concluido. A la luz de las estrellas giraban los buitres con sus garras sin filo y sus alas destrozadas, y se posaban cansinamente sobre el árbol al que no habían vencido. Éste se estremecía bajo el peso de la carga. Desde la medianoche y sólo hasta que cantó el gallo permanecieron sobre él los buitres, gimiendo lastimeramente en sueños, con sus garras de hierro clavadas en las floridas ramas; pues soñaron que el árbol era inmortal. Pero muy de mañana alzaron vuelo aleteando pesadamente, y en la suave claridad del amanecer, desde lo alto, contemplaron al árbol como una silueta fantasmal, negra y reseca: había muerto durante la noche.

El baile
o
El instante de la condenación eterna

(De las *Visiones*)

Veo un grupo grande de gente en una sala de techo bajo y enmaderado marrón. Son altos y de huesos sólidos y bailan con ademanes rígidos, pues llevan vestiduras de brocado grueso con mucho oro, superpuesto en laminillas. Al bailar, cimbréanse sobre sus estrechísimas caderas como nenúfares y sus brazos se aferran lascivamente en torno a sus cuellos. Todos miran al frente con expresión grave; sus rostros también son muy enjutos, con ojos tristes y oscuros. Seguro que no dicen nada; se han entregado a sus miembros, y éstos bailan. A un palmo por encima de sus cabezas hay nubarrones oscuros; en cualquier momento podrían tocarlos con la mano. Encima mismo de esos nubarrones está sentado Dios Padre, rodeado de sus ángeles más poderosos. Estos se hallan a su alrededor, totalmente inmóviles, formando una masa tan grande que llena el espacio superior en todo su ancho y profundidad. Están listos para combatir, en sus manos llevan enormes espadas. Dando siete pasos a la izquierda y dos hacia delante, se puede advertir que Dios tiene un aspecto triste y severo. De los ángeles también emana un aura terrible. Es el instante en que Dios condena a la perdición eterna a los pecadores de allá abajo. El cielo contiene el aliento y los ángeles se estremecen de infinita compasión. Pero los de allá abajo se cimbrean rítmicamente en sus círculos, tiesos e ignorantes, y no tienden la desnuda mano en un gesto de súplica ni para retenerlo a Él, que ya se aleja, ni para formular una protesta, que nunca más será oída.

Absalón cabalga por el bosque
o
El hombre público

(De las *Visiones*)

El cielo bajo el que cabalga Absalón es de bronce. Esta vez no hay escapatoria. Los árboles por entre los que cabalga Absalón son de cinabrio; no se avergüenzan. El sol es un escudo de cobre, ancho torso sobre el abovedado globo terráqueo; el bosque duerme bajo el polvo; el caballo tiembla.

Está sólo; vio rostros pálidos y se alejó a caballo; ellos lo siguieron con la mirada y lo miraron a la cara, sin pudor, aunque no estaba muerto todavía. Ahora ya sólo se le ve la espalda.

Habían quedado muy perplejos y empalidecido mucho, y él dijo que quería partir y ellos se llevaron las manos a la cara, como si llorasen y se avergonzaran de ello. Él quiso quedarse y nadie dijo nada, y su caballo siguió allí sin que nadie se lo llevara, y él montó y tampoco dijo nada y se lo llevó. Lo dejaron cabalgar solo.

Es joven y fuerte, nada como un pez y casi tiene alas, y los ojos se le llenan de lágrimas al ver a esos desdichados. Pero quienes tienen lágrimas en los ojos no podrán prestar ninguna ayuda. ¿Acaso no son ciegos ellos mismos?

Absalón empieza a pensar en sí mismo y en la tarde del día siguiente y en los pájaros que esa noche están cantando en el bosque, y en el viento sobre la hierba al amanecer; y siente frío en la carne y pide a los árboles de cinabrio que le ayuden y ellos son solamente bonitos.

Era hermoso decir a esos desdichados palabras que penetran como flechas en el corazón y estar a solas entre la negra multitud, por las calles, con los tambores tras de sí, entre las banderas que brillan como barniz de granza. Pero ahora empalidece porque piensa en el fin, en un poco de tierra y en el dolor al cuello y en los pensamientos no pensados.

Lo han dejado solo para que piense en sí mismo, una hora antes de la batalla, para que piense en su cuello y en lo demás y en que uno muere solo por muchos.

Ahora cabalga internándose más y más entre los árboles.

El viaje en el compartimiento

Subió a un tren repleto, en el que los viajeros iban como arenques enlatados, y abrió uno de los compartimientos. Alguien cerró con fuerza la puerta desde dentro. Él volvió a abrirla de golpe y vio un hombre gordo y dos mujeres sentadas, que acunaban criaturas en sus regazos.

—Cierre —dijo el gordo en tono amargo—. Compartimiento para mutilados de guerra.

El viajero permaneció un rato en el pasillo, como un arenque más, con la idea de pasarse así dos horas; pero de pronto abrió otra vez la puerta con gesto esforzado y dijo:

—¿Tiene usted reservas? Aquí hay sitios libres ¡Con su permiso!

El gordo se ponía en pie cada vez que se abría la puerta. Por qué, imposible saberlo.

—Aquí no puede entrar —dijo.

El viajero, que era un hombre joven, lo miró seriamente a la cara y le dijo:

—¿No se da usted cuenta de que es una desconsideración?

El gordo quiso cerrar la puerta, pero el joven puso un pie como cuña. Entrar y sentarse carecía de importancia para él, pero la gente que iba allí dentro estaba actuando injustamente y no tenía por qué salirse con la suya. Es lo que exigía el sentimiento de justicia del joven.

—Me sentaré aquí —dijo—. ¡Quite esa caja!

El gordo se había puesto otra vez de pie. Gotas de sudor le perlaban la frente.

—Tenga compasión de estas mujeres —dijo—. Viajan con niños a los que hay que mecer.

—¿Y por qué habría de viajar yo de pie? —preguntó el joven—. Claro que podría, pero no me da la gana. No hay derecho.

El gordo hizo un último intento.

—No creo que le guste mucho. Los niños lloran todo el tiempo.

El joven se sentó. No pasó un rato agradable. El compartimiento estaba a media luz, las mujeres acunaban a sus críos, que berreaban como si los torturasen. Pero el joven viajero se alegró en su fuero interno, pues había triunfado la razón. Y permaneció cómodamente sentado hasta la estación final.

Tres días después enfermó de escarlatina y jamás recuperó la salud. Aquella gente

del compartimiento viajaba con niños enfermos de escarlatina.

Bargan se desentiende

Una historia de filibusteros

Al filo de la medianoche fondeamos el barco en una ensenada que dormía a la sombra de gruesos y frondosos árboles, cargamos galletas y dátiles secos y nos internamos en la espesura caminando con precaución, como sobre huevos, en dirección oeste. Bargan, que nos guiaba como a una pandilla de niños —y eso que nosotros, filibusteros, no es que pareciéramos precisamente lactantes—, Bargan sabía orientarse mediante las estrellas como el mismo Dios. Después de avanzar sin problemas por la terrible selva, más intrincada que una madeja de hilo, llegamos a un claro y vimos ante nosotros, a la suave luz que precede el alba, la ciudad que buscábamos como a nuestra patria. Con todo sigilo iniciamos nuestra abyecta tarea; al principio no nos molestó ninguno de ellos, pero luego, los que eran arrancados de su sueño por los ángeles exterminadores se fueron enfadando y se entabló un brutal combate en las casas. Siempre entrábamos todos juntos en una casa, nos enzarzábamos con los hombres que, en camisa de dormir, nos atacaban con mesas y puertas, y nos defendíamos de las mujeres que reaccionaban como hienas. Sus chillidos llenaban el aire como una niebla helada a medida que, paso a paso, avanzábamos hacia la ciudadela apoyada contra un cerro pelado e integrada por unos cuantos edificios de madera. Un grupo de los nuestros —yo mismo entre ellos— logró penetrar por un portón abierto, pisándoles el talón a los fugitivos. El portón se cerró, y las mujeres, repartidas en camisón por las murallas y andamiajes, empezaron a tirar piedras y objetos de madera sobre nuestras cabezas, poniéndonos en una situación sumamente incómoda. Con las cabezas ya bañadas en sangre, empezamos a silbar muy fuerte para que Bargan nos oyera, y él vino por detrás con unos cuantos hombres. Adelantándose a todos había entrado en la ciudadela siguiendo, bajo el maderamen, el curso del impetuoso riachuelo en el que hasta un pez se hubiera destrozado el vientre contra las rocas puntiagudas. Pero Bargan no podía ver morir a ninguno de los nuestros. A partir de ese momento todo fue más rápido, tanto más cuanto que tuvo una de sus increíbles ocurrencias. Los más tenaces de nuestros enemigos se habían atrincherado en la casa de madera situada a mayor altura, a la que sólo se hubiera podido acceder teniendo alas. Hacia ella corrían de todas partes los que no habían caído aún, de suerte que pronto se convirtió en una especie de fortín

que, si seguía devorando así más enemigos (que en su interior podían armarse), bien podría acabar siendo una temible ratonera, porque nosotros, los filibusteros, nos habíamos desperdigado por todo el poblado y muchos ya habían empezado a satisfacer a las mujeres, y a las tortugas se las puede hacer matar por niños. Por eso mandó Bargan reunir un buen número de mujeres y varios de nosotros empezamos a violarlas, procurando que nos vieran desde el fortín; el espectáculo, estupendo, causó tal impresión en la carcoma atrincherada allá arriba que, contrariando todas las reglas del arte de combatir, fueron saliendo de su refugio de madera como jóvenes toros para caer abatidos como tiernos corderitos, temblorosos e indefensos, uno tras otro o de diez en diez. Y así se conquistó la ciudad gracias a la sabiduría y a la experiencia humana de Bargan, y cuando las casas bien despertaron, nos pusimos a recorrerlas ruidosamente, admirando nuestras nuevas propiedades. Fue una buena jugarreta, pero si hubiéramos visto la trampa oculta detrás de todo aquello —un anzuelo agudo y curvo y asesino— tal como la vemos hoy o como la vimos cinco semanas más tarde, habríamos preferido conquistar el fuego infernal antes que aquella hermosa ciudad, repleta hasta reventar de cosas útiles. A los prisioneros, que serían unos setenta —los otros seguirán durmiendo en sus casas hasta el día del Juicio, y sobre ellos ya no lloverá—, los llevamos a uno de los patios del ayuntamiento, donde pudieron sentarse y descansar sobre las piedras. En las primeras horas de delirio triunfal nadie tuvo tiempo para ocuparse de ellos; sólo hacia mediodía hizo Bargan formar filas y entró él también donde estaban para echarle una ojeada a las mujeres. Todos se levantaron tiritando de frío, pues la mayoría no llevaba puesta más que la camisa de dormir; la operación se había desarrollado tan rápido que Dios apartó su rostro de ellos para vigilar la cosecha en el Brasil. Por lo demás, había varias mujeres guapas entre ellos, vale decir que estaban en camisón y tiritaban, y nosotros llevábamos siete semanas sin ver una sola piel joven. Un tiburón hubiera pensado que íbamos tras ellas como Dios detrás de un pecador arrepentido, y Bargan comenzó la partida señalando a una mujer joven para que se la llevaran a su tienda. Al principio no la miramos bien; el gusto de Bargan no era muy refinado que digamos, se acostaba con gente de baja ralea, y no en vano se decía que tenía esa enfermedad americana que va pudriendo a los cristianos pieza por pieza. Pero en ese momento se produjo un altercado entre Bargan y su amigo Croze, el «pie equino de St. Marie», motivado por aquella joven a la que ambos aspiraban. Bargan hubiera liquidado en seguida a cualquier otro, pues entre amigos nunca nos matábamos por aguardiente o por dinero, ni tampoco por cuestiones de honor, pero sí por mujeres. Sin embargo, el diablo sabrá por qué Bargan andaba loco por ese individuo obeso que, como un perro al que nadie quiere, había estado lo que se dice en la calle hasta que él lo acogió en su seno. Pero ahora se había hinchado como un perro envenenado, bebía como una cuba, se jugaba las monedas de oro de Bargan —ganadas con el sudor de todos nosotros, excepto el suyo—, y por

último, ante nuestros propios ojos, le disputaba ahora a Bargan una mujer que pertenecía a nuestro jefe tanto como su propio pie. Pronto empezamos todos a gritar que Bargan, quien no estaba nada seguro de que su propio pie le perteneciera, debería llevarse a la mujer definitivamente; pero él, como de costumbre, ordenó formar filas y pasó revista seguido por el renqueante pie equino de St. Marie. Al pasar le miramos a los ojos y os puedo decir —y pude decirlo ya entonces— que en el fondo de esos ojos había traición, mucosidades y pescados podridos.

Pasamos todo el día bebiendo y divirtiéndonos con las mujeres. Estábamos de acuerdo con aquel mendigo que tiró su camisa vieja y piojosa por encima de una cerca y dijo: ¡Vivir y dejar vivir! Sólo Bargan se quedó trabajando en su tienda (jamás se alojaba en una casa, siempre decía que el techo podía derrumbarse) casi todo el día; repartiendo el botín, entre otras cosas, en la medida en que éste consistiera en oro puro. No miró a la joven ni una sola vez, y por la noche todos sacudimos nuestras pesadas cabezotas al enterarnos de que Croze estaba con la muchacha; el propio Bargan había dispuesto que la llevaran a la casa donde el pie equino de St. Marie había pasado la tarde acostado con otra persona. Más tarde comentamos que su animadversión contra Bargan, quien lo amaba como a un niño, surgió porque la noche en que le llevaron a esa mujer, Croze ya no podía y eso lo irritó. De cualquier forma, varios de nosotros encontramos esa misma noche a la joven degollada en la habitación de Croze, quien, después de liquidarla como a una gallina, había puesto pies en polvorosa en plena noche y con niebla. Con él huyeron siete u ocho individuos que no querían a Bargan porque les había tocado en suerte un alma ruin. Cuando, muy de mañana, se lo dijimos a Bargan, él no dejó traslucir nada, pero en seguida se puso a beber con la mirada fija en un agujero, entre nuestras manifestaciones de júbilo, que se prolongaron tres días más. Al atardecer del tercer día, cuando las mujeres ya habían sido consumidas y el aguardiente tenía un gusto amargo, regresó el gordo Croze, pero solo, como si viniera de hacer sus necesidades en el monte, y nos miró a todos con expresión interrogante. Y aunque nos hubiera gustado arrancarle su grueso pellejo por sobre las ternillosas orejotas, hicimos como si no le hubiéramos echado de menos ni hubiéramos encontrado la gallina aquella tan sólo porque Bargan tampoco hizo nada por disimular la alegría que le produjo ese regreso, para él nada honroso. Y os días subsiguientes, cuando organizamos la partida, los dos siguieron viviendo igual que antes, como dos hermanos que hubieran cometido juntos un asesinato.

En carretas de bueyes cargamos las mejores cosas que encontramos —las buenas tuvimos que dejarlas—; luego buscamos los jamelgos y dejamos todo listo, pues habíamos calculado que nuestra expedición duraría tres o cuatro días y ya había transcurrido una semana. Pero cuando partimos, faltaban las municiones. Había habido cantidades ingentes de pólvora, que nosotros *incrementamos* con el botín, y

ahora todo había desaparecido, volatilizándose sin dejar el menor rastro. Los centinelas no habían oído nada, quizá estuvieran durmiendo la borrachera; lo curioso era que las cajas de arriba eran las mismas de antes, sólo que llenas de arena, y en lugar de los toneles que había debajo, encontramos cajones y barriles de arenques, trastos inservibles todos. Buscamos como sabuesos y aplazamos la partida. Al día siguiente, en un estanque, dimos con los dichosos barriles de pólvora; hubiéramos podido dormir sobre ellos. Ardua tarea había sido transportarlos hasta allí sin que los no implicados en la operación se alarmasen; nadie tenía la más mínima prueba, pero nadie, en el campamento, ponía tampoco en duda que Croze estuviera vinculado al latrocinio como una madre al ombligo de su hijo. El cordón umbilical fue cortado con los dientes; pero a partir de entonces tuvimos muy presentes al pie equino de St. Marie, que se paseaba todo el tiempo entre los barriles de arenques vacíos como un peletero al que una inundación le hubiera arrebatado pieles ya vendidas, así como a aquellos individuos a los que la selva devorara.

Nuestra columna tenía el vientre hinchado en lo que a número de carros y bueyes de tiro se refiere, y un puño paralítico en lo tocante a barriles de pólvora vacíos; felices y confiados avanzábamos entre los árboles que íbamos derribando con hachas, y tuvimos que rellenar las grietas del terreno para pasar al otro lado. Era un trabajo aburrido. Nos entretenía más de lo que deseábamos y hubiera sido conveniente.

Al segundo día de marcha empezamos a internarnos por una pintoresca zona pedregosa, con hermosas paredes de roca a derecha e izquierda, cuando de pronto comenzó a caer una lluvia de piedras del tamaño de huevos de avestruz, o incluso mayores. Nos metimos entre los carros y los bueyes, que querían partir en distintas direcciones porque las piedras parecían más duras que nosotros, y sólo pudimos ocultarnos bajo las ruedas y aguardar a que el cielo nos compadeciera o se quedara sin piedras. En otras circunstancias hubiéramos disparado a las alturas, y además de las piedras habrían caído también algunos ángeles flacos; pero con arenques ni siquiera Bargan podía hacer fuego. Hubiéramos debido dejar que nos sepultaran lenta o rápidamente, y los individuos de allá arriba, que organizaban la lluvia, habrían contemplado un campo donde si bien antes llegó a crecer algo útil, tras la granizada ya sólo quedaban piedras en las que no se leía ningún nombre. Uno de nosotros tuvo entonces una inspiración y, arriesgando su vida, cogió al pie equino de St. Marie por el cuello y lo arrastró fuera de su carro, donde se había acurrucado muy seguro, como la yema en el huevo. Los de arriba debían de ver bien, y sin duda recordaban con gratitud ese carro, pues la lluvia cesó de inmediato y pudimos seguir adelante.

Fue una clara señal del cielo, y si Bargan sólo hubiera sido ciego, la habría visto. Pero quería al gordo Croze y nos dijo que no había prueba alguna y deberíamos avergonzarnos. Y Croze, que estaba a su lado mirando el sol, le dio la mano ante nuestros ojos. En ese momento decidimos que uno de nosotros debería vigilar

siempre a Croze, de día y de noche, ya que Bargan no lo hacía; éste cerraba los ojos y vivía con Croze como dos amigos perdidos en la oscuridad de una selva y que no tienen a nadie más. Tuvimos, pues, que abrir mucho los ojos, pues Bargan era el tipo de persona con la que hubiéramos preferido irnos todos al diablo antes que causarle el menor daño.

Pero luego ocurrió aquello de la dirección del viento.

De alguna manera debíamos de habernos extraviado. El buen Dios se había equivocado con las estrellas. En otros tiempos, Bargan solía echar una mirada al cielo y nosotros podíamos, en plena selva virgen, avanzar seguros tras él hasta encontrar alguna estaca. Ahora se quedaba horas calculando ante su tienda, según decían los centinelas; a veces también discutía dentro con Croze, que se insolentaba cada vez más. Hasta que al final perdió el rumbo y tuvimos que hacer un gran esfuerzo para que no advirtiera nuestros sentimientos. Más tarde, incluso sus instrucciones empezaron a fallar de vez en cuando. Todo comenzó con lo de las estrellas.

Pensamos que estaba preocupado por Croze, al que se había dedicado en cuerpo y alma; le ocurría lo que a un hombre que prefiere reparar cinco veces la cadena del ancla antes que agenciarse una nueva, por más tempestades que haya. En pocas palabras, fuimos indulgentes con él y hasta le perdonamos el penoso lío con Jammes, al que Croze acusó de haberle robado su cuchillo y a quien Bargan hizo azotar, aunque todos sabíamos que el cuchillo era de Jammes y Bargan debía saber que el cuchillo no era de Croze. Este ni siquiera creyó necesario avalar su acusación con alguna mentira y se limitó a mirar fijamente a su amigo, como queriendo ponerlo a prueba. Después hasta circuló el rumor de que el pie equino de St. Marie había dicho a Bargan que reconocía el cuchillo aquel como suyo porque había sido el mismo con el que degolló a la mujer que Bargan le regalara. Aquello fue el colmo de los colmos. Y muy de Croze.

El error de rumbo resultó terriblemente penoso. Desembocamos muy por debajo del punto de la ensenada donde habíamos fondeado el barco. Y entonces, pese a todo lo ocurrido, Bargan decidió enviar a Croze por delante para anunciar nuestra llegada a la tripulación de la nave. Nos opusimos en bloque, pero de nada sirvió. El pie equino de St. Marie acabó imponiendo su voluntad y se nos adelantó a todos. Lo vimos internarse en la espesura, gordo y bilioso, a lomos de su jamelgo. Teníamos la sensación de que un cangrejo nos atenaceaba la garganta.

Aun no llevábamos dos horas de marcha, cuando el hombre que había acompañado a Croze volvió con el mensaje de que éste y toda la tripulación nos saldrían al encuentro en la desembocadura de un río seco que conducía a la ensenada; que nos dirigiéramos allí. Barruntamos gato encerrado, pero Bargan nos guió realmente hacia el lecho de un río, y aunque sabíamos que el diablo metería su cola en el asunto, ignorábamos sus intenciones, y por eso, y también por respeto a Bargan,

obedecimos. Bajo un viento frío proseguimos nuestra marcha sobre las sólidas piedras del fondo del río, al filo del atardecer. El lecho se empezó a ampliar muchísimo y al final perdimos de vista las orillas. Nos preguntábamos si no se habría secado por completo o si no lo habríamos abandonado. Montado en su potro negro, Bargan tenía el rumbo en la cabeza con tanta seguridad como sus dos ojos. A la tenue luz de las primeras estrellas que surgían de un cielo cada vez más oscuro y que, por razones muy concretas, conservo más claramente en mi recuerdo que las de cualquier otra noche, seguimos avanzando en correcto orden hasta que, en medio de la creciente oscuridad, sentimos de pronto agua en los zapatos y advertimos, con escasa alegría, que el agua empezaba a subir, y no con demasiada lentitud. Además, en las zonas poco profundas la corriente seguía una dirección determinada, contraria a la nuestra, lo cual nos ayudó a comprender que el lecho del río seguía estando bajo nuestros pies tanto como la suela de nuestros zapatos, pero que no se trataba del lecho de un río, sino de una entrada de mar, y que la marea se esforzaría seriamente por ahogarnos a todos, hombres, caballos y carros, antes del primer canto del gallo. Al principio, la oscuridad nos permitía aún mirarnos amigablemente unos a otros; pero una niebla blanda y repulsivamente blanquecina fue ocultando las pocas estrellas visibles, y el agua empezó a subir en torno a nuestros tobillos con la seriedad de un fenómeno que conoce bien su oficio. Obtener nuestro botín nos había costado a nosotros y a los anteriores propietarios mucho sudor y sangre, pero ahora nos vimos obligados a abandonarlo en esas frías aguas que, ocupadas en su absurda ascensión, se preocupaban de nosotros menos que si fuéramos piedras secas. El río parecía un ojo que, por distintas razones, se iba oscureciendo progresivamente, como sucede en el amor siempre que el delirio se aproxima. Cuando las aguas llegaron a un punto suficientemente alto como para resultar molestas aunque hubieran estado tranquilas, empezaron a cobrar vida y a agitarse como un remolino. Los carros se fueron atollando y nosotros nos montamos en los bueyes. Pero también éstos comenzaron a ver la cosa difícil y, según nuestros cálculos, hacia la medianoche se hundió el primer buey en la marea sin lanzar un solo mugido y fue arrastrado por ella. A esa hora tuvimos que pensar en nadar y lo hicimos fraternalmente aferrados a grandes tablas de madera. Aún podíamos mantenernos unidos, si bien no todos; algunos se alejaron nadando un rato y hasta ahora no he vuelto a verlos. Bargan, sin embargo, permaneció a nuestro lado.

Unas dos horas después de medianoche sentimos suelo firme bajo los terrones que pendían de nuestras rodillas y, encabezados por Bargan, nos trepamos a una pequeña isla rocosa en la cual, sin fuego ni mantas, hambrientos y con la ropa empapada, y temiendo que el agua pudiera llegar hasta donde estábamos, aguardamos la mañana como el pecador espera la voz de Dios el día del Juicio final, la voz y el permiso de entrar, por la puerta de la derecha, en la célebre bienaventuranza eterna.

Bargan no dijo una sola palabra en todas esas horas, aunque nosotros pensábamos en los setenta hombres y mujeres que, a pedido de Croze, hiciera sacrificar antes de nuestra partida.

Al amanecer bajaron las aguas, y, cuando el gélido viento del alba hubo secado nuestras ropas, pudimos continuar buscando el barco, sin botín y privados incluso de cosas que habíamos llevado a la selva con nosotros, así como de muchos camaradas. Y sólo al mediodía encontramos la ensenada. No nos había ido muy bien que digamos, habíamos soportado aguas heladas y lluvias de piedras, congelándonos como perros que, de noche, esperan alguna perra en celo; pero los ojos que teníamos en la cara aún debían de ser nuestros, y la ensenada era aquella, la reconocimos como a nuestra madre al ver el tupido follaje de los árboles. Sin embargo, nuestros debilitados ojos no vieron ni rastros del barco que, con dos velas izadas, quedara amarrado a esos frondosos árboles. No se veía ni el cabo con el que lo habíamos atado. Pero entre los árboles iba y venía, renqueando, el pie equino de St. Marie, pálido y con la ropa en desorden, meneando el trasero como si todo estuviera a buen recaudo. Luego le preguntó a Bargan dónde se había metido, que él llevaba horas esperando, adolorido, y allí no había nadie, que si querían dejarlo abandonado entre las fieras salvajes. Bargan se limitó a mirarlo y ni siquiera preguntó por el barco, sino que se alejó de nosotros y, pasando junto a Croze, se internó entre los troncos como quien busca algo que no se ve muy bien desde lejos. Pero a nosotros Croze nos explicó, rápidamente y por encima del hombro, que el barco ya se había ido cuando él llegó, que o todos eran una sarta de crápulas o bien el viento y la marea habían roto las amarras. Renqueando siguió luego a su amigo, sin duda porque interpretó correctamente la expresión de nuestras caras.

Nos quedamos de pie entre los árboles, con las rodillas temblorosas y los ojos desorbitados; pero cuando alguien pierde sus gafas no puede ver nada ni tampoco, y por la misma razón, encontrarlas. Seguirá estando ciego por toda la eternidad si nadie acude en su ayuda. No podíamos, pues, dar ya alcance a nuestro barco si no nos crecían alas y para eso hubiéramos tenido que morirnos antes, como mínimo. Sin embargo, preferimos no tirar la escopeta, para la cual no nos quedaba más pólvora, por si Bargan recuperaba otra vez la salud. Enviamos gente a buscarlo y lo hallaron sentado en un tocón, con un brazo en torno al cuello de Croze. Y entonces le dijeron en pocas palabras que era culpable de la ejecución de los setenta, de los siete muertos en la cantera, de la desaparición de muchos de nosotros por efecto de la marea y de la subida al cielo de nuestro barco; él, Bargan, era el culpable de todo aquello, no el pie equino de St. Marie, al que ellos hubieran ahogado la primera vez como a un perro sarnoso. Querían, no obstante, pedirle a él, Bargan, que los siguiera dirigiendo, pues él merecía cualquier sacrificio. A Croze, en cambio, querían liquidarlo a toda prisa y echarle encima no menos de siete palmos de tierra. Preferían dominar su asco y

arrancar una verruga con los dientes que desechar al hombre entero. Bargan escuchó sus palabras con gran serenidad, y cuando terminaron de hablar, les preguntó qué harían si él se negaba a dejar a su amigo en la estacada por unas cuantas sospechas sin fundamento. Y ellos empezaron a pasar en revista todo lo ocurrido y, acumulando prueba sobre prueba, arguyeron que al final Croze había enviado a aquel hombre sabiendo que no le hubiera quitado el ojo de encima, y con un mensaje que debía sepultar a Bargan y a todos los demás bajo las aguas, al tiempo que él se hacía cargo del barco. Y mientras ellos lo iban viendo todo más claro a medida que hablaban, el pie equino de St. Marie, sentado en su tocón de árbol, sonreía burlonamente y se pasaba la mano abierta por la negra cabellera, que llevaba peinada hacia atrás y se le había pegado de puro sucia, formando mechones lisos. Bargan, sin embargo, preguntó qué pensaban hacer si él se negaba. Y en ese momento los nuestros vieron claramente cuál era la posición de Bargan; conocía todo lo ocurrido mejor que ellos, pero no quería renunciar a aquel perro grasiento, Dios sabría por qué. Regresaron, pues, sin decir palabra y nos lo contaron todo.

Nos pusimos muy tristes porque nos dimos cuenta de que a Bargan le estaba ocurriendo algo que nadie había podido prever que le ocurriera, y muy bien podía ocurrirle a cualquiera de nosotros: naufragar a pleno sol y con las velas desplegadas. Pero es lo que le sucedió a Bargan al quedarse a solas en el bosque con el pie equino de St. Marie, haciendo oídos de mercader. No discutimos mucho rato, ya que el mejor de nuestros hombres había contraído un cáncer, sino que hicimos la señal de la cruz en el aire y cortamos con él de forma radical. Algunos quisieron dejarle una bolsita de dátiles a aquel que nada tenía, excepto un amigo que lo había traicionado, pero los demás nos opusimos a que se atiborrara de alimentos a un cadáver cuando los vivos tenían el estómago vacío. De suerte que nos fuimos sin ver nuevamente a Bargan, a quien tanto habíamos querido, un cálido día de verano, por la espesura de la ensenada de Santa María, en Chile.

Nos pasamos dos días buscando el barco con la sensación de que un cangrejo no puede alcanzar a un galgo, pero al fin encontramos, flotando en la ensenada, un carracón de dos velas muy parecido al *Pesebre de San Patricio*: sí, parecía un hermano gemelo de nuestro barco. Y ese hermano gemelo flotaba bajo el sol del mediodía. Si hubiéramos podido esperar la llegada del suave crepúsculo, honrar al *Pesebre de San Patricio* con nuestra visita habría significado un paseíto con huevos y botellas de vino; pues construir una bonita balsa nos llevó menos tiempo que el que, en su momento, nos costó adquirir nuestro querido cascarón. Pero el querido cascarón parecía estar ya en posesión de su carga porque abusaba del viento con todas las velas, aunque éste, que sin duda intuía la situación, se hacía de rogar muchísimo, y ellos navegaban tan mal como si acabaran de salir de la escuela de timoneles para tripular un moderno velero de dos palos. De todas formas, tuvimos que apresurarnos

y saltamos a la balsa y empezamos a remar con placentero ímpetu hacia nuestro pez gordo. Este desperdició su precioso tiempo con ejercicios coreográficos sumamente divertidos hasta que nos pusimos a tiro, y nosotros avanzamos a todo remo como si estuviéramos con la mujer de otro hombre y con la impresión de haber robado la balsa. Las primeras balas silbaron entonces sobre nuestras cabezas, dándonos la bienvenida. Uno de nosotros, que había salvado su bolsa de pólvora colgándosela al cuello, también disparó por una cuestión de honor, pero en ese momento ocurrió algo que nos estremeció hasta la médula. A nuestro primer tiro apareció en la borda, muy erguido, un estupendo blanco al que conocíamos bien, y que respondía al nombre de Bargan. No nos alegró mucho que el hombre que quería sacar nuestro cascarón a alta mar lo antes posible y sin nosotros a bordo, se llamara Bargan. ¡Y ahora estaba tan seguro de nuestra debilidad por él que protegió a toda su nueva tripulación contra nuestros disparos! Aún no sabíamos que, cuando dejamos de disparar porque se trataba de *él*, estábamos cometiendo una injusticia con nuestro Bargan.

Cuando trepamos al barco —el mismo Bargan dejó caer una cuerda— el silencio era total, como en una iglesia, y no se veía nada. El propio Bargan no era ya algo digno de verse, llevaba puesto un traje horrible, sin duda regalo de su amigo Croze, y más le hubiera valido ponerse una máscara ¡tan poco impresionaba su nueva cara! Aunque tal vez su aspecto se debiera a que llevaba un traje tan horrible. Buenos días, le dijimos ya a bordo del *Pesebre de San Patricio*, ¿nos estabas esperando? No, dijo. Por lo visto estás muy solo, preguntamos luego mirando de reojo las escalerillas. No, dijo él. Entonces vimos que no podía pronunciar más de *una* palabra, y como eso es muy poco para un hombre como el que había sido Bargan, nos avergonzamos de nuestra injusta ira y le preguntamos con voz suave: ¿De modo que encontraste el barco? Seguro que salieron a nuestro encuentro y luego regresaron. Diciendo esto queríamos echarle una mano, porque estaba allí de pie, como un niño, y el espectáculo nos resultaba intolerable. Pero él abrió la boca y dijo que no, que no era así. Entonces vimos que no sabía mentir; no había aprendido a hacerlo. Y lo dejamos allí y bajamos al interior del barco, y él siguió de pie en el mismo sitio, inmóvil, como si fuera un prisionero.

Abajo encontramos también a los queridos compañeros que, tras abandonar en su día la ciudad, se habían encargado de la lluvia aquella y, con grandes esfuerzos, habían transportado la pólvora al estanque y, por último, no habían considerado excesiva una excursioncilla en el *Pesebre de San Patricio*. Acuclillados contra las paredes, conversaban temblando. En medio de ellos, sentado en un rollo de cuerda, estaba su dios, el pie equino de St. Marie, gordo y desvergonzado, quien nos miró como si fuéramos los invitados a su boda; sólo el cráneo le temblaba un poco, y, vista de frente, su sonriente cara parecía un tanto pálida. Nos permitimos preguntarle con todo respeto en qué creía él de momento, cuál era su religión, cuáles sus expectativas

profesionales, cuál el futuro de los hijos que aún no había tenido y qué pensaba de una vida después de la muerte. Luego alguien preguntó por qué habían timoneado tan atrozmente mal teniendo a Bargan entre ellos. Se supo entonces que a Bargan le habían encomendado la tarea de fregar la cubierta; así lo había querido el pie equino, y ellos lo habían llevado, amenazándolo con cuchillos, hasta el cubo de agua, pues tendría que ganarse honradamente el pan en el barco de Croze. Justamente nos disponíamos a encajarle al delicioso monstruo un golpe en plena dentadura, cuando Bargan bajó por la escalerilla y nos pidió que dejásemos a Croze en paz y nos entendiéramos con *él*. No empleó muchas palabras. Nosotros nos miramos y, sólo por decir algo, alguien lanzó a las negras aguas residuales la siguiente preguntita: ¿Sabéis qué ha sido de esos chicos buenos que debían defender este barco contra nuestros enemigos, mientras nosotros conquistábamos la ciudad y obteníamos el suculento botín? Mas no salió respuesta alguna de las fauces del monstruo, que eran negras y dejaban ver raigones podridos, y en las cuales uno se asfixiaba. Entonces comprendimos que los pobres chicos se habían perdido al dirigirse, a nado, a comunicarnos que el *Pesebre de San Patricio* se disponía a zarpar y debíamos apresurarnos si queríamos alcanzarlo. Dos de los nuestros cogieron entonces a Bargan por los brazos y subieron con él la escalerilla, mientras nosotros, en la semipenumbra aquella, entregábamos nuestras manos al recuerdo de nuestros queridos hermanos. Sólo respetamos el cuello de Croze, pues el tipo subió detrás de su amigo y preferimos reservarlo para más tarde.

Una vez arriba, encerramos al pie equino de St. Marie en una jaula de madera donde antes había vivido un mono. A Bargan lo dejamos en libertad, pues ¿de qué sirve hablar con un hombre que tiene una enfermedad y medita sobre las estrellas? Luego izamos las velas y abandonamos la ensenada.

Por la noche festejamos el regreso con generosos tragos de aguardiente y rendimos homenaje a nuestros queridos cadáveres, que en ese momento —como bien dijo uno de los nuestros— estarían flotando, cara al cielo, bajo la suave luz de las estrellas, hacia algún destino olvidado, como alguien que no tiene patria, pero sí nostalgia de ella. Bargan no apareció; sólo al final, cuando la mayoría estaba ya durmiendo, se acercó a mí, que vigilaba sentado ante la caja de madera, y me dijo: «¿Me dejarías entrar en la jaula o tienes algo en contra?». Allí estaba de pie, a la luz de las estrellas, aún me parece verlo y oírlo; ahora quizás ya lleve tiempo bajo tierra, o tal vez no, qué se yo. La pregunta le exigió un gran esfuerzo. No se veía el interior de la jaula, pero dentro estaba el pie equino sentado, escuchando cada palabra. Por eso le contesté, sin menoscabo alguno del respeto que siempre me había inspirado, pues había sido el mejor capitán de filibusteros en muchas millas a la redonda, hasta el Ecuador: «¿No preferirías ir a tu camarote»? Él pensó un momento y dijo: «¿Significa este barco algo para ti?». Yo repliqué: «Daría mucho por él». Se volvió a

quedar pensando otro rato y dijo: «Yo quiero al que está allí dentro». Entonces lo comprendí y, sin poder contenerme, le dije: «Y por lo visto el barco no significa mucho para ti». Mas él no comprendió y al cabo de un rato me dijo: «¡Pero, por favor, déjanos ir!» Debo confesar que yo tenía dentro algunos tragos de aguardiente, pero el corazón se me encogió al ver que quería irse del barco y no era capaz de hablar de él, y sólo había dicho «pero», palabra en la que resumía todo cuanto era capaz de expresar. Y seguro que él leyó todo esto en mi cara, porque prosiguió: «Si yo os dejo el barco y vosotros me dejáis a aquél, quedaremos en paz, al menos en lo que a mí respecta, pues no tengo mucho más que ofrecer por él». Yo me quedé pensando y él añadió: «Cierto es que también sería un favor», palabra que cayó como un golpe dado con un buen cuchillo en mi piel de cocodrilo. Seguí pensando largo rato, y mientras un ligero viento nos mecía sobre las aguas, cuyo chapoteo era perceptible, él permaneció todo ese tiempo allí, de pie, y yo no podía ver su cara, oculta en la oscuridad. Y aunque cada ráfaga nos internara más y más en alta mar, alejándonos de la costa a la que él quería volver, no dijo nada para apresurar mi decisión.

Pero yo pensé en su destino aquella noche, y ante mí lo vi todo claro como una pradera a la luz de la mañana, una pradera que va siendo devorada lentamente por un bosque y sólo provisionalmente sigue ahí. Aquel hombre había apostado su dinero a una carta y ahora la defendía. Pero la tal carta era un fracaso, y cuanto más apostaba, más perdía; él mismo se daba perfecta cuenta, aunque sin duda quería deshacerse de su dinero, ya no le quedaba otra salida. Así le iban las cosas a él, que era un gran hombre, un esfuerzo creador de Dios, y así podían irnos a cualquiera de nosotros; a uno lo asaltaban en plena luz, así de inseguros estamos todos en este planeta.

Y entonces abrí la jaula y, con mis propias manos, llevé al gordo Croze hasta el botecito, y Bargan me siguió. No miró a la derecha ni a la izquierda cuando subió al bote, pese a que aquel era su barco, en el que durante diez años no siempre había hecho cosas buenas —aunque sí unas cuantas—, pero al menos había vivido y trabajado mucho, y había sido justo y adquirido cierto prestigio; pues ni lo miró cuando bajó al botecito detrás de su amigo, y tampoco dijo nada.

Y por la noche, mientras se alejaba remando lentamente y yo lo seguía con la mirada —después no volví a verlo ni oí nada de él ni del pie equino—, comprendí una serie de cosas sobre la vida en este planeta, y estuve más cerca de Dios que en muchos de los peligros en que me he visto envuelto personalmente.

Pues de pronto comprendí a Dios, que por un perro gordo y sarnoso, indigno de cualquier cuchillo, y al que no se hubiera debido matar, sino dejar morir de hambre, sacrificaba a un hombre como Bargan, que no admitía comparación con nadie, un hombre que había sido creado para conquistar el cielo, y que ahora, sólo porque quería tener alguien a quien poder ser útil, se aferraba a ese crápula y, por él, se

desentendía de todo y encima hasta se alegraba de que aquel a quien quería no fuera un buen hombre, sino un niño maligno y glotón que se lo engulliría de un sorbo, como un huevo crudo. Pues que me descuarticen si encima no se regodeaba con la idea de arruinarse por el perrito en el que había puesto sus ojos, con todas sus pertenencias, y por eso se desentendía de todo el resto.

La juventud de Bargan

Nadie sabe de dónde proviene realmente Bargan. Muchos piensan, sin embargo, que nació en los bosques. Hay bosques enormes en Chile, selvas de follaje espeso y un verde muy intenso, intrincadas como en ningún otro sitio, con pantanos de color marrón dorado en los que mora el crimen, y muchas precipitaciones, animales feroces y lujuriantes enredaderas, todo ello de una gran animación y mayor luminosidad que en el norte. Hordas de monos avanzan por los techos de hojas jóvenes y se trenzan en mortal combate con las decrépitas serpientes que, en su juventud, solían devorar cimarrones. El sol hace crecer guirnaldas verdes sobre los gruesos troncos resecos, y en los gorgoteantes pantanos las alimañas se entredevoran con maligna sonrisa.

Hay quienes afirman que Bargan creció en las ciudades costeras, que practican un corrupto tráfico de oro, esclavos, tabaco y qué sé yo cuántas cosas más, y son, en conjunto, como los pequeños colmillos venenosos en las fauces de una serpiente remolona y de piel tornasolada, unos colmillos jóvenes, podridos y a punto de caerse. Aunque quien haya visto el rostro de Bargan preferirá creer lo de los bosques.

Pero venga de donde venga (en una balada sobre él, que suele cantarse en los bares de la zona costera al son de pequeñas guitarras españolas, se dice que creció en un árbol), Bargan debió de haber sido hermoso, rollizo y de piel dorada, como los bronces incaicos, esos ídolos indígenas que parecen exactamente frutos de oro (¡con los que además uno puede romperse los dientes!). Pues incluso en años posteriores, y en todo momento, se le notaba que alguna vez tuvo que haber sido hermoso, y las mujeres también lo husmeaban bajo su piel picada de viruelas y toda suerte de imperfecciones.

Tendría unos catorce años de edad cuando hizo su aparición en los campos de Chile, donde algunos granjeros le dieron trabajo. No es totalmente seguro, yo no he hablado con ninguno de ellos, pero es lo que se cuenta. En las primeras semanas se mostraba huraño con la gente, según dicen; jamás trabajaba dándole la espalda a alguien y, de noche, dormía fuera de las empalizadas. Era alto y fuerte, y aunque sus ojos fríos y malignos repelían a todo el mundo, la gente se habría acostumbrado a él si no hubiera durado tan poco en cada nuevo trabajo. Pues se volvió más holgazán que un negro. Sobre todo se negaba a hacer por mucho tiempo el mismo trabajo; le gustaba andar bien erguido, con paso ágil y cimbreante como un animal selvático, asentando apenas los talones. Le desagradaba el canto de algunos hombres que

trabajaban en os maizales, fumar le daba asco, y cuando alguna vez le echaban, en broma, un trago de aguardiente en la garganta, él mostraba la dentadura con gesto insidioso y desaparecía en la oscuridad. Pese a tener un par de hombros peligrosos, recibía zurribandas de padre y señor mío que, sin embargo, le importaban poco, por más que los otros muchachos lo aleccionasen sobre lo que debía hacer un hombre blanco. Era perezoso y le gustaba tumbarse al sol como la gravilla: comer y observar el viento entre los olmos, así como los insectos, que uno puede distinguir con el oído; y los animales, a su vez, lo seguían y hablaban con él en su lenguaje.

La primera historia, la de las plantaciones de maíz, me la contó Edvard Glump, con quien Bargan habló en su propio idioma durante toda su vida. Una mala persona, Dios lo sabe.

Según E. G. había otro que trabajaba mal en la plantación, un mestizo amojamado y ancho de espaldas que bebía aguardiente como un cosaco y graznaba luego, de noche, canciones incompresibles en el granero. Durante un tiempo solía deslizarse entre las plantas de maíz detrás de Bargan, con una expresión demasiado indiferente, y una vez lo cogió por entre las piernas, a lo que el otro replicó con un puñetazo en el estómago. Durante el otoño, el mestizo se enemistó con toda la granja porque, en sus borracheras, se metía siempre con una chica de la cocina que era muy bien proporcionada. Luego propuso a Bargan incendiar la plantación. Bargan, que además era el único que no lo despreciaba más que los otros, no tenía el menor deseo de hacerlo. Pero sí tenía ganas de abandonar la plantación; y un día en que una división de soldados acampó dentro de la empalizada, no le hicieron gracia sus griteríos ni sus bromas, pero sí que marcharan, y le dijo al granjero que deseaba irse. El granjero no lo apreciaba, pero tampoco le pagaba, por lo que le escupió tabaco de mascar en la cara. Entonces él acordó fugarse aquella noche con el mestizo, que a su vez convenció a la chica cocinera: ésta robaría pólvora y un fusil, y los tres se encontrarían en la plantación. Ella lo hizo principalmente por el muchacho; pues aunque era una impúdica madeja de miembros secos y podía hacer muchas cosas, nunca lo había tenido encima. Esa tarde le dio la pólvora y lo esperó en la plantación. El mestizo se presentó, y ambos esperaban a Bargan cuando en la granja resonó un confuso vocerío y varios tiros cayeron en el maizal. Los dos yacían muy juntos y apretados detrás de un estercolero, junto a un granero lleno, y, pese al peligro, empezaban ya a divertirse cuando no lejos de donde estaban se elevó un resplandor rojo y se oyó un crepitar entre las parduzcas plantas. E. G. dice que era un ruido similar al que uno oye cuando le chamusca la piel a un gato. En su huida, Bargan notó agitación en la granja y rápidamente prendió fuego al maizal. Este, gracias a Dios, estaba seco y ardió furiosamente en dirección al cortijo. Allí había gente y animales y nada de agua; y si uno prestaba atención sólo con los oídos, como al escuchar los insectos, podía pensar que no había sino animales; más o menos como

cuando los gatos emiten sonidos muy agudos, no su maullido habitual, sino un rugido persistente, aunque más débil. En el maizal yacían, rígidos, el mestizo y el montón de miembros que habían esperado a Bargan, y pronto se pusieron negros. Bargan, en cambio, tuvo problemas con los caballos que, al pasar él frente a la cuadra, se inquietaron y empezaron a piafar, despertando a la granja. Se había quedado demasiado tiempo junto a ellos antes de prender fuego, y ahora cabalgaba arreándolos rumbo al sur, por los oscuros caminos que, dos días antes, recorrieran los soldados en su marcha.

Se cuenta que fue aquella la primera vez que Bargan estuvo a punto de ser ahorcado, cuando unos granjeros lo pillaron con los veinte caballos. No tenía nombre ni hablaba lengua alguna, y a nada se parecía tanto como a un cuatrero. Se dice que ellos, de pie en los estribos de sus cabalgaduras, ya lo habían alzado en vilo cuando él, lanzando un monstruoso alarido que espantó a las bestias, se trepó de un brinco a unas ramas y desapareció saltando de árbol en árbol como un gran mono, por encima de sus cabezas.

Más tarde tuvimos en el barco a un hombre llamado Patry, que a la sazón era soldado en el destacamento al que se unió Bargan, y nos contó que éste se les había presentado sin caballos, vestido sólo con unos pantalones destrozados. Lo contrataron para que cuidara los caballos, pues no podía entenderse con nadie más que con ellos.

Patry solía sentarse a su lado y le enseñaba palabras sueltas, y decía que nunca había visto un mozo que en ese medio año lleno de combates, hambre y grandes esfuerzos, le hubiera resultado tan extraño. Lo habrían podido dejar en un bosque con sólo árboles y árboles, sin que él hubiera necesitado nada: tan poco se aburría.

Fragmento

En las tabernas de Chile, entre un ruido estremecedor que proviene de cantos, maldiciones, juegos de naipes y duelos o navajazos, hay gente con cara de lagartija y de otras cosas que, día tras día, cuenta historias sobrecogedoras y sarcásticas sobre rocines, mujeres, hombres con ojos de mono, minas de plata, serpientes marinas y el *Pesebre de San Patricio*; y las hay para todos los momentos del día y de la noche… historias de todo tipo, desde las que surgen del simple fumar tabaco hasta las que se inventan bebiendo whisky. Y dos o tres son verdaderas.

Una famosa historia es la de Bargan y los espejos.

Comienza en un bar donde vendían whisky.

Se habían pasado el día entero bebiendo; luego llegó la noche y siguieron bebiendo. Pero ya al atardecer se habían agotado las historias y las sensaciones de los bebedores se habían alterado; la luz verde era demasiado verde; el rostro de enfrente, demasiado desnudo; el whisky, demasiado cálido. Fue un alivio cuando, a la hora de cenar, entró en el *saloon* la tripulación de un bergantín cargado de maíz que había tomado puerto esa mañana. Aquello era una cueva de tiburones borrachos en la que penetraban arenques jóvenes; pero traían una noticia.

El *Horsesqueen* navegaba ante las islas.

Era éste una carraca gigantesca y no muy apreciada, con un bosquecillo de mástiles y un ejército de insectos sanguinarios y acuchilladores que coleccionaban insignias de buques corsarios como si fueran mariposas.

Y la gente del bergantín contó que, durante los combates, el *Horsesqueen* no disparaba un solo tiro, en parte por avaricia y en parte por arrogancia. Se limitaba a embestir con el espolón o lanzaba a su gente al abordaje, cuchillo en mano.

Bargan está cenando mientras ellos cuentan todo eso; cuando termina de cenar, pregunta quién quiere acompañarlo a ver el *Horsesqueen*.

Los del bergantín se ríen y le preguntan si no conoce el brutal aspecto de la carne picada; pero los hombres de Bargan no ríen. Tienen un nudo en la garganta y nada bueno se prometen de la visión del *Horsesqueen*.

En la taberna hay otros tres o cuatro capitanes corsarios que conocen a Bargan y querrían ir con él de cacería, a cazar barcos cargados de cereales o lobos marinos en Groenlandia; pero la visión del *Horsesqueen*, el *Reina de los Caballos*, les resulta muy poco prometedora; sería un placer, ciertamente, pero los tiempos no están para

placeres.

Edvard Glump tampoco espera nada del *Horsesqueen*.

Entretanto, Bargan sigue comiendo; ha pedido una segunda porción, por lo visto aún tiene apetito. Algunos fuman, todos beben, uno de los hombres del *San Patricio* empieza una nueva historia que todos conocen y quieren volver a oír; y, de pronto, Bargan, que ha acabado de comer, dice: «¡Venga, vamos!».

Y se levanta, arroja unas cuantas monedas sobre la mesa y hace una seña a los hombres del *San Patricio*. Pero éstos tienen casualmente esa noche la piel gruesa como parche de tambor, cara muy roja y gruesa piel de tambor, y apenas si escuchan la nueva historia, y Bargan se para junto a otra mesa.

De pie ante la mesa junto a la cual se ha detenido, Bargan lanza una mirada algo oblicua por encima de sus hombres; sin duda está calculando la cuenta. Ha cenado dos veces. Entretanto pregunta a los capitanes si no tienen ganas. No, los capitanes, por lo que a ellos respecta, no tienen ganas.

Bargan se dirige entonces tranquilamente a la puerta y dice que él, por su parte, tiene ganas. La gente del *San Patricio* se ha puesto en pie y los del bergantín se ríen; Bargan ya sólo dice que se siente demasiado solo en el *Pesebre* y pregunta si pueden dejarle los espejos por uno o dos días. Y descolgó los tres espejos de la pared del *saloon*, que de vez en cuando se convertía en un burdel.

Y salió con los espejos bajo el brazo. Solamente lo siguió Edvard Glump, que no se sentía muy a gusto abandonado entre los hombres del *San Patricio*.

Fragmento

Historia en un barco

Llevábamos ya cuatro días dando tumbos bajo un cielo gris verdoso, enjabonado, que nos quería devorar, aniquilar con piel y pelos, y nuestra piel era gruesa, y esos pelos eran los últimos que nos quedaban, tantos habíamos perdido ya. Pero al atardecer del cuarto día —un día que no olvidaré, con su indiferencia en las aguas y esa luz evanescente sobre las escotillas—, nos preparamos para la noche como viudos dispuestos a casarse por última vez, pero que no las tienen todas consigo, debido sobre todo a la parafernalia de rigor. Bebimos nuestro último whisky y encendimos las últimas velas y pusimos las mejores caras que pudimos encontrar, y nos persuadimos de que no achicaríamos agua en nuestras últimas horas porque era algo indigno y, además, no valía la pena.

La luz se desparramaba, pues, sobre todo, una luz particularmente buena y cara; no quedaba un solo rincón oscuro en nosotros ni en el viejo velero, que era un billete de lotería no premiado que nos habíamos sacado; y probablemente nosotros también fuéramos billetes no premiados y al final se acabó la luz. Pero cuando nos reunimos luego en el comedor con nuestras velas y nuestro whisky y nuestra luz tan especial, la cosa volvió a cambiar y ya no fue necesaria esa luz tan especial, una luz excepcionalmente costosa para unos cuantos cadáveres, y volvimos a oscurecer un poco el ambiente y apartamos la vista de los rincones, pues ya no valía la pena hacer ningún esfuerzo. Y dejamos de hablar tan burda y torpemente como esos jovenzuelos inexpertos que opinan que es preciso decir la última palabra sobre todo y que decir la verdad siempre está permitido, lo cual no es sino una disculpa para los palurdos y maestros de escuela. Por eso hablamos tan finamente como nos fue posible; pues maldiciones se lanzaron muchísimas, podéis creéroslo, pero con una enorme cautela y delicadeza. «Dicki» por aquí y «viejo querido» por allá, y nada de un viento que se acabó después que nosotros, ni de un viejo velero que se acabó con nosotros, ni de un agua que nunca se acabaría. Sí, con un poco de whisky —que ya no teníamos por qué ahorrar— hasta logramos correr un velo especialmente oscuro y denso sobre ciertas cosas, y aunque no soltamos una sola sílaba sobre el mañana o cosas por el estilo, se abrió paso una especie de suposición tácita, como si pasado mañana pudiésemos hablar de todo aquello, y cada cual trataba, en la medida de sus fuerzas, de afianzar en los demás la idea de que no había nada tan firme y duradero como él mismo, y de que un comedor era un sitio poco acogedor. Manky, por ejemplo, dijo que no

deberíamos ahorrar whisky en absoluto, ya que a bordo no podríamos hacer niños ni tener descendientes, puesto que faltaban esas criaturas pelilargas necesarias para ello. Y aquella fue, en resumen, y habida cuenta de las especialísimas circunstancias, una buena frase de Manky.

Pero ahora pasaré al asunto del cual quería hablar y por el cual he soltado toda esta cháchara; en seguida veréis que era preciso hacerlo. Pues uno de nosotros —su nombre no tiene ya valor alguno en este planeta, no designa nada, y un día designó a un hombre no demasiado gordo, pelirrojo, con dos portillos en la dentadura y escasa capacidad culinaria—, uno de nosotros, digo, dijo algo que nos llamó la atención y aún recordamos ahora, al cabo de muchos años. Y no pienso olvidarlo hoy. Todavía recuerdo que se levantó con su vaso, se dirigió a la pared y puso el vaso en una mesita al tiempo que decía aquello, y lo dijo de manera tal que no quedó claro si había meditado mucho su acción. Dijo: *Estoy harto de ir por ahí rodando. Harto. Me vuelvo a casa*. Sí, eso fue todo.

Ahora podrá no pareceros gran cosa, y nadie empalideció cuando yo lo conté, pese a los trucos que empleé y al énfasis que puse, pero aquí no estáis en un comedor, ni tampoco sopla aquel viento, etc., y apenas podréis comprender que, dichas esas palabras, se hiciera un gran silencio, como cuando un hombre o diez ven en la oscuridad una luz que luego se apaga y resulta ser la colilla de un puro. Cierto es que Ferry —he acabado diciendo su nombre— lo comprendió bastante bien, en seguida se quedó sin aliento al ver aquello; notamos perfectamente que se puso pálido, más pálido que la pared ante la cual se había detenido. Y al instante abandonó el acogedor salón, lo cual era una auténtica locura con aquel oleaje, y nunca volvió a entrar, y hasta hoy ninguno de nosotros ha preguntado adónde se marchó. Tenía un hogar, una casita en el Estado de Arkansas, con una esposa que lo esperaba, pero no se dirigió allí, y nosotros lo sabíamos perfectamente cuando lo dijo, tan perfectamente como que nunca volveríamos a ir a ningún lado en este planeta, nosotros, los que no teníamos «hogar» alguno. Y aunque sabíamos que ni él ni nosotros volveríamos a ir jamás a ningún sitio, y que el agua es igualmente húmeda para todos, nuestro odio era tan grande que él lo sintió inmediatamente y salió a enfrentarse al agua; pues no sabíamos que el viento cesaría por la mañana y el agua se calmaría en pocas horas, y terminamos el viaje sin cocinero y sin whisky.

La iluminación

Un hombre de mediana edad paseábase una tarde por la alameda, cuando al ver un perro enorme que cazaba palomas a lo largo de un negro arroyuelo, advirtió que no era bien visto en esos pagos. Y en seguida volvió a casa.

Nada de particular había ocurrido aquel día. Los negocios le iban bien, su amante era la única chica entre sus conocidas que no era idiota. Alguien, esa mañana, había contado en la peluquería la historia de Apfelböck, un chiquillo de trece años que había matado a tiros a sus padres. Al hombre le temblaban las rodillas al subir, ahora, la escalera.

Cuando volvió a ocuparse del caso Apfelböck (el muchacho conservó durante siete días los cadáveres de sus padres en un baúl), se le ocurrió que al día siguiente podría matar sin más ni más al dentista, con un cuchillo, por ejemplo. El dentista tenía un cuello blanco y macizo. Pero también podría no matarlo.

Quiso sentarse al piano y tocar algo de Haydn; pero Apfelböck había esperado siete días, y en ese lapso (debido al hedor) se mudó primero al canapé de la sala de estar y luego al balcón. Haydn no podía disimular todo aquello.

El hombre daba vueltas por la habitación oscura, iba de ventana en ventana, miraba el vacío y los tejados azules de allá abajo, y se retorcía las manos. Aquello era insoportable. Ya habían pasado siete días.

Luego se tumbó en la cama. «Uno no es responsable», pensó. «Este planeta es algo meramente provisional. Avanza por el espacio con muchos otros, con una serie de astros, en dirección a una estrella de la Vía Láctea. En un planeta así uno no es responsable», pensó. Pero la oscuridad se había hecho excesiva en la cama.

Tuvo que levantarse y encender velas; encontró cinco, las cogió, las encendió y las puso en las esquinas de la cama; dos en la cabecera, dos a los pies y una en la mesita de noche. Ahora había cinco luces. «Algún significado tendrá», pensó.

Pero después de todo aquel esfuerzo sintió el hedor de los cadáveres de ambos padres. ¿Que debía mudarse al balcón? Por supuesto que no lo hizo. Eran imaginaciones suyas. Y además no tenía balcón.

«Si me muriese», se dijo el hombre; «pero es imposible salir del círculo. Estoy atrapado. El cubrepiés es rojo aunque yo no lo quiera, y seguirá siendo rojo aunque yo me muera. El cubrepiés es más fuerte que yo. Seguro que no tiene ningún deseo. No puede hacer el tonto».

Las moscas zumbaban. Atrapó una. Para hacerlo se arrodilló en la cama y pasó la mano por la pared, sueltas las mangas de camisa, a la luz de las cinco velas. Cuando la tuvo, pensó: «Una ocupación provechosa a la hora de la muerte».

«Si me muriese», pensó. «Quisiera tener un hijo. Tal vez tenga un hijo. Cuando muera no habrá gallo que me cante. Si permanezco vivo, tampoco habrá gallo que me cante. Haga lo que haga, ningún gallo me *cantará*».

El hombre se levantó, inquieto, y se echó un capote de soldado sobre la camisa. Así salió a la calle. La oscuridad no era muy grande, se veían pasar nubes húmedas, apelotonadas. Las negras chimeneas se perfilaban, rígidas, contra el cielo.

El hombre siguió caminando, las manos en los bolsillos. Entonaba entre dientes: «Qué entrañables son las lágrimas de una novia cuando el novio le encaja uno en el ojo». Luego apretó el paso, adelantando a los demás transeúntes, y acabó cantando en voz alta, en mangas de camisa; pues tiró el capote; en un planeta así no se necesita capote.

Y recorrió calles y plazas salmodiando en voz alta y sin enterarse de nada.

La mujer necia

Un hombre tenía una mujer que era como el mar. El mar se transforma con cualquier ráfaga de viento, pero no se agranda ni se reduce, tampoco cambia de color ni de sabor, ni se endurece o reblandece; cuando el viento cesa, recupera la calma y vuelve a ser el mismo de antes. Y el hombre tuvo que hacer un viaje.

Y al marcharse entregó a su mujer todo cuanto tenía: su casa y su taller, el jardín que rodeaba a la casa y el dinero que había ganado.

—Todo esto es propiedad mía y también te pertenece. Tendrás que cuidarlo.

Ella entonces le echó los brazos al cuello y le dijo con voz llorosa:

—¿Cómo lo haré? Si soy una mujer necia.

Pero él la miró y le dijo:

—Si me amas, podrás hacerlo.

Y con estas palabras se despidió.

Al quedarse sola, la mujer sintió mucho miedo por todo lo que tenía entre sus débiles manos, y se angustió muchísimo. Por eso buscó la protección de su hermano, que era una mala persona y la engañó. Y por eso se le fue reduciendo más y más el patrimonio, y cuando se dio cuenta, se desesperó y no quiso comer más para que no siguiera menguando; y como tampoco dormía por la noche, cayó enferma.

Permanecía echada en su habitación sin poder cuidar de la casa, que fue deteriorándose, y el hermano vendió los jardines y el taller y no se lo dijo a la mujer. Esta, echada entre sus almohadones, no decía nada y pensaba: «Si no digo nada, no meteré la pata, y si no como, el patrimonio no seguirá reduciéndose».

Y ocurrió que un día hubo que subastar la casa. Llegó mucha gente de todas partes, pues era una casa preciosa. Y la mujer, acostada en su habitación, oía a la gente y los golpes del martillo y cómo la gente se reía y decía: «La lluvia se cuela por el techo y la pared se desmorona». Luego se sintió débil y se durmió.

Cuando despertó, se encontró en un cuartucho de madera, acostada en una cama dura. Sólo había un ventanuco muy pequeño a gran altura, y el viento frío se colaba por todas partes. Y entró una vieja que le habló en tono áspero y le dijo que habían vendido su casa, pero que la deuda aún no había sido saldada y que a ella le daban de comer por compasión, compasión por su marido, que se había quedado sin nada. Al oír esto, la mujer fue presa de gran confusión y desconcierto, y se levantó y a partir de aquel día empezó a trabajar en la casa y en los campos. Iba pobremente vestida y

no comía casi nada ni ganaba nada, porque no exigía nada. Y un día oyó decir que su marido había vuelto.

En ese momento la invadió un gran miedo. Entró rápidamente y se desgreñó el cabello y buscó una camisa limpia, pero no había ni una. Se alisó los pechos, con ánimo de esconderlos, y los encontró secos y descarnados. Y salió por una puertecita trasera y echó a correr sin rumbo.

Cuando llevaba un rato corriendo, se le ocurrió pensar que él era su marido y que ambos se pertenecían y ahora estaba huyendo de él. Entonces dio media vuelta y volvió a toda prisa sin pensar más en la casa, el taller, ni la camisa, y lo vio de lejos y corrió hacia él y le echó los brazos al cuello.

Pero el hombre estaba en medio de la calle y los vecinos se reían de él desde sus puertas. Estaba hecho una furia, pero tenía a su mujer abrazada al cuello, y ella no apartaba la cabeza de su hombro ni los brazos de su nuca. Y la sintió temblar y pensó que era de miedo, por haberlo perdido todo. Pero de pronto ella alzó la cara y lo miró, y él vio que no era miedo, sino alegría, que estaba temblando de pura alegría. Entonces tuvo una idea y él también se estremeció y la rodeó con sus brazos y sintió claramente la delgadez de sus hombros y le dio un beso en plena boca.

El ciego

Un hombre sencillo vivió treinta años bien y sin excesos, y luego se quedó ciego. No podía ponerse debidamente la ropa sin ayuda de otros y hasta lavarse le resultaba difícil. Su situación era tal que la muerte hubiera sido una liberación no sólo para él.

Sin embargo, sobrellevó los primeros tiempos con cierta entereza. Aquello duró más o menos mientras aún pudo ver cosas en sueños, por la noche. Luego, su situación empeoró.

Tenía dos hermanos que se lo habían llevado a vivir con ellos y cuidaban de él. Durante el día trabajaban, y el ciego se quedaba solo en casa. Eran ocho horas diarias, o más. Y aquel hombre, que por espacio de treinta años había visto, se pasaba ocho horas a oscuras, sin saberlo, recostado en su cama o dando vueltas por la habitación. Al principio lo visitaban unos individuos con los que antes solía jugar a las cartas, apostando poco. Hablaban de política, de mujeres, del futuro. El hombre que tenían delante era totalmente ajeno a esas tres cosas, ni siquiera tenía trabajo. Los tipos le contaban lo que sabían y no volvían nunca más. Hay personas que mueren antes que otras.

Cuando tenía suerte, el ciego se paseaba por su habitación como mínimo ocho horas al día. Al cabo de tres días ya no tropezaba con nada. Sólo por entretenerse pensaba en todo lo que había vivido. Recordaba con placer hasta las zurras que sus padres solían propinarle de niño para hacer de él una buena persona. Todo esto duró cierto tiempo. Pero luego las ocho horas se le hicieron demasiado largas. Aquel hombre contaba treinta años y varios meses. Con suerte, una persona puede llegar a los setenta. Eso le daba esperanzas de vivir cuarenta años más. Sus hermanos le dijeron que estaba engordando a ojos vistas. Debido a su vida regalona. De seguir así, con el tiempo podría engordar tanto que no pasaría por ninguna de las puertas. Y entonces tendrían que despedazar su cadáver si, llegado el momento, no querían dañar la puerta. Con pensamientos similares se entretenía largo tiempo. Por la noche contaba a sus hermanos que había estado en un *variété*. Y ellos se reían.

Eran muy bondadosos y lo querían con un cariño varonil, porque él era una buena persona. No les resultaba fácil mantenerlo, pero jamás se cuestionaban el asunto. Al principio lo llevaban de vez en cuanto al teatro, cosa que a él le hacía gracia. Pero luego empezó a entristecerse cuando descubrió la fragilidad de las palabras. Dios quiso que de música no entendiera nada.

Al cabo de un tiempo, sus hermanos recordaron que llevaba ya muchas semanas sin salir al aire libre. Un día lo sacaron con ellos, y él se mareó. Otro día lo sacó un niño, que lo dejó solo por irse a jugar, y él fue presa de un miedo atroz y no lo trajeron de vuelta a su casa hasta muy entrada la noche. Sus hermanos, que estaban muy preocupados, se rieron al verlo y le dijeron: «Seguro que has estado con una fulana», y «Ya lo ves, no podemos dejarte solo». Y lo decían en broma, contentos de tenerlo otra vez entre ellos.

Pensando en aquel día tardó mucho en dormirse por la noche. En su cerebro —que se había vuelto tan inhabitable para pensamientos luminosos como una casa sin ventanas para inquilinos alegres— instaláronse aquellas dos frases a sus anchas. No había visto las caras, y las palabras habían sido crueles. Tras meditar largamente sobre ellas sin llegar a ninguna conclusión, desechó esos pensamientos como hollejos de uva mascada que se escupen sobre un suelo pringoso y allí quedan para que los pies se resbalen fácilmente.

Una vez, mientras comían, le dijo uno de sus hermanos: «No deberías empujar la comida con la mano. ¡Mejor coge dos cucharas!» Y él, angustiadísimo, puso a un lado el tenedor y vio niños comiendo en el aire. En seguida lo calmaron, pero al cabo de un tiempo, el que le hiciera la observación empezó a quedarse a comer en la fábrica. Lo hacía por ahorrarse el largo trayecto. El ciego, que se paseaba solo al menos ocho horas diarias, aún no había acabado de pensar en el asunto, cuando el otro hermano le preguntó en una ocasión si le costaba mucho lavarse. Desde ese día, el ciego empezó a rehuir el agua como un perro rabioso. Pues pensó que su paciencia había durado bastante tiempo y que sus hermanos no tenían por qué vivir alegremente mientras él se consumía de tristeza y soledad.

Se dejó crecer la barba y no se reconoció. Sus hermanos le lavaban los trajes, pero las manchas de comida en sus camisas eran cada vez más frecuentes. Por aquel tiempo adoptó también la inexplicable costumbre de tumbarse en el suelo como un animal.

Se ensuciaba tanto que sus hermanos ya no podían llevarlo a ningún sitio. Y tuvo que pasar también los domingos solo y salir a pasear sin compañía. Esos domingos le ocurrían toda suerte de infortunios. Una vez se cayó con la palangana de agua y la derramó sobre la cama de uno de sus hermanos, que tardó mucho tiempo en secar. Otra vez se puso los pantalones del hermano y los ensució. Cuando los hermanos se dieron cuenta de que el tipo se esmeraba haciendo esas cosas, al principio lo compadecieron muchísimo y luego le rogaron que no volviera a hacerlas más, que harto grande era ya su desgracia. Él los escuchó en silencio, con la cabeza gacha, y se guardó la frase en su corazón.

También intentaron hacer que trabajara. Mas no tuvieron ningún éxito. Actuó con tan poca destreza que echó a perder el material. Veían cada vez más claro que la

malignidad de su hermano aumentaba día a día, pero nada podían hacer por evitarlo.

Y el ciego siguió deambulando en las tinieblas y pensando cómo podría aumentar sus padecimientos, a fin de soportarlos mejor. Pues le parecía que un gran suplicio es más fácil de sobrellevar que uno pequeño.

Él, que siempre había sido muy pulcro —a tal punto que su madre, cuando aún vivía, lo ponía como ejemplo a sus hermanos—, empezó a ensuciarse, haciendo sus aguas menores en la ropa.

De ese modo indujo a sus hermanos a discutir sobre la posibilidad de internarlo en un asilo. Esta discusión la escuchó él desde la habitación contigua. Y cuando pensó en el asilo, todos sus sufrimientos pasados le parecieron bellos y luminosos: ¡a tal punto odiaba esa perspectiva! «Allí habrá más gente como yo», pensó, «gente que se ha resignado a su desgracia, que la sobrelleva mejor; allí nos viene la tentación de perdonar a Dios. No iré a ese lugar».

Cuando sus hermanos se marcharon, él siguió aún largo rato sumido en profundas meditaciones, y cinco minutos antes de la hora en que solían regresar, abrió la llave del gas. Viendo que se retrasaban, volvió a cerrarla. Pero cuando los oyó subir las escaleras, la abrió una vez más y se tumbó en su cama. Así lo encontraron ellos y se llevaron un gran susto. Dedicaron toda la noche a atenderlo e intentar recuperarlo para la vida, cosa a la que él oponía una tenaz resistencia. Aquel fue uno de los días más hermosos de su vida.

Pero el incidente aceleró los trámites de su internamiento en el asilo de ciegos.

La víspera del día fijado, el ciego se quedó solo en la casa e intentó incendiarla, pero los hermanos volvieron inesperadamente pronto y apagaron el fuego en la habitación. Uno de ellos montó entonces en cólera e increpó acremente al ciego. Le enumeró todos los malos tragos que tenían que aguantar por él, sin olvidar una sola ignominia ni dejarse ninguna preocupación en el tintero; es más, en su exposición llegó incluso a agrandarlo todo. El ciego lo escuchó pacientemente, con cara compungida. Entonces su otro hermano, que aún le tenía compasión, trató de consolarlo como pudo. Se pasó la mitad de la noche a su lado, abrazado a él. Pero el hermano ciego no dijo una palabra.

Al día siguiente los hermanos tenían que ir a trabajar, y se fueron preocupados. Por la noche, cuando volvieron para llevarlo al asilo, el ciego había desaparecido.

Al atardecer, cuando oyó los relojes del campanario dar la hora, éste bajó las escaleras. ¿Adónde se dirigía? A la muerte. Avanzó penosamente por las calles, siempre a tientas, se cayó, fue objeto de burlas, empujones e interrogatorios. Por último salió de la ciudad.

Era un gélido día invernal. El ciego aún pudo alegrarse de pasar frío. Lo habían echado de su casa. Todos se habían confabulado contra él. Le daba igual. Utilizaría ese cielo frío para sucumbir.

Dios no sería perdonado.

No se resignaría. Había sido víctima de una injusticia. Se había quedado ciego sin tener la menor culpa, y encima lo echaban de su casa al hielo y al viento cargado de nieve. Y quienes lo hacían eran sus propios hermanos, que podían ver perfectamente.

El ciego atravesó una pradera y llegó a un arroyo en el que sumergió un pie. Pensó: «Ahora moriré. Ahora seré arrastrado por el río. Job no era ciego. Nadie ha soportado nunca carga tan pesada».

Y echó a nadar aguas abajo.

La ayuda

En un país salvaje vivía una vez un hombre malo llamado Lorge. Tenía la mano pesada, y donde golpeaba no volvía a crecer la hierba. Estrangulaba a los campesinos y se acostaba por la fuerza con sus mujeres; devoraba el patrimonio de los huérfanos, bebía aguardiente de una cuba como un toro bebe agua, y en su borrachera hablaba, de noche, con los árboles. Aunque era un auténtico flagelo, nadie podía tocarle un pelo porque era fortísimo.

Un día, en un combate, aquel hombre recibió un golpe en los ojos y quedó ciego. Se hallaba en medio de una pradera, en pleno mediodía, y hete aquí que el sol se ocultó a toda prisa para él, y el viento empezó a ulular muy fuerte a su alrededor. Sus servidores ahuyentaron al enemigo, pero Lorge se pasó el día entero sentado en un tocón de árbol, meditando.

Cuando la noticia llegó a las aldeas, hubo grande y general regocijo. La gente creyó que Dios había intervenido, pues aún no sabía que el contrincante de Lorge era peor que él.

Este hombre extendió entonces su mano protectora sobre el vencido Lorge e hizo saber que quien le hiciera algo que pudiese acortar su vida, correría una suerte igual a la del propio Lorge. Cuando éste oyó aquello, volvió a reirse por vez primera después de su desgracia.

Siguió viviendo en su granja, y nadie le hacía el menor daño. Sus siervos vivían a cuerpo de rey a costa de su hacienda, y dejaban al ciego solo en su habitación. Pero no olvidaban poner a su lado la cuba de aguardiente.

Lorge, sin embargo, no tocaba la cuba de aguardiente, y cuando los siervos vieron que se había vuelto un hombre pío y con la cuba no hacía más que tropezar, volvieron a quitársela. Lorge nada dijo. Estaba esperando algo.

Esperó tres semanas y no ocurrió nada. Entonces empezó a comprender que, en lo sucesivo, jamás volvería a ocurrirle nada. En la pared había un agujero. Por él penetraba un viento frío, débil, o bien un sol débil, cálido. La mesa a la que se sentaba tenía un número de agujeros y rayas que permanecía invariable. A ratos cantaban los servidores, fuera. Si uno daba vueltas, era fácil caerse. Costaba mucho dormir. Esas serían las experiencias de Lorge desde entonces hasta la eternidad. Quizás algún día también llegara el amén.

Un día salió de su habitación y se apoyó contra un tilo que le gustaba mucho,

sobre todo por su copa. Al apretar la mejilla contra el tronco, sintió temblar al árbol y pudo imaginarse una vez más aquella copa, que se mecía al viento. El árbol tampoco podía ver y vivía siglos. Tenía *otra* manera de vivir. Lorge lo visitaba con frecuencia, aunque era muy ridiculizado por tener una nueva amante.

Pero al cabo de tres semanas mandó enganchar un carro y se hizo conducir a casa de su vecino. El vecino era amigo suyo. En la época en que Lorge perdió la vista, él no estaba allí. Y al ver ahora a ese hombrón pálido y grueso en un carro de adrales, quedó muy confundido y tuvo miedo del destino. Se acercó al carro y saludó a Lorge, quien se puso en pie, tambaleante, y su escasa cabellera clara ondeó en su enorme cabeza; luego abrió los ojos y le dijo:

—Tienes que ayudarme, hermano. Ahora no puedo ver.

El otro lo invitó a su casa y le aseguró que deseaba ayudarlo. Pasaron la noche juntos, y el vecino se puso a beber. Lorge, en cambio, no bebió un solo trago, pues siempre que bebía le entraban tantas ganas de lanzarse fuera y hacer maldades que nada podía hacer por evitarlo. Y el vecino se sintió muy conmovido por el hecho de que Lorge ya no pudiera cometer maldades.

Al amanecer encomendó a Lorge a su mejor criado y partió a vengarlo junto con el resto de sus siervos. Pero esa misma tarde era ya un cadáver que nunca más necesitaría ayuda.

Lorge jamás lo supo. Pues cuando oyó que su amigo quería vengarlo, quedó amargamente desilusionado y dijo a su criado:

—Chiquillo, tengo algo que hacer. Deberás ayudarme.

Y el criado aceptó ayudarlo.

Y volvieron a recorrer, esta vez a pie, el camino hasta el cortijo de Lorge, caminando todo el día. Pero a una hora escasa del cortijo, Lorge se desvió del camino y se hizo conducir a la finca de su mayor enemigo entre los campesinos. Sabía que éste debía de estar en la fiesta de San Juan aquella noche. Penetró, pues, a tientas en la casa, ayudado por el criado, y entre los dos trataron de violar a la mujer del campesino. Pero no lo consiguieron, y la mujer huyó en camisón adonde estaba su marido, quien regresó antes de que amaneciera. En su habitación encontró al ciego Lorge esperándolo. Y cuando el campesino entró dispuesto a matarlo, Lorge le dijo:

—No quise irme con tu mujer mientras pude ver su aspecto. Pero ahora es ella la que no me quiere.

El campesino advirtió entonces el enorme esfuerzo que Lorge desplegaba para irritarlo, y se limitó a hacerlo echar de su casa por dos criados. Y Lorge volvió a tientas a su casa. Las cosas no andaban bien en su cortijo; se dio cuenta pese a la ceguera, pero no le importaba. En cualquier caso era mejor eso y no que todo siguiera su andadura habitual. Nadie se ocupaba de Lorge, a menudo se olvidaban de llevarle la comida y a veces lo encerraban en la habitación con cerrojo, obligándolo a hacer

sus necesidades junto a la cama. Además, la lluvia se colaba por el tejado y el viento silbaba entre las rendijas. Los campos permanecían sin cultivar y los animales eran sacrificados o perecían en sus inmundos establos. Los siervos se pasaron el final del invierno bebiendo y armando jaleo, y la gente del vecindario daba un gran rodeo para evitar la casa. Miraban de lejos aquel infierno donde el ciego se iba consumiendo en su rincón, y se alegraban.

Pero en marzo, justo cuando empezaban las grandes tormentas, Lorge se puso un buen día en marcha, a solas, muy de madrugada. Recorrió caminos cenagosos, corroídos por la negra lluvia y azotados por vientos huracanados, y con los pies tenía que ir tanteando el camino, aunque a menudo se perdía en praderas enlodadas. En las comarcas donde no lo conocían, lo invitaban de vez en cuando a pernoctar en su casa, y aquellos fueron sus últimos días buenos.

Por último anduvo día y noche, y en abril llegó al cortijo de su hermano. Estaba entre la servidumbre cuando, por la tarde, el hermano volvió de una partida de caza. Pero éste lo reconoció en el acto y detuvo su caballo. Y Lorge, entre la gente que lo empujaba de un lado a otro, dijo hablando al aire: «No puede ser. Tiene que ayudarme». Su hermano entonces se apeó del caballo y vio que estaba muy sucio y descarnado, además de ciego, y le echó los brazos al cuello y lloró por él.

Pero esa noche se sentaron juntos a beber, y Lorge también bebió, pues ahora ya no se enfurecía. Contóle a su hermano todo lo que le había sucedido, y cuando llegó al momento en que el campesino lo hizo expulsar de su cortijo por dos criados, el hermano se levantó y cerró las ventanas. Luego salieron a pasear por la finca, cogidos del brazo.

Y Lorge siguió contando y le contó cómo nadie se había metido con él y todos lo habían esquivado y no habían querido ayudarlo. Su hermano lo condujo entonces a un lugar en el que la muralla caía abruptamente al foso hasta unos veinte pies y le dijo: «Ten cuidado, que si das un mal paso te romperás los huesos». Y Lorge se soltó del brazo.

Pero el hermano vio cómo las piernas de Lorge buscaban cautelosamente el camino sobre la muralla, y el ciego no dio ningún mal paso. No dijo nada más, pero la cara se le ensombreció y el sudor cubrió su frente mientras avanzaba con gran cuidado.

Cuando volvieron a la habitación y pudieron oír sus resuellos —pues ambos eran altos y fuertes y el cuarto muy pequeño—, se pusieron a beber de nuevo y el hermano se quejó del mundo, al que calificó de cruel valle de lágrimas. Lorge se puso en pie y se inclinó husmeando en busca de su hermano y los dos quedaron frente a frente como en su juventud. Lorge había sido el menor, pero esta vez dijo: «Pues yo te digo que es lo más bonito que hay. Y no me contradigas».

El hermano se sentó y no dijo nada más, pero bebió mucho. Lorge, por su parte,

volvió a sentarse al cabo de un rato.

Estaba amaneciendo cuando salieron de la habitación y el hermano puso una espada en las manos de Lorge. Pero desde lo que Lorge dijera sobre el mundo no habían intercambiado más palabras. Cuando el ciego palpó el objeto y advirtió que era una espada, titubeó, respiró profundamente y miró al aire con sus ojos ciegos, sin parpadear.

Luego echaron a andar lado a lado, y el hermano le servía de apoyo a Lorge, que era ciego.

Llegaron a un lugar del bosque en el que se alzaba un tilo, y allí se detuvieron con el torso desnudo, imponentes ambos con la espada en las manos. Pero fue el propio Lorge quien inició el ataque.

Su hermano contraatacó y ambos se enzarzaron en un largo combate. Lorge se defendió bien, y como su arma era poderosa, arrinconó a su hermano contra el tilo sin darle opción a moverse a la derecha ni a la izquierda. Y el hermano, al ver que su vida corría peligro, cogió la espada con ambas manos y, cerrando los ojos, descargó un mandoble.

El Meier de Java

Pensándolo bien, Samuel Kascher ha sido uno de los hombres más singulares que he llegado a conocer. Era pescadero de profesión, pero, como él mismo afirmaba, eso no quería decir mucho, pues su padre se había hecho con la pescadería por matrimonio. No le pasó por la mente que hubiera podido elegir cualquier otra profesión ni siquiera muchos años después de que fuera demasiado tarde. Por lo demás, sobre su pequeña y blanca casita de una planta pendía continuamente la amenaza de la bancarrota, pese a lo cual podía descubrirse en él una sola pasión, que fue la que nos llevó a relacionarnos: estaba abonado —y esto era un lujo que rebasaba con creces sus posibilidades— a casi todos los periódicos alemanes de importancia, que leía detenidamente. Justificaba aquel gasto —para él muy elevado—, aduciendo que en la tienda necesitaba papel para envolver el pescado. Era evidente que de vez en cuando lo atormentaban extrañas crisis de mala conciencia que, no sin cierto despliegue de ingeniosidad, le llevaban a asegurar a todo el mundo que sus aparentes entretenimientos los cultivaba pensando única y exclusivamente en su pescadería (con la que su padre se había hecho por matrimonio). Única y exclusivamente por su pescadería se dedicaba también a ciertos ejercicios criminalistas; pues así como consideraba que un buen periódico era una buena publicidad para el pescado envuelto en él, también creía poder atraer a los amantes del pescado mediante charlas interesantes. Al menos es lo que creía durante sus crisis de mala conciencia. Uno de sus casos más curiosos era la historia del Meier de Java.

Una tarde estaba yo sentado en el cobertizo de madera marrón que se alzaba detrás de su tienda y olía a aceite de hígado de bacalao y a pescado, entre periódicos viejos y junto a la cortina blanca de la ventana que daba al patio. Y Kascher, que en ese momento dibujaba iniciales en su libro mayor, así como en el papel secante, me empezó a contar, con su ritmo pausado, un suceso ocurrido la noche anterior en la Brunnengasse (calle en la que se encuentra su tienda) y del que había oído hablar a las cocineras del vecindario; pues aunque él oyó el disparo, no se levantó «espontáneamente».

El caso es que esa noche, entre las doce y la una, los vecinos de la Brunnengasse fueron despertados y atraídos a sus ventanas por un disparo de revólver que resonó en plena calle. Frente a la casa número siete, en la que vivía el ingeniero Meier, había un hombre con una bicicleta y un revólver parado en medio de la calle, y cuando Meier

se asomó a la ventana en camisa de dormir, según vieron los vecinos de la casa de enfrente, el hombre le gritó algo.

Mientras me iba contando la historia, el pescadero abrió la puerta que daba a la tienda y penetró en el oscuro recinto donde los peces muertos flotaban en los barriles. Abrió una ventana que daba a la calle y dijo a media voz: «Debió de haber estado allí delante y gritar muy fuerte en medio de la noche». Pero yo no quería pasar por entre esos pescados y me imaginé fácilmente al hombre de pie en aquella esquina y también al ingeniero, que ahora yacía rígido en la casa de enfrente, probablemente bajo una sábana que lo cubriría al menos hasta la barbilla.

El hombre habría gritado: «¡No te olvides de Java, del bungalow 17 y de la pobre Lizzie! ¡Y no salgas de viaje!» Luego montó en su bicicleta y se marchó.

Pero esa mañana habían encontrado al ingeniero Meier ahorcado en un bosquecillo por el que solía pasearse cada día, aunque a cierta distancia del camino. La cuerda se había roto por la mitad, uno de sus extremos colgaba de la rama, y el ingeniero yacía en el suelo. La prensa decía que los motivos del suicidio eran bastante oscuros, «tal vez hubiera que buscarlos en las impenetrables selvas de la lejana Java, donde Meier había trabajado una vez en la construcción de un puente».

El pescadero seguía dibujando artísticas iniciales mientras me contaba la historia sin añadirle ningún ornamento. Luego me miró con sus ojos de carey y dijo:

—En el fondo, los argumentos están todos a la vista, aunque falten algunos eslabones. Quizás yo podría añadir que hoy por la mañana no ha llovido, que la rama de la que se colgó el Meier de Java era una rama gruesa, y que en un principio, es decir ayer por la tarde, el ingeniero aún tenía la intención de hacer hoy día un breve viaje a Frankfurt. De todo esto podría usted deducir, sin duda, que se trata de un crimen perfecto.

Y al decir esto Kascher se puso en pie —llevaba un traje marrón— y volvió a atravesar la tienda hasta la ventana, para mirar hacia fuera. Tenía una forma muy astuta de escenificar sus historias de terror; utilizaba cuidadosamente los malolientes pescados, la oscuridad del recinto y la cortina blanca, sin desdeñar para nada el brutal efecto de dejarme solo en el cobertizo.

—Yo no lo veo así. ¡Que me descabellen si no es un suicidio puro y simple! El hombre quiere viajar y no viaja; tiene, pues, mala conciencia, despertada por el grito de alarma de ese individuo la noche anterior. Eso es todo.

El pescadero giróse a medias en la habitación contigua y dijo, en un tono algo inexpresivo:

—Hay quienes piensan que aquel hombre quiso prevenirlo.

Advertí claramente que mi idea iba imponiéndose:

—Ajá, ¿y cómo es que el Meier de Java, que tuvo el suficiente respeto para tomarse a pecho esa… llamémosle advertencia de que no viajara, no la tuvo tan en

cuenta para renunciar a su paseo habitual?

—Olvida usted —dijo el pescadero con voz impaciente—, parece usted olvidar que le advirtieron que no viajara lejos, y, por tanto, en la medida en que tomó en serio la advertencia, nada le impedía darse una vuelta por aquí tranquilamente.

—Conque lo admite ¿eh? Me alegro. Una amable advertencia ¿verdad? Una extraordinaria forma de advertirle que se quede aquí, y luego cuelgan al que se queda… Hmm, ¿cómo lo ve? ¿No será esto lo que usted piensa, verdad?

—Pues… los asesinos pueden haber estado aquí, no en Frankfurt, y haber oído hablar del asunto, o, muy de mañana, haber esperado en vano en la estación. Por lo demás, el hombre aquél pudo estar implicado en el complot ¿verdad?

—¿De verdad lo cree, Kascher? ¿Que eliminar a un hombre en su patria, que se interesa por él, y teniendo en cuenta sus costumbres, que pueden estudiarse, les parecía menos cómodo que hacerlo en el curso de un viaje? Claro que si de verdad quiso ponerlo en guardia, ¡qué forma tan pública y teatral de hacerlo! ¡Que innecesario! ¡Es gritarles en el oído a los asesinos! ¡Y qué impreciso! «No te olvides de…» No, mi estimado, se trata de un «querer infundir miedo», nada más.

—Yo también lo creo —dijo el pescadero con voz apagada—. Seguro que es eso.

—Cuando se le infunde miedo a alguien, en general resulta más difícil matarlo ¿verdad? El amedrentado se mantiene alerta, oye susurrar cada hoja, y deja de ir al bosque, donde hay ramas gruesas. Por lo demás ¿cómo sabe usted que la rama era gruesa?

—Se lo pregunté al lechero, que estuvo allí.

—¿De modo que usted no estuvo?

—¿Cómo se le ocurre? No soy ningún sabueso. El lechero me hizo una descripción.

—¡Pero es que usted se pasa el día entero dándole vueltas al asunto! Además ¿por qué hizo precisamente esa pregunta?

—Porque no ha llovido.

—No le entiendo. Me parece que está demasiado pendiente del efecto. ¿Quién cree entonces que es el asesino?

—El asesino es el hombre de la bicicleta.

—¿El hombre cuya advertencia provocó el crimen, como usted califica aquello? ¿Y que se dejó ver por todo el vecindario para retener a su víctima aquí, un lugar donde sin duda era más difícil matarla que en cualquier otro? ¿Y que con su presencia no podía pretender que su víctima, que si tenía mala conciencia debía conocerlo, renunciara a su caminata por el bosque?

—Sí, aún hay varios puntos oscuros, o, mejor dicho, hay uno sólo, y no está entre los que acaba usted de mencionar. Pero dejemos esto. El asunto dista mucho de estar concluido. ¡Es un caso estupendo, créame!

Tras despedirme de Samuel Kascher, que me había acompañado fuera, bajé por la oscura callejuela y pasé frente a la casa del Meier de Java. Todo estaba apagado.

Cuando, al cabo de tres días, volví a la pescadería, la encontré llena de gente, pues acababa de llegar un envío de bacalao fresco. El pescadero me alcanzó rápidamente el periódico que le pedí y me dijo, sin mostrar mucho interés:

—¿Sabe usted que Meier, el ingeniero —se acuerda, ¿verdad? el Meier de Java —, era italiano de nacimiento? Sí, su madre era italiana y se casó con un ingeniero alemán. ¿Qué a qué viene esto? Pues vuelva a visitarme. Tengo más recortes.

Pues Kascher recortaba los casos interesantes de los periódicos. Volví a visitarlo esa misma tarde. Aún estaba limpiando la tienda.

—¿Le he contado ya que en un principio quise ser soldado? —me preguntó iniciando la conversación—. La cosa fracasó únicamente porque no conseguí que me dieran un lugar donde dormir solo, y aquello era inaguantable. ¡Aquí al menos sólo apesta a pescado!

—No me sorprende demasiado —dije con interés—. Algo de crueldad ha de tener usted, sin duda. Con esa cara de manso corderito…

—Pues he leído mucho a Stendhal. Y el mundo es muy poco autoritario. Cada vez se decanta más hacia el comercio de pescado —repuso al tiempo que empujaba un barril de bacalao hacia un rincón.

Yo me reí y le pregunté por el Meier de Java.

—Ya está enterrado —respondió—. Y resulta que era el falso Meier.

—Esta mañana me dijo que era italiano. ¿Qué importancia tiene esto?

—Pues que era el punto oscuro, me parece. Me lo contó su ama de llaves en persona.

—¿No cree usted que sus remordimientos de conciencia lo traicionaron? —pregunté con cierta impaciencia.

El pescadero se inquietó un poco. Alzó la mirada de su barril y me observó fijamente.

—Pues sí que lo creo. ¿Lo ha adivinado usted mismo?

Había un tono de decepción en su voz. ¡Era un efectista de primera!

—Quiero decir que se ahorcó después del incidente. Debió de asustarse muchísimo ¿verdad?

—Seguro. —El pescadero lanzó un suspiro de alivio—. Se asustó tanto como los demás vecinos de la calle. Me alegro de no haberme asomado. También yo me habría asustado.

—¿Qué quiere decir ahora? ¿Que ese hombre renunció a su viaje?

—Sí. Y salió a dar un paseo antes de comer. Por lo demás, hubiera comido pescado, compró pejepalo de mi tienda, el muy idiota.

—Oiga ¿qué le pasa?

—Oh, nada. Me irrita un poco que le ocurriera todo aquello. ¡Qué errata tan gorda!

—¿A quién? ¿Al Meier de Java?

—¡No, al asesino!

—¿De qué errata está usted hablando?

—¡De la que usted ha cometido! ¡Decir que el Meier de Java debió de tener remordimientos de conciencia para no irse de viaje! ¡Vaya idiotez! A propósito, quería pedirle un favor, es para otra persona, aunque en realidad es para mí. Quería pedirle que pusiera un anuncio en la revista de ingeniería. Algo así como: «Se busca al ingeniero Meier, que en su día trabajó en la construcción de un puente en Java». ¿Lo hará?

—Sí, pero ¿se puede saber con qué objeto?

—Él le escribirá, enviándole su dirección o algo así. Con seguridad le hará saber en qué ciudad reside.

—¿Y qué quiere hacer usted en esa ciudad?

—Suscribirme al periódico local.

—Pero ¿está usted…? ¿No será una trampa? ¿Poner un anuncio buscando a un Meier que está muerto? No lo entiendo.

—Pues resulta que también está vivo. ¡El Meier de Java vivo! ¡Nada de confusiones! ¡El Meier de Java que todavía está vivo, que probablemente «se encuentra» aún con vida!

—¡Al diablo con tanto misterio! ¿Qué pretende realmente? ¿Quiere poner sus cartas sobre la mesa o no?

—No. Prefiero no hacerlo. Es usted demasiado enérgico. Excesivamente voluntarioso y emprendedor, digamos: occidental. Sí, un pelín demasiado occidental.

—¿Qué intenta decirme ahora? ¿Quiere dormir de nuevo solo? ¿Huele mejor que yo el pescado?

—Me interpreta usted mal. La cosa es mucho más simple: ¿Quiere oír una historia o no?

—Claro que sí, y usted lo sabe. ¡Venga, cuéntela ya!

—No. Si de verdad quiere oír una historia, tendrá que esperarse un poco más. ¡Por ahora ponga el anuncio!

—¡No le entiendo, Kascher!

—¡Pues el caso es que para la gente que lo entiende todo no hay historias!

¡Que el diablo me lleve! Decidí poner el anuncio en la revista de ingeniería. Eso fue un martes; el lunes siguiente debía aparecer el anuncio; el sábado me buscó el pescadero.

—Su historia está lista; todo en orden, aquí la tiene ya impresa. Estuvo madura para la imprenta un poco antes de lo que me suponía. El tipo fue un idiota, pero esto

lo sacará de apuros. Esperemos que salga bien parado.

—¿De qué me está hablando?

El pescadero me hizo entrar en su tienda. Estaba oscureciendo. No encendió el gas, sino una vela.

—Si da un respingo —me dijo mientras ponía un barril con carpas frente a mi taburete—, no se olvide del barril.

—¿Se trata del Meier de Java? —pregunté—. Aún no he tenido respuesta.

—Ni la tendrá, mi estimado. La ciudad se llama Hamburgo, y ya me he suscrito al periódico local. Pero ¿quiere que repasemos la historia una vez más desde el principio? Aunque el asunto es muy sencillo: la cuerda estaba rota. Métase esto en la cabeza, por favor. ¿Por qué se rompió? ¿Cómo pudo romperse así si no había llovido? O una cuerda no resiste, en cuyo caso es imposible usarla para ahorcarse, o es resistente, en cuyo caso hay que tirar violentamente de ella para que se rompa. Y como estaba rota, no pudo tratarse de un suicidio. No diga nada, todavía no; ya lo sé: el comportamiento del asesino fue muy sorprendente, aun al margen de que tirara violentamente de su víctima para hacerla caer —y pudo hacerlo, la rama era gruesa ¡una rama gruesa!—; se mostró en público, se puso a gritar en plena calle para que un señor que había estado en Java se asomara con una vela, de noche, a la ventana, sí… a la ventana. Cierto es que le gritó que se quedara allí debido a Lizzie, a una tal Lizzie. Aunque al señor más le hubiera valido marcharse, y no porque hubiese sido más fácil liquidarlo, sino porque entonces no habría habido ninguna necesidad de liquidarlo. Se trataba de saber simplemente si el buen señor había decidido quedarse allí debido a Lizzie. Y ahora nos topamos con una gran sorpresa, mi estimado, y es que el buen señor se quedó de veras. Así es, no salió de viaje, sino a dar un paseo, aunque Lizzie nada tenía que ver con todo aquello; juraría que él no la conocía de nada, que sabía de ella tanto como usted o yo. ¿Permitía su conducta deducir que la conocía? ¡Pues sólo a un idiota! El señor no viajó porque estaba aterrado y asombrado y lo habían despertado, privándolo de su sueño. Como prueba de ello le bastaría a usted con aducir que salió a pasear tranquilamente por el parque y fue asesinado sin que pudiera defenderse. Sí, se había mostrado en público en una facha muy precisa, como no se le podía ver en la calle, asomado a la ventana con una vela en la mano y algo de miedo. Y luego no se fue de viaje, cosa que le bastó al asesino. Pero yo a usted le digo que nunca ahorque a nadie basándose en pruebas semejantes, en esas sombras de pruebas; ya no podría descolgarlo aunque llegase corriendo, o lo descolgaría muerto. Sí, porque nada, ni la comedia nocturna ni el castigo por la aparente mala conciencia del Meier de Java, revela tan a las claras la increíble y ridícula inseguridad del asesino como el gesto de descolgar del árbol a su víctima después de haberla ahorcado, su inseguridad con respecto al Meier de Java. Que era el falso. Este es el quid, un tanto sangriento, si quiere, pero rebuscado, elegido no sin

cierta artería. Usted se preguntará: ¿cómo pudo el asesino —que antes y durante la ejecución de su delito no dudaba en absoluto de que el Meier que tenía delante era el Meier que buscaba—, cómo pudo, en el breve lapso que media entre el asesinato y su regreso del escenario de los hechos, llegar a la conclusión de que el tal Meier era falso, ese Meier aparentemente roído por los remordimientos, que se le apareciera al vacilante resplandor de una vela y ya había sido asesinado? Aquí llegamos a un punto muerto.

El pescadero penetró en la oscura tienda y la recorrió de un extremo a otro, escudriñando en la oscuridad. Luego prosiguió, algo más cansado: «Parece seguro que el Meier buscado era difícilmente reconstruible en el cerebro de su perseguidor, quien debía de conocerlo muy por encima y sólo tenía una vaga idea de cómo era, pese a la intensidad de su odio… Java queda lejísimos. Y, sin embargo, en el breve instante de su anterior aparición aquel hombre debió de hacer algo que se le grabó profundamente a su perseguidor, algo imborrable, más evidente que un rostro, más inconfundible que un gesto de terror hecho con la mano, algo que es posible hacer en muy breve tiempo y en un instante de grave excitación, y que, escúcheme bien, se vuelve a hacer en el momento de la muerte… de modo que al asesino no le llama la atención en el instante mismo del crimen, esa ardua tarea —¡trate de colgar de un árbol a un hombre pesado!—, pero sí poco después, cuando ya está atravesando la espesura, inmediatamente después, ¡casi al mismo tiempo! Y bien, ya le he dicho que éste era un punto oscuro hasta que me enteré de que el Meier de Java era italiano de nacimiento y que su lengua materna era, por tanto, el italiano. ¿Me entiende? ¡Gritó algo antes de morir! Dijo algo relacionado con el asunto, con el proyecto, y sin duda se acaloró y habló en italiano. Tuvo la ocurrencia, lógica y natural, de elegir su lengua materna al ver que iba a ser ahorcado; al menos es lo que yo me figuro. Y el otro Meier, el verdadero Meier de Java, el que conocía a Lizzie y había estado en el bungalow 17, había gritado en otro idioma aquella primera vez que se asomó a la ventana, presa de una gran excitación.

El pescadero calló de nuevo; resollaba un poco; su respiración temblaba ligeramente. Parecía verlo todo bastante claro. No había salido de su tienda y, sin embargo, lo había visto todo en la oscuridad, mientras trabajaba.

Quise decir algo sólo por romper el silencio.

—¿Y cómo se imagina usted lo ocurrido en Java?

Se pasó la mano por la frente:

—Se estaba construyendo un puente. Había un buen número de ingenieros de puentes trabajando en la obra y más de 17 bungalows, y sospecho que Meier tenía una mujer; o bien el asesino, quizás el asesino también tuviera una mujer. En cualquier caso, me parece seguro que algo ocurrió con Lizzie: o bien era la mujer de Meier y vivía en el bungalow 17 y el asesino estaba con ella cuando llegó Meier, o

bien fue a la inversa; para el caso es lo mismo. Lo cierto es que el asesino estaba abajo y, al atacar o al salir huyendo (probablemente al huir), vio a Meier arriba, en la ventana, por primera vez en su vida, y algo debió de ocurrirle luego a Lizzie, me inclino a suponer que se ahorcó o fue ahorcada, da igual. En cualquier caso, Meier también debía morir ahorcado, cosa que al parecer se deduce de los hechos.

—Dígame una cosa —le pregunté tras una pausa— ¿por qué no fue usted a ver el cadáver ni el lugar de los hechos si tanto le interesaba el caso?

—¿Para qué? Acaso yo sea demasiado oriental, acaso me sienta excesivamente occidental. Los cadáveres lo amargan a uno. Hacen mella en la objetividad. No vi a Lizzie ahorcada. De haber visto ahorcado a su asesino, fácilmente hubiera sido injusto con su vengador. Y por entonces el Meier de Java aún estaba entre los vivos, aún lo iluminaba el sol.

—¿De modo que ahora está muerto?

El pescadero me alargó un periódico. En él leí que un ingeniero apellidado Meier había aparecido ahorcado en un hotel, en circunstancias muy extrañas. Y le oí decir a Kascher con su habitual dulzura:

—Si da un respingo, no se olvide del barril, por favor. Es mi negocio. Mi negocio es vender pescado.

El sargento segundo

Karl Borg era sargento segundo de artillería, y en su batería se hallaba reunida toda la escoria del regimiento. Se pasaban la vida bebiendo, y cuando ya no se conseguía aguardiente en ningún sitio, allí no faltaban borrachos maduros para el calabozo. Hubieran sido capaces de requisar aguardiente en un cementerio bombardeado.

Entre ellos estaba el pálido Mayer, que en St. Quentin conquistó una blusa de mujer y estuvo al pie de su cañón envuelto en sedas y encajes, con una especie de senos, un fantasmón ridículo, pero que disparaba bien. Tenía asimismo unos quevedos pequeñitos y se los calaba como un profesor de química que observa una retorta. Pero él se los ponía cuando ajustaba su cañón.

También Bernauer pertenecía a la batería, un idealista palabrero que cuando estaba bebido salía siempre «a luchar por el Kaiser y el Imperio» y cantaba «Prusiano soy, ya conocéis mis colores», de preferencia por la noche, de suerte que nadie podía dormir hasta que él no acababa.

Había algunos más de ese estilo, y con un capitán que no hubiera sido el capitán Memming, los insultos y afrentas habrían menudeado a porrillo. Pero así las cosas eran tolerables y la batería sobrellevaba sus miserias con dignidad.

El propio sargento segundo Borg era el peor de todos y no tuvo un buen final; que el Señor se apiade de él. Decía que era un cobarde y que por eso bebía. «¿Qué otra cosa puedo hacer?», preguntaba. «Dios me perdonará; debo luchar por el Kaiser y no puedo. Él creó a los cerdos y no puede quejarse ellos.»

Cuando estaba bebido, el cielo se ponía totalmente azul, no había una sola nube, todo era precioso, tan precioso y agradable que uno avanzaba trotando como un caballo blanco y estaba contento con todo, hasta con la muerte.

Falta saber si Dios lo habrá perdonado, pues en el cuartel pasaron muchas cosas; pero el capitán sí lo hizo, y era un hombre consciente de su deber. Era grueso y pequeño, un impecable jinete aficionado, de porte distinguido y abrumadora elegancia en el vestir. En lo más encarnizado del combate solía pasearse con un bastoncito y hacer alarde de ecuanimidad entre los cañones. De él se decía que estaba hecho a prueba de balas y que los *tommies* ingleses antes derribarían a un mosquito que al capitán Memming. Pero era el asesino de mucha gente por la que se hacía acompañar en sus paseos y a la que luego no traía de vuelta al refugio, adonde llegaba

con ecuanimidad y sin acompañantes. No perdonaba ni tenía consideración con nadie, pero nunca se metía con los borrachos que rodeaban a Borg.

A veces no lo tenía muy fácil. Como aquella vez que lo despertaron muy de mañana porque Borg y Mayer se estaban «matando a tiros» ante los parpadeantes ojos de toda la batería. Y luego, cuando llegó el capitán, ambos se hallaban en un espacio abierto, a cincuenta metros de distancia uno del otro, cada cual con una carabina al hombro, y se disparaban a matar en la penumbra matutina. Ellos no corrían peligro alguno, pues estaban borrachísimos. Pero todos los demás se hallaban en peligro de muerte, pues ambos disparaban con unción y manos temblorosas, horadando la mañana.

De haber sido un incapaz, el capitán habría aullado a voz en cuello e impartido castigos; pero se limitó a decir: «Por lo visto no acertáis una disparando, pero sí valdría la pena que os liarais a golpes». Y ambos, borrachos como estaban, se liaron a golpes y era un placer verlos. Esta historia tiene, por lo demás, un epílogo. Pues el pálido Mayer era más débil que Borg, pero Borg estaba más borracho que Mayer, por lo cual Borg recibió más golpes de los que era capaz de soportar. De modo que se levantó y gritó que se pasaba a la infantería, que aquello era demasiado. Todos se rieron y él, a campo traviesa y bajo un nutrido fuego, se pasó a la infantería. Despertó en una trinchera, y como ya estaba sobrio, empezó a temblar como un azogado y se llevó un susto terrible y tuvieron que enviarlo de regreso como a un herido. Pues tenía un miedo atroz a volver solo y no había aguardiente a mano para un cobarde sargento segundo de artillería.

Borg y el pálido Mayer paraban siempre juntos, bebían y podían permanecer en silencio; además, habían adquirido gran maestría en el arte de silbar a dúo melodías que ninguno de los dos había oído antes, y sin ensayarlas previamente. Así se entretenían durante los tristes días que pasaban en el refugio; y entretenían también a los demás.

Ambos, extrañamente, tuvieron suerte durante mucho tiempo, pasaron todo el invierno juntos y arrostraron mil y una penurias hermanados por la bebida, Pero en la primavera del diecisiete cayó el pálido Mayer en medio de un fuego graneado. Lo hirieron en el pecho; ese día no llevaba puesta la blusa de mujer, cayó como un hombre y se comportó en consecuencia. Se derrumbó de bruces y en silencio, los quevedos se le cayeron, y antes de morir estuvo una hora totalmente consciente, sin decir palabra. No tenía ninguna observación que hacer. Sólo estaba, como quien dice, un poco pálido, y eso en él no se notaba.

Aquel día Borg no estaba en la batería porque se había dislocado un pie. Sólo apareció al atardecer del día siguiente, cuando el pálido Mayer ya estaba bajo tierra. Borg se dio cuenta de todo cuando Bernauer evitó mirarlo a la cara y se escabulló. Luego, cuando se lo dijeron, se lo tomó con calma. Pero esa noche bebió más de lo

que era costumbre en él, y hacia las dos de la madrugada los otros se despertaron porque el sargento segundo estaba cantando a voz en cuello. Y cantaba: «¡Nunca me había sentido tan bien!», y aquello sonaba fatal.

Los días que siguieron a aquel fuego graneado fueron muy tranquilos. Soplaba un viento cálido y oscuro, el cielo aparecía cubierto de nubes húmedas, todo estaba desolado, y una guerra nunca termina de ese modo. Para colmo no había nada que beber; sólo Borg tenía algo gracias a unas relaciones suyas, que mantenía en riguroso secreto. Estaba peor que nunca, caminaba tambaleándose y se pasaba el día entero maldiciendo; además, tenía un nuevo capricho: exigía que todos lo saludaran como si estuviera en el patio del cuartel, cuando allí fuera no se saluda ni a los oficiales. Por entonces se hizo muy odioso, debido también a su deterioro exterior. De noche se tumbaba, en silencio, a estudiar las estrellas. Cierto es que a ratos silbaba, pero siempre muy brevemente y como por descuido. De ahí que el palabrero Bernauer dijera que Borg estaba de duelo por su amigo del alma.

Y luego llegó el día en que las cosas le fueron mal a Borg. Una noche salió del refugio en estado de ebriedad y dio con sus huesos en un cráter de granada. Allí permaneció tendido, sin duda porque se desmayó, hasta la mañana siguiente, en que lo encontraron muy temprano y lo llevaron de vuelta al refugio. Sus lesiones internas eran demasiado graves como para evacuarlo.

Se pasó el día entero —en el que no cayó un solo disparo— echado en el refugio, sin decir palabra. Estaba consciente, sus ojos erraban sin descanso por las vigas del techo. Esa noche Bernauer se quedó junto a él, vigilante, pero al filo de la medianoche se quedó dormido, porque Borg no necesitaba nada y yacía inmóvil y en silencio. Lo despertó un silbido fino y agudo. Tendido cuan largo era, con la roja cara congestionada y el bigote en desorden, Borg se había puesto a silbar. «¿Quieres algo?», le preguntó Bernauer, sorprendido. Sólo brillaba una lamparilla de aceite y, con esa iluminación, el sargento segundo parecía un hato de ropa apelotonada. De pronto contrajo todo el rostro y abrió mucho la boca, y aunque era de esperar que lanzaría un aullido, sólo salió un murmullo, casi inaudible, que decía: «¡Dámela, Mayer!». Entonces Bernauer comprendió que Mayer estaba junto al herido y que éste le pedía una botella inexistente. De todas formas, parecióle un desatino interrumpir una conversación entre amigos, sobre todo si uno de ellos había venido expresamente desde tan lejos, pero al fin y al cabo eran las últimas horas de Borg y nunca se sabía… Por eso le dijo: «Si quieres aguardiente, lamento decirte que no hay, pero quizás desees pedir otra cosa. Nunca se sabe…». Pero Borg oía mal y no entendió bien y siguió hablando con Mayer, que le resultaba más tangible y había llegado expresamente con el cálido y oscuro viento de primavera y, sin embargo, había olvidado el aguardiente. Seguro que era esto, pues dijo con voz débil: «¡Deja eso y dámela!» Era indudable que Mayer estaba bromeando y Borg no podía hacerle el

juego, pues era consciente de su estado. Tras llegar a esa conclusión, Bernauer aguzó el oído girando de forma peculiar la cabeza y escuchó por un momento el silbido del viento entre la viguería y sintió una gran pena en su corazón, pese a que era un hombre recio. Observó la cara del bebedor, en la que se leía una tortura imposible de disimular. Ahí yacía el sargento segundo como un hato de ropa y no había sido interrogado y seguía sin ver nada claro, y ahora tampoco le darían el aguardiente que necesitaba con urgencia para seguir sin ver nada claro, lo cual era todo un arte.

Así y no de otro modo vio las cosas Bernauer. Y el sargento segundo Borg tuvo que morir sin aguardiente, y el cabo Mayer tuvo que presenciar su final.

El mensaje de la botella

Tengo veinticuatro años. Se dice que es una edad muy accesible a la melancolía. Sin embargo, no creo que mi melancolía sea una cuestión de edad. Mi historia es la siguiente:

A los veinte años conocí a un muchacho en cuya proximidad me sentía aliviada; como él también parecía contento con mi compañía, nuestra unión ya sólo dependía de la aprobación de nuestros padres, que nos la concedieron sin mayores titubeos. La noche de la decisión, él me dijo que antes de que nos uniéramos quería emprender un viaje de varios años por los trópicos. Incapaz de imponérmele, no sólo no lo retuve, sino que en un amargo rapto de orgullo le prometí, con toda la serenidad de que fui capaz, que lo esperaría. Al día siguiente me comunicó que su viaje le exigiría más tiempo del previsto, que mi paciencia no bastaría y su sentimiento del honor le impedía imponerme semejante espera, de modo que me liberaba de mi promesa. Profundamente asustada, mas no sin entereza, recibí de sus manos una carta que, con el último resto de voz que me quedaba, le prometí no abrir antes de tres años. Nos separamos fríamente. A los pocos días él abandonó la ciudad sin despedirse. No volvimos a vernos. Sé perfectamente que la historia de mi amor es algo cotidiano, trivial incluso, pero eso no le resta amargura. Durante tres años mantuve lejos de mí aquella carta, como lo había deseado su autor, pues uno no puede apropiarse de lo que no le pertenece. Transcurridos los tres años, abrí el sobre y encontré una hoja vacía. Era blanca, fina, totalmente inodora y no tenía una sola mancha. Me sentí sumamente infeliz.

Claro que al principio sólo tuve la sensación de estar ante un papel en blanco. Pero desde entonces he pensado mucho en el asunto y mi actual desasosiego no es más que el resultado de un proceso gradual. Aún ahora me avergüenza la idea de que haya un ser humano dispuesto a escarnecer a una mujer afligida. En un azar no creo, pues me dejaría en ridículo. Durante un tiempo me tranquilizó la siguiente idea: los marinos que naufragan en las costas de Chile entregan al mar, encerrado en una botella, el relato de sus últimas horas; quizás veinte años después haya pescadores chilenos que descorchen esa botella y, aunque no entiendan en absoluto los extraños signos, revivan un naufragio acaecido en exóticos mares. El agua y la espuma de las olas habrán liquidado a los autores, pero su escritura, clara como el primer día, no permitirá saber cuánto tiempo ha transcurrido. Qué ridículo sería el mensaje si fuera

legible. Pues ¡qué imposible es encontrar en una vida alguna palabra que no perturbe el silencio surgido después de un naufragio y diga algo que no sea malévolo!

Pero esta idea, a la larga, tampoco me satisfizo, pues era demasiado tranquilizadora para poder parecer cierta. Pronto empecé a pensar que los signos escritos podrían haberse borrado en el transcurso de esos tres años: el tiempo cura las heridas. Y ahora permítanme mencionar aquí una idea que parece algo novelesca, pero que no me ha abandonado desde que se me ocurrió: como ustedes saben, hay tintas simpáticas que resultan legibles durante un tiempo determinado y luego se desvanecen. No cabe duda de que cuanto merece ser anotado debería ser escrito con esas tintas. Sólo diré que hace aproximadamente un año, es decir dos años después de entregarme la carta, que no es sino una hoja en blanco, mi amado desapareció por completo, y supongo que para siempre, de mi horizonte visual. Yo, que he tenido la paciencia de esperar tres años un mensaje destinado cada vez menos a mí, sólo puedo alegar que siempre he creído que el amor es un destino independiente de la voluntad del enamorado y, sin embargo, le incumbe sólo a él.

Un individuo ruin

Relato

Paseábase una tarde Martin Gair por una calle elegante, bajo un agradable sol de septiembre, cuando reparó en la viuda Marie Pfaff, que, vestida de muselina clara, pasaba frente a los escaparates asentando con firmeza sus sólidas piernas. Era alta y fuerte, de senos turgentes y caderas en apariencia blandas, que la dócil tela resaltaba convenientemente. Tenía un rostro pálido y saludable, y llevaba sus gruesas trenzas color castaño recogidas en un moño, a la altura de la nuca. Todo esto le gustó a Martin, que la siguió durante un rato. Luego la abordó y le preguntó si podía acompañarla. Como la miró con descaro y era un mocetón alto, de rostro delgado y piel morena, ella se asustó al principio y no respondió, dejando que él caminara a su lado a paso rápido. Martin tampoco dijo nada más, y ella fue recuperando poco a poco la serenidad y se liberó de él girando bruscamente sobre uno de sus tacones y entrando en una lencería, de la que volvió a salir al cabo de un rato por una puerta trasera. No vio a Gair, pues éste se había escondido detrás de un salidizo. Entonces Martin la siguió de lejos, impasible, hasta su casa, y de allí se fue a cenar a un figón un tanto oscuro, donde engulló un bistec medio crudo, acompañado por tres huevos. Acabada la cena pidió una copita de aguardiente, se escarbó los negros molares con un palillo y se limpió las uñas con el mismo instrumento. Pagó, dejando un cinco por ciento de propina, y abandonó el local. Después de llamar a la campanilla del apartamento de Frau Marie Pfaff, pasó junto a la guapa criada que le había abierto y, en la penumbra del vestíbulo, pidió hablar con la dueña de la casa. Ésta salió muy sorprendida, lo reconoció en el acto, dijo desde la puerta a su criada: «¡No estoy para el señor!» y volvió al salón donde su cena, a medio consumir, humeaba sobre la mesa. «¿Dónde está el señor?», preguntó Gair. La criada se apoyó, temblando, contra el marco de la puerta y recordó el último asesinato con violación aparecido en los diarios, que había sido perpetrado con una crueldad inusitada. Finalmente, dijo: «El señor no está… Frau Pfaff es viuda». Esto último le fue arrancado contra su voluntad por los negros ojos del intruso; se lo soltó a bocajarro para que no e hiciera nada por haber sido honesta con él. Martin se acercó a la puerta, la abrió y entró en el salón. No se detuvo ni un instante en el umbral, sino que avanzó directamente hasta la ventana opuesta, ante la que colgaba una cortina de muselina blanca, y dijo:

—La amo. Pero acabe de cenar tranquilamente. Yo ya he comido.

La viuda se había vuelto a sentar. Sin aliento, con el pecho agitado, había estado escuchando lo que ocurría en el vestíbulo. Un ligero desfallecimiento se apoderó entonces de ella. Oyó que Gair decía:

—Es usted viuda, de modo que alguien se ha alzado ya con lo mejorcito. Pero aún quedará algo, y yo sabré sacarle partido.

Frau Pfaff, que se había apoyado, semiinconsciente, contra el respaldo de su silla, se puso en pie poco a poco, aunque como hipnotizada, e intentó llegar a la puerta. Pero Martin se le adelantó y apretó el timbre que había sobre la mesa. Apareció la criada, y Gair le dijo con voz dura y metálica:

—Ha habido un malentendido. La señora desea que quite usted la mesa y lave la vajilla.

Y no dejó de mirar a Marie Pfaff mientras hablaba: era un individuo alto, moreno, de rasgos angulosos, pero cuerpo blando y carnoso. Frau Pfaff se incorporó y dijo, manteniéndose erguida e intentando dominarse con cierta dificultad:

—¡Quite la mesa, Anna!

Luego se volvió hacia su huésped y, sin decir nada, le señaló un sillón. Gair se sentó en seguida, pero movió el sillón de forma que su cara quedase en la oscuridad. La criada quitó la mesa en silencio. Entre tanto, Marie Pfaff se acercó a un espejo y se arregló el cabello, a la vez que sacó algo de un cofrecillo. Cuando la criada salió, la señora ya había recuperado casi totalmente su voz. Con una mezcla de indignada seriedad y altiva ironía preguntó, casi cantando, qué deseaba el caballero. Y Martin, envolviendo el cuerpo entero de la dama con sus penetrantes miradas, dijo:

—A usted.

La respuesta de ella sonó menos segura, aunque él estuviera sentado en el sillón de cuero, algo inclinado e indolente, y obviamente satisfecho:

—No lo entiendo.

Él, entonces, se levantó. Su alta figura se destacó, fuerte, ancha y oscura, contra la muselina. Luego volvió a sentarse: esa fue su respuesta.

—¿Qué es lo que realmente desea? —murmuró ella.

—Por lo visto tiene usted mala memoria. ¡Deje ese revólver! La viuda puso el revólver sobre la mesa, en silencio.

—¡Siéntese!

Ella obedeció.

—Tengo tiempo libre y buenos músculos. Viviré con usted, y usted se hará cargo de la casa.

Totalmente anonadada, ella sólo se atrevió a decir:

—Pero si no le conozco de nada.

—Primero iré a lavarme —replicó él—. Luego podremos conocernos.

Y diciendo esto se puso en pie, se acercó a ella y la estrechó entre sus fuertes brazos.

—Ese temblor no importa nada, más bien es buena señal. No soy un violador ni un engañanovias. Soy un amante.

No la besó, sino que la dejó caer nuevamente en su silla, de la que ella se había incorporado a medias. Pero como no daba muestras de querer levantarse, él se agachó hacia la semiexánime dama, la llevó cargada hasta el diván y le cruzó los brazos por encima de la cabeza. Luego la soltó. Y ella, que respiraba impetuosamente, se levantó sin decir palabra, se encaminó al cuarto de baño, situado a la izquierda, y preparó la bañera. El la llevó luego en brazos al baño y a la cama, que ella le señaló con ademán febril, sin mencionar para nada su nombre. Y en la penumbra de la alcoba aprendió a amar, entre gozos y dolores, las recias manos de aquel hombre, y se entregó a él en cuerpo y alma.

Cuando a la mañana siguiente abrió los párpados, un tanto hinchados, se sintió unida a aquel desconocido y lo amó a pesar de su ropa interior sucia. Se levantó sigilosamente, sin despertarlo. Tarareó algo al lavarse, y mientras se arreglaba el pelo, pensó en el paraíso nocturno al que él la había conducido. Pero cuando el tipo se despertó, empezó el trabajo. La luz del día no disminuía en nada sus encantos, era muy fuerte y tenía la piel morena y muchas cosas más. No permitió que ella corriera las pesadas cortinas amarillas de las ventanas; se sentía a gusto en aquella luz dorada, el morenote alto. De noche, mientras se revolcaba con ella, le había parecido un pez pálido y gordo nadando en un estanque, y ahora estaba ahí tumbado en seco, envuelto en ese calor dorado, y se asoleaba, fuerte y perverso. Tomó el café en la cama, mientras ella observaba sus rodillas y sus muslos bajo la delgada colcha y sentía un vahído. Pero él era un gandul y aquello le bastaba. Ella trabajaría por él. En ningún momento reparó Marie en la forma tan inverosímil como se habían conocido, y tampoco se detuvo a pensar en lo que podría ocurrir mañana. Había empezado una nueva vida. El tipo no daba un solo paso fuera de las habitaciones; se pasaba el día entero tumbado, fumando, o bien se ocupaba de los peces dorados que brillaban sólo débilmente en la mortecina luz del cuarto. Ella misma le buscaba puros, le servía licores, lo cubría de periódicos. Su vida había adquirido un sentido: de día era madre y de noche, amante. Él conocía su oficio. Eran felices. El pasado no existía.

La cosa duró media semana, tres días y cuatro noches, hasta que él se hartó. Le hacía falta un cambio. Su anfitriona era bien proporcionada, pero él podía arreglárselas siempre con el mismo licor y los mismos puros… no con la misma mujer. Y fue así como empezó a leer el periódico en la cama y a impregnar el paraíso de olor a tabaco. El miedo a esos ojos fríos fue sustituyendo en ella el amor por el pecho moreno; trabajaba impulsada por el miedo; y él era cada vez más inflexible. Al amanecer de la cuarta noche, a eso de las cinco —aún no podía haber clareado

totalmente—, la abrazó por última vez. Al mediodía volvió a tomar un baño, y después de comer dio la espalda a los torturados ojos de la viuda y abandonó el apartamento. Ella lo esperó junto a la ventana; no se atrevió a descorrer las cortinas por miedo a que él pudiera volver y encontrar demasiada luz; y allí se pasó media tarde, sosteniendo el cortinaje con las manos. Gair, mientras tanto, se dedicó a recorrer la ciudad, bebiendo en unos cuantos bares (se había llevado dinero) y dando propinas principescas. Por la tarde abordó a una muchacha que salía de una tienda después de las seis. Era tímida y pálida. La cogió del brazo en seguida y la llevó a un restaurante de tercera categoría, donde cenaron copiosamente. Ella fue entrando en confianza; él casi no hablaba, pero, por variar, adoptó una actitud zalamera. Luego anduvieron dos horas por los parques y él besó sus pálidos brazos en la oscuridad del follaje una primera vez, y una segunda en la blanca luz del asfalto. Luego, cuando dieron las nueve, se la llevó al apartamento. La viuda Pfaff en persona abrió la puerta. Retrocedió de un salto, pero muy suavemente, como sobre muelles. Él condujo a la joven del brazo a través del vestíbulo, hasta el salón. Luego miró fijamente a la viuda, que se retiró. Y Gair se sentó a la mesa con la muchacha, y luego, con andar cimbreante, fue a buscar coñac y vino dulce, así como unas cuantas galletitas. Comieron y bebieron, y él le devoraba las rodillas con su mirada; ella se fue embriagando lentamente, empezó a cantar y a reír, y por último a gritar. Entonces él la llevó cargada al sofá de cuero y le mandó que durmiese su borrachera. «La cama es demasiado fina para ti», dijo. Tras lo cual se metió él a la cama con las botas puestas. A todo esto, la viuda pasó la noche en el cuarto de baño; tenía vergüenza de que la viera su criada.

Cuando la mañana se asomó, gris y lechosa, a través de los cristales pintados, en el alma de Marie tuvo lugar un combate por la decisión. Y venció ella. Se levantó y salió al vestíbulo, donde recogió abrigo y sombrero, y se fue de la casa. Cuando volvió, a las diez, la muchacha ya se había ido y el hombre estaba tumbado en el diván. Reinaba un desorden atroz en el salón, como después de una bacanal. Gair estaba de mal humor y la recibió con mordaz ironía. Que si había dormido bien, le preguntó. Si no había visto un fantasma en el sofá de cuero. En el sofá había dormido un animal, y en la cama otro. Que el licor estaba en su punto, pero su amor acababa de empezar. A propósito, había que comprar más licor en seguida. Esperaba que ella contaría con los medios suficientes… de lo contrario, que no omitiera esfuerzos para procurárselos. Ella, de pie junto a la mesa, lo miraba. El se incorporó y advirtió que lo estaba mirando. Era un individuo musculoso, de rostro delgado y rasgos vulgares. Su poder se había desvanecido. Aquello había sido un delirio. ¿No habría ella bebido aguardiente? Ahora lo veía todo claro: los muebles manchados, la cama, el aparador saqueado. Tenía la cabeza pesada, pero bien puesta sobre los hombros. Y le dijo:

—¡Levántese y abróchese la camisa!

Él obedeció maquinalmente.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó.

—Nada. Puede usted irse. Si necesita algo, llame a la criada.

Gair se irguió cuan alto era. Pero tenía espacio suficiente en la habitación. Le gritó: «¡Quédate aquí!» con voz metálica… y ella se fue. El individuo se dejó caer en el sillón y se rió, pero no había aniquilado la revolución. Ella se dirigió a la puerta y salió, asentando bien sus sólidas piernas. Gair permaneció un rato sentado, contemplando el mobiliario. Había algunas piezas buenas. Luego se fue. Pues una luz se había encendido en su cerebro. Se llevó una cajita de puros, cogió su bombín de la percha y salió de la casa silbando, con sólo la cajita bajo el brazo. Así había llegado (cierto es que sin la cajita, pero ya estaba medio vacía, de todas formas).

La viuda Marie Pfaff tomó un baño, friccionándose con fuerza. Luego se sentó a almorzar en su salón ya limpio y arreglado, llamó a la criada y, antes de probar el primer bocado, revisó su libro de cuentas. Entonces sonó la campanilla y… ahí estaba el hombre ese nuevamente. Quiso entrar por la fuerza, pero esta vez le faltaron bríos y retrocedió: barruntaba un ambiente nada propicio. Le oyó decir a la viuda: «Dele de comer en la cocina». Se puso a silbar suavemente cuando la criada lo acompañó a la cocina. Tenía hambre, y se le ocurrió una idea. Estando ya en el café, la viuda preguntó si el «individuo» aquel se había ido. Ahora no tenía vergüenza. La criada respondió que sí, y la viuda Pfaff se marchó. Se dirigió a un café, donde encontró a un grupo de señoras amigas suyas. Al ver que se acercaba a la mesa, éstas guardaron silencio. Se produjo una situación embarazosa: esa gente estaba al tanto de lo ocurrido, se lo habían olido. Marie había caído en desgracia. No se quedó mucho rato, pronto se levantó y se fue a pasear. Primero recorrió tiendas sin comprar nada, luego se dirigió a la zona de los parques y continuó más lejos todavía. Se acordó del individuo y sintió que las rodillas le flaqueaban. Siguió caminando hasta el anochecer. Corría el mes de septiembre; aire tibio, cielo despejado. A eso de las nueve la abordó un tipo. Era un joven algo delgado, de ojos bonitos. Descarado no era. Y ella le permitió que la cogiera del brazo. Se pasearon una hora más por el parque. En todos los bancos había parejas de enamorados, no siempre bien ocultos por el follaje. Hablaron poco. Él le contó algo sobre unos estudios de germánicas. Las estrellas tenían un brillo húmedo. Se encaminaron a casa. Marie pensó: «No puedo pasar la noche sola». Todo comienzo es difícil. Pensó en él. Sus rodillas pensaron. Por eso invitó al joven a que subiera con ella. Y él no se negó.

Avanzaron a tientas por el vestíbulo y entraron en el salón. Marie evitó encender la luz. La oscuridad aproxima. Cogió al joven del brazo y lo condujo, muy pegada a él, al dormitorio. Pero al correr la cortina lanzó un débil gritito: en la cama estaban el individuo moreno y la criada. El joven retrocedió hasta el centro de la habitación. La viuda cayó de rodillas, hundió la cabeza en la cama y dejó que el llanto sacudiera su

cuerpo. El individuo dormía.

El tigre

Una carta

No sé si lo que acaso llegues a leer será lo mismo que me dispongo a escribir aquí; sin embargo, quisiera que reparases en que, siendo yo mismo desconfiado, toda mi vida he tenido que tratar a los demás como si también lo fueran. Lo cual no ha sido nada ventajoso para mi sinceridad.

Me veo obligado a señalar que, habida cuenta de la incomparable hostilidad que quizás sea la característica más relevante de la convivencia humana, incluso a un vínculo tan superficial y, en general, tan sobrevalorado como el que supuestamente existe entre padre e hijo le otorgo el valor suficiente como para vencer mi reluctancia a cualquier tipo de exteriorizaciones. Entre las pocas sensaciones que le quedan a uno después de una vida rica en experiencias, acaso una de las más insufribles sea la de importunar.

Como sabes, jamás me he preocupado de ti porque no he sentido la necesidad de hacerlo. Existe, no obstante, una especie de interés por ti, que Junto con muchos intereses parecidos, y al igual que ellos, ha acabado por quedar en la oscuridad. De la filosofía queda la fisiología. Si ciertas experiencias de tu infancia te indujeran a tomar la decisión de ocuparte de tus hijos, ten presente que las experiencias de mi infancia me hicieron tomar a mí la decisión opuesta (si es que fue una decisión).

Me permito anticiparte además que, ahora que dicto estas líneas, estoy postrado en una cama de la que sin duda no me habré levantado cuando este informe llegue a tus manos, si es que llega. La cama de agua en la que concluiré mis días no podrá ya causarme ningún empeoramiento digno de mención. Además, desde el comienzo de mi enfermedad he intentado por todos los medios hacerme con algo de dinero sin retroceder ante ningún tipo de villanías ni indelicadezas, porque es un pecado mortal ponerse en manos de los hombres. Es una suerte que la venalidad del ser humano sea aún mayor que su crueldad, y te pongo en guardia contra el fatal error de creer que los amigos son tan buenos como los lacayos. La ruindad de los hombres es uno de sus escasos atributos fiables; claro está que tiene tantas formas…

Quería, sin embargo, contarte unas cuantas cosas de mi vida, es decir, de esa arbitraria selección de instantes que el hombre suele denominar su vida. Tal vez esté en mis manos el poder dar la mía por buena. De todas formas, nadie estará dispuesto

a afirmar que reconocería a sus amigos y amigas si éstos se le presentasen como esqueletos. En mi caso recuerdo, no obstante, haber estado conforme con mis vivencias en casi todo momento. Siempre he despreciado la desgracia. Y he cazado libremente.

Desde mi más temprana edad me he mantenido abierto a cualquier exceso y, sin perder demasiadas energías, siempre he tenido muy presente que el vicio huye del hombre débil.

Nunca he dejado escapar presa alguna de mis garras sin destrozarla. Gracias a mis inexorables exigencias he considerado en todo tiempo la naturaleza de Dios como algo inmaculado.

Acaso algunas de las mujeres que he conocido te sean presentadas como lamentables víctimas de mi sangre fría y mi egoísmo. Mis mayores dosis de voluptuosidad las he gozado a partir de la de ellas. Quizás no me hayan importado demasiado los sentimientos que inspiraba, pero mi inagotable sed de pasión en su más pura —y casi diría trágica— esencia para con todos los hombres con los que entraba en contacto —pasión que equivalía pues, a un destino y se bastaba a sí misma y no era, en todo caso, influenciable—, me volvió impermeable a la enervante compasión por la gente agotada. Considero ocioso puntualizar que, a este respecto, no hago ninguna diferencia entre hombres y mujeres.

Aunque nada tenga que ver con esto, hago constar aquí que tampoco establezco esa tajante separación entre hombre y orangután que, con toda razón, un escritor francés ha calificado de inicua. Pues, bromas aparte y mirando las cosas fríamente y sin amargura ¿por qué habría de aventajar el orangután al hombre?

La muerte de Cesare Malatesta

Cesare Malatesta gobernaba la pequeña ciudad de Caserta ya a la edad de catorce años, y la historiografía de la Campania sitúa el asesinato que cometiera en la persona de su propio hermano, dos años menor que él, en su decimoséptimo año de vida. Durante veinte años no cesó de aumentar, con ingenio y osadía, su fama y sus posesiones, y su nombre despertaba temor incluso entre quienes lo amaban… no tanto por los golpes que era capaz de repartir, sino más aún por los que era capaz de soportar. Pero en su trigésimo primer año de vida se vio envuelto en un penoso asuntillo que, pocos años más tarde, sería su perdición. Hoy en día es considerado en toda la Campania como la deshonra de Italia, el flagelo y la escoria de Roma.

Aquello ocurrió de la siguiente manera:

En el curso de una entrevista con Francesco Gaia —hombre célebre por su refinado estilo de vida no menos que por su insondable villanía—, Malatesta hizo, entre otras bromas que divirtieron mucho a su huésped, una observación burlona sobre un pariente lejano del Papa, sin pensar ni remotamente que también era pariente lejano de los Gaia. Nada en el comportamiento de su huésped pareció aludir al comentario. Ambos se despidieron como grandes amigos, intercambiando finos cumplidos y acordando volver a reunirse en el otoño para organizar una partida de caza. Después de aquella entrevista aún le quedaron a Cesare Malatesta tres años de vida.

Ya fuera porque Gaia, que entretanto había sido nombrado cardenal, estuviera ocupado en asuntos de dinero, ya fuera porque no sintiese el menor deseo de pasar una temporada al aire libre, lo cierto es que Cesare Malatesta no volvió a tener noticias de él durante dos años, exceptuando unas cuantas líneas corteses, pero frías, en las que le pedía disculpas por no poder acudir a aquella partida de caza que habían acordado organizar. Pero a los dos años y medio de la entrevista, Francesco empezó a reunir un ejército. Nadie en la Campania tenía la menor sospecha de contra quién iba dirigido aquel apresto bélico, y él tampoco reveló sus intenciones. Como el Papa no se oponía a ellas, se creyó que el objetivo serían los turcos o los alemanes.

Al enterarse de que el ejército del cardenal pasaría por la ciudad de Caserta, Cesare Malatesta envió a su encuentro algunos mensajeros con cordiales invitaciones. Estos no regresaron. Por esos días, Cesare andaba en problemas con un monje desvergonzado que, desde una pequeña localidad próxima a Caserta, hablaba de él en

términos indecorosos y estilo bárbaro a los casertanos que acudían a verlo. Mandó apresar al monje y encerrarlo en un calabozo, pero al cabo de unos días éste se dio a la fuga junto con sus guardianes. Las habladurías de la gente sobre el fratricidio de Cesare, puestas otra vez sobre el tapete por el monje, no volvieron a acallarse nunca más en Caserta. Su asombro al ver que cuatro de sus mejores hombres habían huido con un prisionero que lo había insultado, se acrecentó al descubrir una mañana que faltaban otros tres criados, uno de los cuales había ayudado a vestir a su padre. Por las tardes, cuando bajaba del castillo a las murallas, solía ver corros de gente que hablaban de él. Sólo cuando el ejército de Gaia acampó a dos escasas horas de Caserta, Cesare se enteró, conversando con un campesino de los alrededores, que la expedición de Gaia iba dirigida contra él. No lo creyó hasta que, una noche, la chusma clavó en la puerta del castillo un papel en el que Francesco Gaia exhortaba a todos los mercenarios y siervos de Malatesta a abandonar inmediatamente a su amo. Por el mismo papel se enteró Cesare de que el Papa lo había excomulgado y condenado a muerte. En la mañana del día en que leyó aquello desaparecieron los últimos hombres del castillo.

Y así empezó el atroz y peculiar asedio al solitario gobernante, un asedio que en aquella época fue considerado y celebrado como una formidable humorada.

En una ronda por Caserta que el conturbado Cesare efectuó ese mediodía, descubrió que en ninguna de las casas quedaba un alma viva. Tan sólo una multitud de perros sin amo se puso a seguirlo cuando él, sintiéndose totalmente extraño en su ciudad natal, volvió más de prisa que nunca al deshabitado castillo. Por la tarde pudo ver, desde la torre, el cerco que el ejército de Gaia empezaba a poner en torno a la ciudad abandonada.

Cerró con sus propias manos el pesado portón de madera del castillo, corrió el cerrojo y se echó a dormir sin haber comido (desde el mediodía no había allí nadie que le sirviera algo de comer). Durmió mal y, poco después de medianoche, se levantó para echarle una ojeada a ese despliegue de fuerzas relativamente grande que se había abatido sobre él como una enfermedad y sin que supiera por qué. Pese a lo avanzado de la hora, vio que aún ardían fuegos de campamento y oyó cantar a unos cuantos borrachos.

Hambriento, por la mañana se preparó un poco de maíz y lo devoró semiquemado. Por entonces aún no sabía cocinar. Pero aprendió antes de morir.

Pasó el día entero parapetándose. Arrastró piedrones hasta lo alto de la muralla y los fue colocando de manera que, al avanzar por ella, pudiera arrojarlos hacia abajo. Alzó el ancho puente levadizo, que él solo no podía levantar, con ayuda de los dos caballos que le habían quedado; no dejó sino una estrecha tabla que podía apartarse de un puntapié. Esa tarde ya no fue a la ciudad, pues a partir de entonces temía asaltos por sorpresa. Los días siguientes permaneció al acecho arriba, en su torre, sin

advertir nada extraordinario. La ciudad seguía muerta y, frente a sus puertas, el enemigo parecía prepararse a un largo asedio. Un día que Cesare se estaba paseando por la muralla, pues el tiempo empezaba a hacérsele largo, varios tiradores selectos dispararon sobre él. Pero él se rió creyendo que eran incapaces de dar en el blanco…, no cayó en la cuenta de que estaban ejercitándose para *no* dar en el blanco.

Todo esto ocurrió en otoño. En los campos de la Campania ya se había iniciado la cosecha, y Cesare podía ver perfectamente a la gente que vendimiaba en las colinas de enfrente. Los cantos de los vendimiadores se mezclaban con los de los soldados, y ni uno solo de los que una semana antes aún vivían en Caserta volvió más a su ciudad. En el curso de una noche estalló una peste que los fue devorando a todos, excepto a uno.

El asedio duró tres semanas. La intención y la humorada de Gaia consistían en aguardar a que el asediado tuviera tiempo de repasar mentalmente su vida hasta dar con el fallo que había provocado todo aquello. Asimismo quería esperar a que llegara gente de toda la Campania a presenciar el espectáculo de la ejecución de Cesare Malatesta. (Los hombres iban llegando, a menudo con mujer e hijos, desde puntos como Florencia y Nápoles.)

Durante esas tres semanas se fue congregando un gran número de campesinos y gente de la ciudad que señalaban con el dedo la colina amurallada de Caserta y aguardaban. Y durante esas tres semanas el asediado no dejó de pasearse mañana y tarde por la muralla. Su vestimenta parecía cada vez más desaliñada, daba la impresión de dormir vestido y su andar se iba haciendo más lento y pesado debido a la mala alimentación. Dada la gran distancia, el rostro no se le distinguía.

Al finalizar la tercera semana, los de afuera lo vieron bajar el puente levadizo; luego se pasó tres días y medio en la torre de su castillo gritando a los cuatro vientos algo que la excesiva distancia volvía incomprensible. Pero en todo ese tiempo jamás puso un pie fuera del recinto amurallado ni salió.

Durante los últimos días del asedio —que cayeron ya en la cuarta semana, cuando la Campania entera y mucha gente de distinto rango y extracción social había llegado al campamento de Caserta—, Cesare solía recorrer la muralla entera, horas y horas, a lomos de sus caballos. En el campamento se supuso, y no sin fundamento, que estaría demasiado débil para caminar.

Más tarde, cuando todo hubo terminado y la gente volvió a sus casas, comentábase que algunos, pese a la estricta prohibición de Francesco, se habían deslizado de noche hasta la muralla y lo habían visto de pie sobre ella, gritándole a Dios y al diablo que tuvieran a bien matarle. Parece seguro que hasta su última hora, y tampoco entonces, supo a qué se debía todo aquello. Seguro es también que no lo preguntó.

Al vigésimo sexto día de asedio bajó el puente levadizo con gran esfuerzo. Dos

días después hizo sus necesidades en lo alto de la muralla, a la vista de todo el campamento enemigo.

Su ejecución, a cargo de tres vigoleros, tuvo lugar el vigésimo noveno día del asedio, hacia las once de la mañana, sin ninguna resistencia por su parte. Gaia, que se había alejado en su caballo sin aguardar este giro final y un tanto gratuito de su humorada, mandó erigir en la plaza del mercado de Caserta una columna en la que se leía: «Aquí, Francesco Gaia hizo ejecutar a Cesare Malatesta, deshonra de Italia, flagelo y escoria de Roma».

De ese modo logró rendir homenaje a un pariente lejano, haciendo que su burlador —un hombre de no pocos méritos— pasara a la historia de Italia tan sólo como el autor de un comentario burlón cuya agudeza Gaia pretendió haber olvidado, pero que no había podido dejar impune.

La respuesta

Érase una vez un hombre rico que tenía una mujer joven y más valiosa, para él, que todos sus bienes; lo cual no era poco. Ella no era ya muy joven y él tampoco, pero vivían juntos como dos palomas, y él tenía dos buenas manos, las de ella, y ella tenía una buena cabeza, la de él. Ella solía decirle: «No puedo pensar bien, querido esposo, digo las cosas tal como me van saliendo». Él, en cambio, poseía una inteligencia muy aguda, por lo que sus propiedades eran cada vez mayores. Y hete aquí que un buen día cayó en sus manos un deudor cuyos bienes le eran necesarios y que además no era buena persona. Por eso no tuvo muchos miramientos con él y lo embargó. El deudor dormiría una noche más en su casa, en la que durante años había llevado el género de vida que ahora lo obligaba a irse al extranjero; a la mañana siguiente le quitarían todo.

Resulta que esa noche la mujer no pudo dormir. Pensaba y repensaba echada en la cama, junto a su marido, hasta que al fin se levantó. Se levantó y fue a ver, en plena noche, al vecino al que su marido quería embargar. Pues creía que no ofendería a su propio esposo si, a sabiendas de él, ayudaba al vecino. Y es que tampoco podía ver sufrir al pobre hombre, quien estaba asimismo despierto —ella había calculado bien —, disfrutando de las horas que le quedaban entre sus cuatro paredes. Al verla se asustó, pero ella le dijo que sólo quería darle rápidamente sus joyas.

Ya fuera porque ella tardó más de lo debido o porque el marido notó, en sueños, que su mujer no estaba junto a él, lo cierto es que éste se despertó, se levantó y empezó a recorrer la casa de un lado a otro, llamándola. Angustiado al no obtener respuesta, salió a la calle y vio luz en la casa de su vecino. A ella se dirigió entonces para ver si no estaría enterrando algo que ya no le pertenecía, y al mirar por la ventana vio a su mujer en la casa del vecino, en plena noche. No la oyó hablar ni vio el cofrecillo que tenía en sus manos, por lo que la sangre se le subió a la cabeza y dudó de su esposa. Al tiempo que aferraba el puñal que llevaba en el bolsillo, pensó cómo podría matarlos a ambos. Entonces le oyó decir a su mujer: «¡Quédate con ellas!; no quiero que mi marido cargue con semejante pecado sobre sus espaldas, pero tampoco quiero hacerle daño ayudándote a ti, porque eres una mala persona». Y dicho esto se dirigió a la puerta y el marido tuvo que esconderse a toda prisa porque ella salió corriendo hacia su casa.

La siguió en silencio y, una vez dentro, le dijo que no podía dormir y se había

dado una vuelta por el campo porque su conciencia le reprochaba que quisiera quitarle la casa al vecino. La mujer lo abrazó y, de pura felicidad, se echó a llorar sobre su pecho. Pero cuando estaban otra vez juntos en la cama, la mala conciencia se abatió realmente sobre él y sintió vergüenza de haber sido un miserable en dos oportunidades: la primera al desconfiar de ella, y la segunda al decirle una mentira. Su vergüenza era tan grande que se persuadió de que ya no era digno de tal esposa y volvió a levantarse y bajó a la sala de estar y allí se quedó un rato largo, como el vecino en la casa de enfrente. Pero él lo tenía aún peor, pues al no haber sido capaz ni de realizar sus propósitos, ya nadie lo ayudaría. De modo que muy temprano, cuando todavía estaba oscuro, salió de la casa y se alejó con el viento, sin rumbo alguno.

Anduvo todo el día, sin probar bocado, por un camino que llevaba a una región desierta, y siempre que se acercaba a una aldea, daba un gran rodeo. Al atardecer llegó a un río oscuro junto al que se alzaba una cabaña semiderruida. Como estaba deshabitada y en las praderas circundantes crecían buenas hierbas y el río era pródigo en peces, el hombre se quedó allí tres años y mataba el tiempo recogiendo hierbas y pescando. Por último se sintió demasiado solo, es decir: las voces del agua le resultaron excesivamente fuertes y en él proliferaron demasiado esas ideas que, según dicen, son como pájaros que ensucian la comida. Por eso se fue a una ciudad y luego a muchas otras, sin rumbo; y mendigaba y se arrodillaba en las iglesias.

Pero con el tiempo sus ideas se fueron enseñoreando de él y lo torturaban muchísimo. Entonces empezó a beber e ir de un lado a otro como un perro demasiado malo para soportar cadena. Al cabo de muchos años, cuando ya había olvidado su nombre, ocurrió que un día, estando medio ciego, llegó de nuevo a la ciudad en la que había vivido una vez, muchos años antes. No la reconoció y tampoco fue más allá de los suburbios, donde se instaló en el patio de una taberna.

Hasta que un mediodía pasó por ahí una mujer y se puso a hablar con el tabernero en el patio. Cuando el mendigo oyó esa voz se estremeció y sintió que el corazón le latía más de prisa, como el de alguien que, por descuido, entra en un salón donde suena una música exquisita, pero que él no tiene derecho a oír. Y el hombre se dio cuenta de que la mujer que estaba hablando era su esposa, y no dijo esta boca es mía. Sólo estiró la mano cuando ella pasó a su lado. Pero la mujer no lo reconoció, pues nada en él recordaba ya al que había sido, ningún rasgo, y en su rostro ni siquiera se leían los sufrimientos que lo agobiaban. Ella se disponía a pasar de largo, pues había muchos mendigos y ese parecía particularmente importuno, cuando el hombre abrió la boca y logró decir algo que podía interpretarse como un: ¡Esposa mía!

La mujer se inclinó entonces hacia él y lo miró y las rodillas empezaron a temblarle y se puso pálida como la cera. Y cuando él ya había dejado de oír su corazón, oyó la voz de ella que decía: «¡Querido esposo! ¡Cuánto me has hecho esperar! Tanto que ahora me he vuelto fea y estos siete años se me han ido como nada

y he estado *a punto* de dudar de ti».

Los chinos corteses

Poco se sabe en nuestros días hasta qué punto un servicio prestado a la comunidad requiere explicación. Así, con su habitual cortesía, los chinos rindieron a su gran sabio Lao-Tse el mayor homenaje que, a mi entender, ha tributado pueblo alguno a sus maestros, inventando la siguiente historia: Desde su juventud había instruido Lao-Tse a los chinos en el arte de vivir, y de viejo abandonó el país porque la insensatez cada vez mayor de la gente le hacía difícil la vida. Puesto ante la alternativa de soportar la irracionalidad colectiva o de hacer algo contra ella, abandonó el país. Al llegar a la frontera le salió al paso un funcionario de aduanas y le pidió que escribiera sus doctrinas para él, el aduanero; y Lao-Tse, por miedo a parecer descortés, complació su deseo. Anotó las experiencias de su vida en un breve libro destinado al aduanero, y sólo cuando lo hubo concluido abandonó su tierra natal. Con esta leyenda explican los chinos el surgimiento del libro *Tao-te-king*, cuyas doctrinas rigen hasta hoy sus vidas.

Sobre el diluvio

Consideraciones inspiradas en la lluvia

Cuando llovía mucho tiempo, mi abuela solía decir: «Hoy está lloviendo. ¿Dejará de llover algún día? Es bastante dudoso. En tiempos del diluvio ya no paró de llover». Mi abuela decía siempre: «Lo que ya ocurrió una vez, puede ocurrir de nuevo… y también lo que nunca ocurrió». Tenía setenta y cuatro años y era terriblemente ilógica.

Aquella vez todos los animales subieron al Arca pacíficamente. Fue la única vez en que las criaturas de la Tierra actuaron pacíficamente. Acudieron realmente todos. Pero el ictiosaurio no apareció. Todo el mundo le había dicho que se embarcara, pero él no tenía tiempo aquellos días. El propio Noé le advirtió que se avecinaba el diluvio. Pero él dijo tranquilamente: «No lo creo». No gozaba de ninguna simpatía cuando murió ahogado.

«Sí, sí», dijeron todos cuando Noé encendió la lámpara en el Arca y dijo: «Sigue lloviendo»; «sí, sí, el ictiosaurio no vendrá». Era el más viejo de todos los animales y su gran experiencia le permitía dictaminar si un fenómeno como el diluvio era o no posible.

Es muy posible que yo mismo, en un caso similar, tampoco hubiera subido. Creo que durante la tarde y el crepúsculo de su desaparición, el ictiosaurio debió de calar hondo en los fraudulentos tejemanejes de la providencia y en la inefable estupidez de las criaturas terrestres, en el momento mismo en que advirtió lo necesarias que eran esas cosas.

El gordo Cam

De los asnos se dice que no llegaron a vivir el diluvio, que el buen Dios los creó mucho más tarde, después que a todos los otros animales, porque advirtió que aún quedaba una laguna en su creación. Los asnos habrían colmado esa laguna. Esta versión se contradice, no obstante, con una historia que sobre el diluvio, y precisamente entre los asnos, se ha ido transmitiendo de generación en generación hasta el día de hoy. Dice lo siguiente:

Entre los hijos de Noé, el gordo Cam era particularmente importante. Le llamaban el gordo Cam aunque sólo era gordo en una zona de su cuerpo. Veamos un poco el origen de todo esto. Como también se sabe a través de otros informes, el Arca fue íntegramente construida con madera de cedro. Y las tablas tenían que ser del grosor de un hombre.

Sabemos que durante las semanas que duró la construcción, Jafet se paraba junto a los árboles antes de que fueran derribados. Los que eran más delgados que Jafet sencillamente no se utilizaban en la construcción del Arca. Pero en los últimos días, cuando la lluvia era ya terrible, Jafet se negó a seguir plantándose ante cada uno de los cedros del bosque y pidió a su hermano Cam que lo sustituyera en la tarea.

Pero Cam era el más delgado de los hijos de Noé.

Luego llegó el diluvio y el Arca empezó a flotar. Y Noé advirtió en seguida que el Arca flotaba admirablemente, pero que era demasiado delgada en un punto. Además de su enorme calado, era una embarcación de un largo y un ancho descomunales, y el punto delgado no era más grande que el disco solar a mediodía. Pero por él se filtraba precisamente el agua.

Entonces Noé preguntó a sus hijos:

—¿Quién fue?

Y sus hijos le dijeron:

—Fue Cam.

Noé dijo entonces a Cam:

—Levántate, Cam, ve al lugar que es demasiado delgado y siéntate encima de él.

Cam se sentó y tapó el agujero.

La Biblia especifica el tiempo exacto que Cam permaneció sentado en ese sitio, pues allí se quedó hasta que acabó el diluvio. Y cuando el diluvio acabó y Cam se levantó, la zona de Cam que había estado en contacto con la zona delgada del Arca

había engrosado muchísimo. Pero el propio Cam seguía tan delgado como antes. Debido a esta peculiaridad de su cuerpo quedó bastante inutilizado para una serie de cosas, pero siempre que hay un diluvio y se construye un Arca que es demasiado delgada en un punto, Cam resulta imprescindible.

Esta es la anécdota del diluvio que ha quedado particularmente grabada en la memoria de los asnos.

Diálogo sobre los mares del sur

En casa de mi editor me encuentro con un hombre que ha vivido quince años en Brasil.

Me pregunta qué ocurre en Berlín.

Cuando se lo digo, me aconseja irme a los mares del sur.

Dice que no hay nada mejor.

Yo no me opongo. Le pregunto qué debo llevar.

Me dice:

—Llévese un perro de pelo corto. Es el mejor compañero del hombre.

Por un instante siento la tentación de preguntarle si, en el peor de los casos, podría ser también uno de pelo largo, pero mi sentido común me dice que en el pelo largo se pueden enredar terriblemente las púas del cocotero.

Le pregunto qué hace la gente todo el día en los mares del sur.

Me dice:

—Absolutamente nada. No hace falta trabajar.

—Bien, bien —digo yo—. No es que trabajar me entusiasme mucho, pero supongo que algo se podrá hacer.

Y él dice:

—Claro, hombre, tiene usted la naturaleza.

—Perfecto —digo yo—, pero ¿qué hace uno, por ejemplo, a las ocho de la mañana?

—¿A las ocho de la mañana? Pues dormir un rato más.

—¿Y al mediodía? ¿A la una?

—A la una hace demasiado calor para hacer algo.

Y entonces empiezo a impacientarme. Lo miro con hostilidad y pregunto:

—¿Y por la tarde?

—Bueno, una hora al día puede usted llenarla con cualquier cosa.

Hasta que por fin parece caer en la cuenta de que no soy de los que pueden entretenerse con su propia persona, y me sugiere:

—Llévese una escopeta de dos cañones y salga de cacería.

Pero yo estoy ya de mal humor y le digo escuetamente:

—Cazar no me hace ninguna gracia.

—¿Y de qué piensa usted vivir? —me pregunta sonriendo.

Mi amargura va en aumento.

—Eso es asunto *suyo* —le digo—. Es *usted* quien debe sugerírmelo. *Yo* no sé absolutamente nada de los mares del sur.

—¿Le gustaría pescar? —me propone.

—Si no hay nada mejor —replico malhumorado.

—Pues bien. Llévese uno de esos anzuelos que pueden conseguirse en cualquier tienda, y a los cinco minutos tendrá un par de peces en su anzuelo. Si no quiere cazar, pues coma usted pescado.

—¿Crudo? —pregunto.

—Oiga, un mechero supongo que sí llevará.

—Un pescado cocinado sobre un mechero no constituye una comida completa —le digo, indignado ante semejante falta de experiencia—. ¿Se puede al menos fotografiar?

—Pues ya ve, es una idea —dice él, visiblemente aliviado—. Tendrá toda la naturaleza a su disposición. En ningún otro sitio podrá fotografiar tanto.

Y ahora tiene él las de ganar. Ahora me dirá que haga fotografías todo el día. Así estaré yo ocupado, y él, en paz.

Pero yo os diré una cosa:

No quiero oír hablar de los mares del sur durante muchos años. Ni encontrarme nunca más con un individuo como aquél.

Un breve diálogo

En un merendero de la Alexanderplatz oí el siguiente diálogo:

En torno a una mesa de mármol falso había tres personas de pie, dos hombres y una mujer mayor, bebiendo cerveza blanca. Uno de los hombres le dijo al otro:

—¿De modo que ha ganado usted su apuesta?

El interpelado lo miró a la cara en silencio y, a guisa de conclusión, se tomó un trago de cerveza. La mujer mayor dijo entre vacilante y atenta:

—Usted ha adelgazado.

El hombre que había callado un segundo antes, calló también esta vez. Y también esta vez observó interrogativamente al hombre que había iniciado el diálogo y que ahora lo cerró con estas palabras:

—Sí, ha adelgazado.

Este diálogo me pareció tan importante y denso como cualquier otro.

Crítica

Hace unas semanas, una muchacha que estaba de pie, sola, bajo una arcada de la Münzstrasse, me gritó las ocho palabras siguientes: «¡Ahora se usan largos! ¡Cortos no! ¡Por favor!» Al decir «¡Ahora se usan largos!» hizo un largo gesto con la mano derecha, primero hacia abajo y luego paralelamente a la acera, como si quisiera invitarme a llevar una cola. Acompañó las palabras «¡Cortos no!» con otro movimiento de su mano, cuyo dorso acercó de golpe a mí, a la altura de mi cara y la suya, hasta unos diez centímetros de distancia y mantuvo un segundo en el aire, inclinando la cabeza oblicuamente hacia delante y mirándome sólo con su ojo izquierdo. La palabra «¡Por favor!» la soltó, en cambio, bruscamente, sin hacer ningún gesto ni demostrar el innegable interés cuya expresividad tanto habían acentuado las dos frases precedentes. Fue, sin embargo, la que mejor sonó, debido tal vez a su carácter puramente hostil. Pero de sus palabras saqué en claro que mis nuevos pantalones son demasiado cortos.

Carta sobre un perro dogo

Entre los pocos acontecimientos de mi vida —más bien pobre en acontecimientos— que me han impresionado, figura, debido a un perro, el terremoto de San Francisco.

Tenía treinta y dos años y estaba solo en el mundo cuando conocí, en San Francisco, a un perro dogo. Yo vivía en el sexto piso de un inmueble ruinoso y compartía con otros inquilinos un pasillo hediondo y mal enjalbegado. En él me cruzaba con el dogo varias veces al día. El animal pertenecía a una familia de cinco personas que vivía en una sola habitación, no más grande que la mía. Era gente de mal aspecto y hábitos poco higiénicos, que dejaba varios días su cubo lleno de basura maloliente ante la puerta. Describir al perro es algo a lo cual me resisto.

No recuerdo mi encuentro inicial con aquel dogo, pero supongo que la primera sensación del animal al verme habrá sido de miedo, y que también yo (probablemente por eso) tuve una sensación desagradable. En cualquier caso, la manifiesta y totalmente injustificada aversión del animal fue lo que atrajo mi atención hacia él. En cuanto me veía, y por más animadamente que estuviese retozando con aquellos chiquillos (por lo demás increíblemente mugrientos), el perro metía la cola entre las patas y se escurría, apocado, por una esquina, o bien, de preferencia, por alguna puerta abierta. Una vez que intenté acariciarlo para quitarle ese absurdo miedo —debido al cual, según me pareció observar, los niños ya empezaban a mirarme con recelo—, se puso incluso a temblar y —me repugna de verdad escribir esto— el pelo debió erizársele, pues en un primer momento me asombró la aspereza de su pelaje, y sólo más tarde me acordé que en estos casos se dice: los pelos se le pusieron de punta.

Si un ser humano hubiera tenido esa reacción frente a mi persona, se habría podido conjeturar que me confundía con otro; ¡pero un perro! Recuerdo que desde el principio jamás subestimé este asunto. En los días siguientes le empecé a llevar algo de comida, huesos. Pero él ni siquiera olisqueaba la carne; me esquivaba, temeroso, y se acurrucaba en un rincón, recorriéndome de abajo arriba con una mirada indescriptiblemente insidiosa y desconsolada al mismo tiempo. Casi siempre se escondía entre un montón de niños escrofulosos, cría a todas luces lamentable de la escoria social circundante. Todo el bloque de casas apestaba a chiquilines meados. Raras veces lograba estar yo a solas con el perro, y, claro está, me guardaba muy bien

de acercarme a él en presencia de testigos. Sin embargo, los niños intuían (vaya usted a saber cómo) mis intentos de aproximación, sin duda inofensivos, y la consecuencia de todo ello fue que en vez de reconocer mi buena voluntad, empezaron a señalarme con el dedo. Yo, por mi parte, estaba convencido de que el dogo no recibía suficiente comida de sus amos, probablemente ni la más imprescindible. Claro que también me faltaba tiempo para estudiar al animal. Como de día tenía que trabajar en la fábrica de automóviles, sólo me quedaba la noche para distraerme a mi aire. De todas formas, empecé a observar su relación con un gran número de personas. Al lado mismo vivía, por ejemplo, un inquilino que se llevaba, si no estupendamente, sí bastante bien con el animal. Para atraerlo recurría al conocido gesto de hacer chasquear el pulgar contra el dedo medio. Con ello conseguía que, más de una vez, el perro se refregara confiadamente contra sus inmundos pantalones. Yo llegué incluso a practicar el truco aquel, por lo demás muy fácil de aprender, pero tuve la suficiente vergüenza como para no utilizarlo. Nada más verla, el dogo echaba a correr tras una señora mayor que vivía en la casa. La vieja, una persona desagradable cuya voz de falsete lo estremecía a uno hasta la médula, no podía ni ver al perro. Lo ahuyentaba todo el tiempo con la cesta de la compra y sin ningún éxito. Con gran enfado veía la mujer que el animal no se apartaba de ella. Una muchacha muy maquillada de la vecindad solía entretenerse con el dogo rascándole el perigallo. Un día en que me encontré en el autobús con esa chica —cuyo oficio es, por lo demás, asunto suyo—, noté que tenía mal aliento. Estoy firmemente convencido de que tales rasgos característicos, quizás indiferentes e inofensivos en sí mismos, son siempre síntomas de alguna deformación más profunda. Me extrañaba que el dogo, que en apariencia poseía un instintoségurísimo, no tomara en cuenta este aspecto de la joven. Esta comprobación hasta me hizo dudar por un tiempo del instinto del animal; pensé que quizás fueran peculiaridades mías totalmente externas las que provocaban su rechazo. Me parecía inverosímil, pero no quería perderme nada en este caso. Cambiaba tanto de trajes como de sombreros, y hasta dejé de usar mi bastón. Como podrán imaginarse, hacía todo eso muy a disgusto; en ningún momento perdía de vista lo vergonzoso del caso, pero no parecía haber otra salida para mí. Un suceso que incidió decisivamente en el asunto me hizo ver cuán de cerca me afectaba todo aquello. Lamentablemente en esos días tuve que emprender un fatigoso viaje a Boston, pues tenía fundadas sospechas de que mi hermano menor, mediante habilísimas manipulaciones, quería sacar provecho de nuestra herencia materna. Cuando regresé —sin haber podido arreglar nada, además, ya que en el mundo siempre faltan pruebas incluso ante las injusticias más palmarias —, el dogo había desaparecido.

En el primer momento de irritación me afectó sobre todo el simple hecho de que se hubiera escapado; pensé que me habría sentido menos decepcionado si un camión lo hubiera partido en dos. Era una prueba más de la deslealtad —que yo tan bien

conocía— de este planeta para con sus criaturas; el que un perro que a mí me interesaba tanto se le escapase a su amo. El, cuyas reacciones frente a mi persona me parecían tan ridículamente importantes, no era, claro está, de raza fina. Tanto más penosa se me hizo mi inquietud durante su ausencia. Mis averiguaciones, a las que se sumó una elevada recompensa pecuniaria, lograron que el animal volviera a casa; pero mi recelo lo persiguió desde entonces hasta su nada honroso final.

Por cierto que tras el esfuerzo que me había costado recuperarlo, empecé a mirar al dogo como propiedad mía. Peor para la familia a la que pertenecía oficialmente si fingía ignorar lo que su dogo me había costado. Yo no quería seguir siendo tratado como si no existiera.

Poco después de su regreso, un día volví a ver al dogo caminando por el pasillo junto al inquilino de al lado. Cuando éste se detuvo ante la ventana que daba al patio interior para rellenar su pipa, el perro se refregó una vez más contra sus piernas. El hombre no se dio por enterado, cosa que me molestó muchísimo. Al preguntar me enteré de que vivía en el cuarto de enfrente como subinquilino de la familia de cinco personas. Durante los días siguientes pregunté al portero, sin poner el menor énfasis en mi pregunta, si, a su entender, estaba permitido que los inquilinos tuvieran subinquilinos en sus habitaciones. Algo desconcertado, el hombre me respondió que lo ignoraba, pero se ofreció a escribir una carta a la administración si yo lo juzgaba necesario. Lo dejé a su criterio, ya que el asunto no me afectaba en absoluto.

Ocho días después, una tarde que volvía cansado a casa, vi frente a la puerta un carro de mano cargado de muebles baratos. En la escalera me crucé con una muchacha de pecho hundido que bajaba tosiendo, con una cómoda pequeña entre los brazos. De ello deduje que la carta del portero había surtido efecto; por lo visto, estaba prohibido subalquilar.

Después de observar la escena y meditar un poco, pensé que para esa gente, que bastantes problemas tenían ya encima (bastaba con verles la ropa), debía de ser muy duro tener que afrontar encima los gastos de una mudanza. Por otro lado, seguro que si habían compartido su nada espaciosa habitación con un desconocido, no había sido por placer o diversión. Por eso, cuando los oí discutir sobre lo que harían con el perro mientras yo, de pie ante mi puerta, fumaba mi pipa vespertina, escuché quizás con excesiva atención —debido no sólo a mi interés por el animal—, y ellos me hicieron partícipe de la conversación y me pidieron consejo. Yo entonces me declaré dispuesto a hacerme cargo del dogo. Era evidente que, dadas las circunstancias del momento, no podían seguir permitiéndose un lujo tan costoso como era mantener un perro dogo, de modo que aceptaron entregármelo.

Admito no haber estado descontento con la forma como se iban desarrollando las cosas —pese a las crueldades que el proceso mismo conllevaba—, porque siempre he tenido el convencimiento de que cuando se las deja correr con cierta indolencia y sin

intervenir de manera directa —aunque sin descuidar, tampoco, nada—, ellas mismas se van resolviendo para bien de uno.

No fue nada fácil trasladar al perro a mi habitación. Se resistió con todas sus fuerzas, aunque sin emitir un solo ruido ni apartar los ojos de mí. De gran utilidad me resultó una sólida correa de cuero que me había comprado ocho días antes.

El espectáculo que ofrecía el perro no era muy halagador. Lo tenía atado a la pata de mi cama, y cuando yo estaba en la habitación, él permanecía escondido bajo la cama; cada vez que me le acercaba o, simplemente, me dirigía a la cama, todo el cuerpo empezaba a temblarle. Pero en cuanto me iba, es decir, cuando lo espiaba a través del ojo de la cerradura, lo veía dar vueltas y vueltas en torno a la cama y llegar hasta donde se lo permitía la correa de cuero, no demasiado larga. Para los amantes de los perros añadiré que, según pude observar, nada hay de cierto sobre la presunta tristeza que tanto se atribuye a estos animales por la desaparición de sus amos. Este rumor, que la gente está siempre tan dispuesta a creerse, es uno de esos ridículos engendros de la presunción humana. En mi dogo no logré descubrir ningún vestigio de tristeza.

El hecho de que no comiera nada tiene una explicación muy distinta y, según creo, nada halagüeña para mí. No aceptaba nada de mi mano. Durante tres días se negó, mudo, a roer los huesos que le compraba, y al tercer día desdeñó incluso la carne pura y no probó bocado de cuanto le ponía delante: no quería comer nada que hubiera pasado por mis manos.

Confieso que aquello me dejaba perplejo (el animal se adelgazaba a ojos vistas y empezó a cojear cuando daba vueltas por la habitación). En mis momentos de ira pensaba *acabar con él* de esa manera, es decir ofreciéndole sencillamente una comida que no comería. Pero en horas de mayor sangre fría me daba cuenta de que mediante la violencia pura no puede demostrarse nada.

Por eso decidí invitar a un muchacho que era cerrajero en la fábrica de automóviles, y a quien sólo conocía superficialmente, a que le diera de comer al perro. Pero cuando lo tuve en mi habitación, de pronto me pareció que sería dificilísimo iniciarlo en el problema, y la conversación siguió su curso sólo a trompicones, pese a los cigarrillos y a la limonada. Era un tipo de baja ralea, desaliñado, con dientes demasiado blandos y pelo de un rojo deslavado. Me resultaba difícil verlo sentado a mi mesa, y oírlo hablar casi me revolvía el estómago. Además, tenía la costumbre de agarrarme todo el tiempo cuando hablaba, cosa que nunca he podido soportar. Y no tardó en intuir algo extraño en mi conducta, por lo que su maldad llegó al descomedimiento. Empezó a golpear pérfidamente al perro con el pie mientras proseguía con su discurso hipócrita y se hacía el que no entendía nada. No obstante, había notado mi turbación y al final acabó forzándome, sin ahorrarme la explicación de todo el problema, a pedirle que le diera de comer al dogo (aunque

también es posible que no advirtiese nada).

Lo hizo sin demostrar el menor tacto, insultándolo constantemente y reprochándole su falta de cariño para conmigo. Así fue alimentado el dogo cada noche, durante dos semanas.

Curiosamente yo me negaba a renunciar a mi vaga esperanza, y fue necesario un terremoto para hacerme ver la actitud definitiva e irremediable de este planeta para con mi persona. El 23 de junio de 1912 tuvo lugar el terremoto de San Francisco. Muchas personas perdieron la vida aquel día en la tremolante ciudad. Yo, en cambio, sólo perdí un traje, varios pares de botas y unos cuantos utensilios. Hubiera podido, pues, olvidar esa tragedia más fácilmente que muchos, pero me ha sido imposible. Entre los temblores que se sucedían cada vez más violentamente y con la casa en llamas, me vi de pronto, en camisón, frente al inexorable dogo, cuyo cuarto trasero había quedado aprisionado por los escombros de una pared. Y al acercarme a él para ayudarlo, leí en sus torpes ojos un miedo indescriptible hacia mí, su salvador; y cuando estiré el brazo para liberarlo, intentó morderme.

Han pasado dos años desde aquella mañana. Ahora vivo en Boston. Mis indagaciones sobre el dogo no concluyeron después de su muerte. ¿Qué lo llevó a rechazar mi mano? ¿Sería tal vez mis ojos —cuya mirada, según he oído decir, me ha procurado ya éxito con ciertas personas— los que herían al hipersensible animal? ¿O sería ese indolente movimiento que al andar imprimo a mis manos y que de un tiempo a esta parte me llama la atención cuando lo veo reflejado en los escaparates? Desde que vi clara la postura del animal frente a mi persona, no he dejado de preguntarme qué tipo de malformación —pues tiene que haber alguna— me distingue de los demás hombres. Y desde hace unos meses estoy por creer que tal vez haya en mí malformaciones internas, situadas a mayor profundidad, y lo peor de todo es que cuanto más amplío mis indagaciones y más anormalidades descubro en mí mismo —desviaciones que luego voy sumando—, más firmemente creo que jamás podré descubrir la verdadera causa. Pues quizás el anormal sea precisamente mi espíritu y ya no pueda percibir lo repulsivo como tal. Sin experimentar la menor simpatía por fenómenos tan ridículos como el Ejército de Salvación y sus conversiones baratas, puedo decir, no obstante, que la profunda transformación que se está operando en todo mi ser —ignoro si para bien o para mal— es ya algo absolutamente innegable.

El gancho a la mandíbula

Después de una gran velada pugilística en el Palacio de los Deportes nos habíamos reunido un pequeño grupo —conmigo cuatro en total— a tomar una cerveza en una cervecería de la Potsdamer Strasse, esquina Bülowstrasse, todos en un estado de ánimo relativamente sanguinario todavía. Uno de ellos, boxeador profesional, contó entonces la historia de la decadencia cíe Freddy Meinke, alias «gancho a la mandíbula».

Freddy, dijo el hombre bizqueando notablemente y con un codo apoyado en un charquito de cerveza, Freddy estuvo hace dos años ante la gran oportunidad de su vida. Freddy se llamaba, por supuesto, Friedrich. Pero se había pasado medio año al otro lado del charco —seis mesecillos bastante oscuros, por cierto, sobre los que él se negaba en redondo a hablar—, y de allí había traído, aparte de algunos nombres totalmente desconocidos que figuraban en su lista de récords y dos o tres billetes de a dolar, que de vez en cuando sacaba como por descuido de su bolsillo, de allí había traído sobre todo el sobrenombre de Freddy.

Bajo este alias estuvo boxeando varios meses en ciudades más pequeñas, como Colonia, y también en localidades de provincia, y de pronto empezaron a llamarlo «el gancho a la mandíbula» y su nombre pasó a figurar entre los de primera categoría.

Cuando lo vimos aquí por primera vez, sonreímos no poco ante su manera de presentarse en público. Se hizo fotografiar con unos pantaloncitos color lila, francamente femeninos. Era lo más coqueto que jamás haya usted visto en un ring, caballero. Se movía como en el teatro. Pero luego puso k.o. a su adversario en el primer asalto, y lo hizo conectándole un formidable gancho en la mandíbula. Además, y como usted bien sabe, era peso gallo. Esa gente no pega en general muy fuerte, y encima la apariencia de Freddy era muy poco convincente a primera vista. Pero de pronto adquiría un ritmo de hélice y un poder de penetración de cincuenta caballos de fuerza, y al final el hombre entero acababa convirtiéndose realmente en un único gancho a la mandíbula.

Cuando nos reunimos luego con él y lo dejamos casi sin hombros ni espaldas a fuerza de darle palmadas, nos dijo que todo era cuestión de saber dominarse solamente, que uno podía ser de verdad peligroso sólo si tenía la plena seguridad de poder controlarse en cualquier situación. Y añadió que él mismo debía tener, desde un principio, la sensación de no estar golpeando a un hombre, sino de golpear a través de

él, y de que su puño no podía ser detenido por algo tan insignificante como una mandíbula. Aún dijo otras cosas por el estilo que, en cualquier caso, le convenía creer, como habíamos visto. Aquella noche obtuvo un éxito resonante que lo llevó a pelear directamente por el título.

Pero a todos nos pareció bastante prematuro cuando oímos luego que la fecha había sido fijada para dentro de ocho escasas semanas. Feliz, Freddy se dejaba arrastrar por su buena racha y entrenaba con gran energía. Entre otros me eligió incluso a mí de *sparring*. Parecía tener la exclusiva de la rapidez, y las treinta libras de peso que yo le llevaba le resultaban más que suficientes para probar su extraordinario gancho. No obstante, me decepcionaba en los entrenamientos. Lo cual probablemente se debiera a que no se «dominaba» tanto y uno tampoco puede pasarse semanas enteras «pegando a través» de la gente. Aquello no tenía, pues, demasiada importancia. Lo que sí importaba, en cambio, era todo el bombo que hacía. Claro está que no era asunto mío que él decidiera comprarse una motocicleta a plazos y se empeñase en aprender a conducirla justamente esos días. Yo mismo pensaba que hubiera podido esperar tranquilamente un poco más. Pero cuando se echó encima una novia con compromiso formal y un auténtico hogar en el horizonte, y quién sabe si hasta con camas de nogal y estanterías, es decir, todo un montaje a lo grande, aquello sí que fue aventurarse demasiado lejos. Quien se embarca a fondo en una empresa tan gigantesca como es un compromiso matrimonial en un momento en el que su existencia pende de un hilo, no hace más que poner en juego una enormidad de cosas, y quizás hasta la felicidad de su vida, haciéndolas depender de algo que aún tiene que ocurrir. El que llega a ese punto simplemente no puede perder. Pero yo le digo a usted, caballero, que es mal asunto hacer depender muchas cosas de una sola. A un combate por el título hay que ir como un vendedor que va a su tienda. Si vende algo, perfecto. Que no vende nada, ahí está el propietario de la tienda para sufrir las noches de insomnio. Pues bien, el combate se celebró el 12 de septiembre.

El día 10 Freddy ya había completado su período de entrenamientos, y el 12, a las siete de la noche, nos reunimos en este mismo local Freddy, yo y su manager, el gordo Kampe. Ya lo conocen, ese que está ahí sentado, junto al hombre del mondadientes. Faltaba una hora para que se iniciara el combate. Y, por supuesto, fue un error entrar aquí. Ya ven la humareda y el aire viciado que hay en este cuchitril, pero Freddy tenía ganas de entrar y además despreciaba a los que cuidan sus pulmones de cualquier brisita de marzo. En una palabra: nos sentamos aquí, en medio de una humareda que no hubiéramos podido cortar ni con una sierra de vapor, y Kampe y yo pedimos una cerveza. Ese fue el origen del desagradabilísimo incidente que se desarrolló en los quince minutos que aún nos quedaban y que, por lo demás, sólo yo advertí. A Freddy le entraron ganas de tomarse una cerveza.

Y de hecho llamó al camarero. Pero Kampe intervino y le dijo en tono enérgico

que eso era una locura en aquel momento, justo antes del combate; que más le valía comer clavos de zapatos que beber cerveza.

Freddy masculló un «absurdo», pero dejó que el camarero se marchara. Para Kampe el asunto estaba liquidado, pero no para Freddy. Kampe repitió una vez más todo lo favorable y desfavorable que sabía sobre el contrincante de Freddy, quien se puso a leer un diario vespertino. Tuve la impresión de que tras la sección de anuncios clasificados él seguía pensando en su cerveza, o, mejor dicho, en su deseo de tomarse una cerveza.

Poco después se levantó y se dirigió lentamente hacia la barra de atrás, sin que Kampe lo notara. Allí estuvo un rato sin hacer mayores intentos por abrirse paso. Dejó pasar a dos clientes y un camarero. Luego sacó, con expresión bastante tonta, unos cuantos cigarrillos que llevaba en el bolsillo de la americana.

Cuando volvió a la mesa, parecía haber sufrido una transformación; jugueteaba con los cigarrillos en el bolsillo de su americana y se veía de muy mal humor. Pero se sentó otra vez tranquilamente detrás de su diario vespertino. Entonces yo empecé a despotricar contra la cerveza sin prestar atención al torrente verbal de Kampe. Aún recuerdo haber dicho que era un brebaje tibio y repugnante, cuya dudosa procedencia de algún charco inmundo se sentía nada más probarla, y en la que anidaba una tifoidea segura. Freddy sonrió maliciosamente.

Creo que ya había concluido el combate consigo mismo. Le resultaban intolerables varias cosas: estar sentado allí sin poder beber nada porque algo importante dependía de que no se debilitase; tener ganas de beberse aquel líquido cargado de tifoidea y ser demasiado débil para hacer lo que irracionalmente le apeteciera, y, sobre todo, indignarse de su irracionalidad. Es probable que al mismo tiempo viera a la muchacha con cara de compromiso, las camas de nogal y las estanterías, de modo que se puso en pie y pagó.

Nadie abrió la boca en el taxi que nos condujo al Palacio de los Deportes.

Al llegar a este punto de su relato, el boxeador notó que su manga estaba en un charco de cerveza y se la secó con el pañuelo. Aunque todos veíamos bastante claro cuál sería el resultado final del combate, yo pregunté por redondear el diálogo:

—¿Y qué pasó?

Lo dejaron k.o. en el segundo asalto. ¿O esperaba usted otra cosa?

—No, pero ¿por qué cree usted que lo dejaron k.o.?

—Es muy simple. Cuando salimos del local, yo sabía que Freddy se había formado una mala opinión de sí mismo.

—Eso está clarísimo —repliqué yo—. Pero ¿qué debería hacer un hombre en la situación de Freddy, según usted?

El tipo acabó su cerveza y dijo:

—Un hombre debe hacer siempre lo que le apetezca. Esa es mi opinión. ¿Sabe

una cosa? La precaución es la madre del k.o.

El currículum vitae del boxeador Samson-Körner

Cuando hay que escribir algo sobre la propia vida, resulta realmente difícil compaginar todo el material disponible. Pero lo peor es que, bien mirado, cada cosa tiene dos lados; generalmente un lado que se paga más o menos caro, y otro que puede costar un dineral. De ahí que sea importantísimo considerar cada cosa en función de este último.

Por eso quiero empezar diciendo que nací en Beaver, Estado de Utah, EE.UU., en el distrito mormónico, casi a orillas del Gran Lago Salado. También puedo insinuar por qué nací allí: porque ninguna línea de ferrocarril pasa por Beaver, Estado de Utah, EE.UU. Allí podrá usted casarse con doce mujeres, pero si desea echarle un vistazo a mi casa natal, no podrá llegar como no sea andando.

Este es uno de los lados del asunto. Y muy importante, pues sólo gracias a él he sido un verdadero yankee y me he librado de tener que jugar al póquer tras una alambrada de púas durante cuatro años.

Por otro lado, nací en Zwickau, Sajonia, porque allí vi por primera vez la luz del mundo. En Zwickau viví aproximadamente trece años, la mayor parte en el hotel «Deutscher Kaiser», propiedad de un tío mío. Ahí aprendí un juego consistente en abrir puertas, cargar maletas y lustrar botines. Lo cual me fue de enorme utilidad cuando, apenas un año más tarde, en Inglaterra, estuve casi con el agua al cuello. Pude conseguir un puesto en un hotel de Cardiff, pues estas cosas son iguales en todas partes; siempre lo he sostenido. Entre Londres y Hamburgo la diferencia no es tan grande, y si hay gente para la que existen cosas más importantes que el que a uno le abran la puerta, le carguen la maleta y le lustren el calzado, esa gente está totalmente equivocada.

En un principio quise estudiar en Zwickau, durante cuatro meses, el oficio de electrotécnico. Y hubiera llegado a ser un electrotécnico tan bueno como cualquier otro si mi padre no se hubiera casado por segunda vez. Esa fue la razón por la que me marché de Zwickau y renuncié a mis estudios de electrotécnica. No tardé en renunciar también a una hermosa colección de otros oficios. En Aue, adonde me dirigí primero —sin que mi padre dijera una palabra, por lo demás, ya que preferí no pedirle consejo— trabajé como camarero en un restaurante. Allí conocí a alguien que me hizo entrar como peón de labranza en un cortijo cercano a Altenburg. Aquel cortijo fue la razón principal de que poco después, a los catorce años, me hallara

camino de Inglaterra. Pues allí, cerca de Altenburg, leí por primera vez algo acerca de Hamburgo.

A partir de ese momento puse la mira en Hamburgo. Al principio llegué sólo hasta Eisenach, donde conocí a un señor que negociaba con cerveza. Me permitía conducir su coche repartidor a cambio de que siguiera algunos cursos en la escuela vespertina. Y esa fue la gota que, por decirlo de algún modo, colmó el barril de cerveza. Y me fui a Hamburgo.

No hice el viaje en tren, aunque mi padre me había enviado doscientos marcos suplementarios a Eisenach. Pensé que me harían mucha falta en Hamburgo y viajé «andando».

Cuando llegué a Hamburgo éramos tres. En los caminos comarcales siempre había chicos de mi edad cuya meta era Hamburgo. Allí me sorprendió muchísimo no encontrar tanta agua como yo hubiera necesitado, y en cambio sí un buen número de establecimientos donde a uno lo desplumaban en menos que canta un gallo. Por veinte peniques la noche alquilé una buhardilla en un albergue de St. Pauli. Buscábamos un barco en el que pudiéramos trabajar, pero eran terriblemente estrictos con los papeles y, además, sólo querían dejarnos viajar en calidad de grumetes, lo que hubiera sido muy desagradable como oficio. Yo procuraba mantener siempre mi dinero a un determinado nivel, comprando y revendiendo todo tipo de cosas, sobre todo zapatos viejos en buen estado, cosas que cualquiera necesita y con las que se puede ganar unos reales. Pero el dinero se derretía como mantequilla al sol, y, además, la cosa empezó a ponerse «negra». Con esto quiero decir que la policía tenía la mirada puesta en nosotros. Los ojos de esos policías parecían cerezas colgadas de sus tallitos cuando veían a un chico sin papeles. Entonces me trasladé a Bremerhaven.

Al llegar ahí ya sabía por experiencia que lo primero es buscarse un lugar donde dormir para que el dinero no se esfume tan rápido; pues en un hotel no puede usted controlar sus céntimos como en un cuartucho al que sólo va a dormir. Pero en Bremerhaven los barcos tampoco se interesaron mayormente por mí, y tuve que pasarme la mayor parte del tiempo en las tabernas del puerto para al menos oír hablar del mar. Tiempo tenía, y muchísimo. Era alto y fuerte como un muchacho de veinte años por lo menos, y un cara dura como no hay dos. Pero no conseguía subirme a esos malditos barcos, y mi dinero seguía derritiéndose como mantequilla al sol, es decir, ya era sólo una manchita de grasa al sol. Por entonces conocí a otro chico de Sajonia que estaba en una situación parecida, y ambos empezamos a sentarnos a la mesa de los marineros ingleses, quienes preferían bajar a tierra que arreglar y limpiar su barco. Pues para eso estábamos nosotros, y con gusto nos pagaban por limpiar la sala de máquinas. Entonces se me ocurrió quedarme también en el barco cuando las máquinas que limpiaba se pusieran en funcionamiento y llegar así hasta Londres, les gustara o no a ellos.

Una tarde le dije al pequeño sajón:

—Hoy nos estibamos.

Y cuando el barco zarpó por la noche, nos instalamos abajo, en la carbonera, y viajamos a Londres. Al principio fue muy agradable, pese a la oscuridad y estrechez del lugar; pero poco después surgió el primer problema gordo. Cuando estaba amaneciendo me empecé a marear. Era un continuo subir y bajar y mi estómago aguantó todo aquel vaivén hasta que dije:

—Yo aquí no me quedo. Subiré a tomar aire.

No armaron demasiado lío al vernos. Yo dije: «Viajo con vosotros», y ellos entendieron mi mensaje porque with, en inglés, significa lo mismo. Nos dieron de comer y nos hicieron trabajar un poco al aire libre.

A las nueve llegó el primer timonel y lo primero que oímos fue que el barco no se dirigía a Londres, sino a Amberes.

—Bien —dije—. Pues iremos a Amberes.

Pronto reinó un ambiente de gran cordialidad. También el tiempo mejoró. Nos instalamos en cubierta a pelar patatas. Vimos pasar muchos barcos. Aquello duró tres días. Luego entramos en el Escalda, que era un poco más aburrido, y al atardecer del tercer día llegamos realmente a Amberes. Allí nos hicieron bajar a tierra en seguida.

No conocíamos Amberes en lo más mínimo y nos costó un gran esfuerzo mantenernos durante cuatro días. Por suerte, el carpintero del barco, que se había encariñado con mi pequeño sajón, nos dio unos cuantos céntimos antes de que nos echaran a tierra. Además, siempre llegábamos puntualmente al «rancho», es decir que a las horas de comida nos colábamos entre la tripulación de los distintos barcos y les tendíamos nuestros platos. Por entonces ya teníamos cierta experiencia.

Al cuarto día nos dijo el carpintero:

—Zarpamos esta noche; seguro que no os volveré a ver.

Por la tarde ya estábamos de nuevo en la carbonera. Es mejor no cambiar muy a menudo la gente con la que se ha de tratar. Poco después entramos nuevamente en el Canal de la Mancha y yo me volví a marear. Subí otra vez a cubierta y ellos se alegraron de que estuviéramos allí de nuevo y pelásemos patatas. En Cardiff (Inglaterra) nos volvieron a echar a tierra.

El carpintero de a bordo nos dio otra vez unos cuantos chelines y nos dijo:

—Hasta la vista.

Pero nosotros queríamos ir a Londres. Cierto es que quedaba al otro extremo de la isla, pero era una gran ciudad con muchas posibilidades. Nos volvimos a estibar.

Esta vez ya no fueron tan amables. Cuando nos hicieron salir del escondite tuvimos que trabajar como negros y, sin embargo, nos despacharon en la lancha del práctico con una carta en la que se leía «Police». Nos dijeron que nos dirigiéramos allí. Pero nosotros pensamos que los policías no eran el tipo de gente que nos

convenía y preferimos tirar la carta al agua. En la lancha del práctico me vino un mareo terrible. El práctico nos hizo bajar en Landsend, de donde volvimos andando a Cardiff, con la moral por los suelos. No se podía llegar así a Londres. Más tarde lo conseguiríamos, pasando por Alejandría.

En Cardiff, una vez más, no ocurrió nada. Ya iba siendo hora de que tomásemos medidas más drásticas. Fuimos a ver al cónsul alemán en Bristol. Pero el tipo advirtió en seguida que no teníamos a nadie que nos respaldara y nos despachó con unos cuantos chelines. Nosotros, entonces, decidimos volver a Cardiff.

En la playa había un montón de barcas y ni un alma en ellas. Nos subimos a una. Cuando quisimos hacernos a la mar, no vimos nada de agua alrededor. Había bajado la marea. Además, hacía mucho frío. Mi amigo… pero lo que viene ahora tiene, claro está, sus dos lados. Por un lado hacía un frío atroz y sólo llevábamos puesta ropa liviana; por otro lado, el hombre al cual pertenecía la barca —y la chaqueta y las botas que había dentro— no habría vacilado en prestarle esas abrigadoras prendas a mi amigo de haber estado allí presente. Además no era culpa nuestra si el hombre no se pasaba todo el día sentado en su embarcación. De modo que nos llevamos la chaqueta y las botas. Recuerdo que luego caminamos casi una hora por un puente larguísimo. Y al final oscureció. Nos deslizamos al interior de un granero y, de pronto, un *policeman* altísimo se plantó ante nosotros y nos hizo señas de que lo siguiéramos. En el puesto de guardia nos pidieron nuestra documentación; pero no les entendíamos muy bien y, por si las moscas, dijimos que nos acababan de regalar la chaqueta. No parecieron muy dispuestos a creérselo. Maliciosamente nos preguntaron de dónde veníamos, y al oír que habíamos atravesado el puente, nos dijeron que eso estaba prohibidísimo y nos metieron cinco días en chirona.

No tomamos todo aquello muy en serio, porque son los riesgos que hay que correr si se quiere emprender algo. No habíamos atravesado el puente porque fuera algo particularmente necesario para nuestro sustento, y al hacerlo tampoco habíamos querido perjudicar a nadie. Pero por otra parte teníamos en nuestro haber una serie de actividades que sólo por inadvertencia no nos habían valido el calabozo, como suele ocurrirle a todo el mundo. Con la inmoralidad sucede, en mi opinión, lo siguiente: si uno no tuviera frío cuando hace frío y el hambre no se le fuera al comer un pedazo de pan, la moral ocuparía un sitial mucho más elevado. Seguro que entonces habría mucho menos gente en las cárceles.

Por el simple hecho de atravesar a pie un puente —que además no era precisamente idóneo para caminar, pues estaba destinado sólo al ferrocarril (de la chaqueta semirregalada prefiero no hablar)— tuvimos que languidecer cinco días en la cárcel de Bristol.

La prisión era muy agradable. Nos tenían que alimentar como a cualquier otro, y aunque habíamos perdido imprudentemente el honor, era estupendo dar vueltas

silbando y con las manos en los bolsillos en el reducido círculo de esas cuatro paredes, que eran particularmente gruesas para que la gente peligrosa como nosotros no pudiera evadirse y la isla quedara a salvo de nuestros embates.

También podíamos observar a nuestras anchas a los demás delincuentes, ya que el guardián nos encontraba muy correctos, y si bien decía que nos tenía estrechamente vigilados, aquello era más bien un cumplido. Cuando jugábamos a las cartas llegaba incluso a decir que creía necesario ponernos grilletes, pero que no los había en tallas tan pequeñas. Pues nos enseñó a jugar a las cartas. Era muy gordo y estaba bastante enfermo y necesitado de movimiento por prescripción facultativa; de ahí que debiera jugar a las cartas. Pero como no teníamos ni un real, y el juego sin dinero es como la comida sin sal, le dimos mil vueltas a las posibilidades de ganar algo, hasta que al final el gordo nos propuso pagarnos unos céntimos por fumar en pipa. Nunca lo habíamos hecho, y el guardián nos dijo que le divertiría vernos fumar. Aceptamos, y él invitó a la función a un amigo suyo, un asaltante de bancos que se hallaba a dos celdas de distancia de nosotros. Suministró la pipa otro recluso, acusado de robo con homicidio según el guardián, y que a juzgar por su estado debía de haber repetido el plato varias veces. Nos costó muchísimo ganar ese dinero fumando, y lo perdimos con una facilidad asombrosa jugando a las cartas.

Pero cuando salimos de la cárcel de Bristol habíamos aprovechado bien el tiempo y aprendido algo para la vida.

El gordo nos dio un poco de dinero al salir, de suerte que cuando volvimos a Cardiff, pudimos ir al Hogar del marinero. Había montones de sitios en Inglaterra —cosa fácil de imaginar aun sin mapa—, pero nosotros sólo conocíamos Cardiff y por eso regresábamos siempre a Cardiff. Y allí quedaba el Hogar del marinero, que ya conocíamos. Si en aquel momento nos hubieran soltado en cualquier lugar del mundo, seguro que hubiéramos vuelto a Cardiff, al Hogar del marinero. Así de perezoso es el hombre.

Fue mi primer amor lo que me alejó de Cardiff. Un buen día llegó un hombre al Hogar del marinero y preguntó si había algún muchacho competente que pudiera trabajar en un hotel. El administrador le dijo que quizás nosotros dos estaríamos jugando en la playa y que no se dejase influir desfavorablemente por nuestro aspecto exterior.

En efecto, estábamos en la orilla jugando a ver quién escupía más lejos.

El hombre nos observó un rato antes de hacernos su ofrecimiento; sin duda quería ver qué clase de chavales éramos y cuál de los dos se adecuaba mejor a sus fines. Yo escupí más lejos. Y me contrató a mí.

Primero trabajé como criado y me encargaba de los zapatos; pero no tardé en ascender a panadero y me dediqué a preparar los buñuelos para el restaurante automático.

Mi amigo se quedó en el Hogar del marinero. Yo lo visitaba siempre por las tardes. Le iba bastante bien y comía sobre todo buñuelos. Pero ahora tenía que escupir solo al mar y eso no le hacía gracia. No me dijo nada, pero una noche que llegué con unos cuantos buñuelos, dispuesto a fumarme tranquilamente una pipa en su habitación, él se había ido. No volví a verlo más.

En cambio, cada mañana veía en los pasillos del hotel a una chica. Tendría unos trece años y era criada del establecimiento. Al verme sonreía como una *lady*. Yo mismo era todo un *gentleman* y, pese a mis dieciséis años, alto como un mástil. No podía evitar encontrarme con ella en el pasillo y, sobre todo, no había ninguna razón para que no intercambiáramos una que otra inocente palabrita. Debo decir que nada nos estimula tanto como ese «no hay ninguna razón para no hacer» esto o aquello. Hacemos constantemente las cosas que «ninguna razón» nos impide hacer. Yo, por ejemplo, intercambié unas inocentes palabritas con ella y en seguida me enteré de que precisamente esos días había una feria en Cardiff y ninguna razón nos impedía darnos una vuelta por ahí. En aquella feria de Cardiff vi boxear por vez primera.

Y allí donde vi boxear por vez primera, también yo boxeé por vez primera. La cosa fue así:

Había ahí una tienda de lona en la cual se boxeaba, y en su interior dos personas firmemente empeñadas en destrozarse la cabeza una a la otra, aunque también podía apuntarse gente del público que quisiera recibir golpes. Presenciar el espectáculo costaba veinte *pence* por persona. No era un precio muy alto; siempre he opinado que todo lo que se pague por ver boxear es poco, pero para mí, en Cardiff, era una suma bastante elevada, sobre todo porque tenía que pagar dos entradas. Claro que si uno boxeaba, la entrada era gratuita; y así, después de estar un rato ante la tienda y cuando el asunto empezaba a resultar algo penoso para un *gentleman*, le dije al encargado, en el tono de voz más indiferente que pude, que quería «charlar un poquitín con uno de sus hombres». El caballero sonrió algo torvamente y condujo a mi dama a un asiento libre en la primera fila, para que pudiera ver bien cómo «charlaba yo con uno de sus hombres». Por mí hubiera podido sentarse tranquilamente un poco más atrás. ¡Qué necesidad tenía de verlo todo tan detalladamente! Pero el hecho es que ahí fue instalada.

Me pusieron un par de guantes y pensé: será para que no le haga mucho daño al contrincante, pero luego subió éste al cuadrilátero. Su aspecto no era muy alentador que digamos.

Desde entonces he visto subir al ring a muchos tipos para enfrentarse conmigo, sin duda mejores boxeadores, y no miento al decir que toda una serie de ellos se me ha ido de la memoria, es decir que cuando leo sus nombres en mi libro de récords no consigo recordar su aspecto exterior. En un recorte de periódico leo que al segundo asalto uno de ellos me puso al borde del k.o., por lo que el hombre, en mi opinión,

hizo una labor más que buena; pero no logro acordarme de su cara. A mi primer adversario, en cambio, aún me parece verlo ante mí como si ayer mismo hubiese estrechado su mano. Por cierto que él me estrechó no solamente la mano.

Aún hoy tengo la impresión de que medía dos metros y medio y era tan grueso como un buey.

Parecía tener un carácter bastante abyecto. Tenía todo el aspecto de alguien para el que tratar a un ser humano vivo, que no quería hacerle nada malo, como si fuera un inerte saco de afrecho, era algo menos importante que comerse un budín de Navidad. La verdad es que primero debí haber exigido que me mostraran su fotografía. Cuando sonó el gong ya era demasiado tarde para recapacitar. Aquello ocurrió una noche de junio. Hacía mucho calor en la tienda, y la gente, sentada en mangas de camisa alrededor del ring, fumaba tanto pese a la prohibición que para ver algo en el cuadrilátero hubiera habido que perforar el humo con un taladro. Recuerdo que luego, durante el combate, las escasas lamparillas de aceite que pendían sobre nosotros empezaron a arder lentamente. Era muy extraño que no chocasen literalmente contra la nube de humo que envolvía el ring. Además percibía el ronco guirigay de los cincuenta a setenta espectadores, todo ello entre el estruendo infernal de una docena de organillos que acompañaban los tiovivos circundantes. Desde el comienzo tuve el presentimiento de lo que vendría, una premonición bastante pálida de lo que en realidad ocurrió. Pues lo que vino luego no fue un combate de boxeo, sino una fiesta de la matanza. Fui simple y llanamente molido a golpes. Había entrado sin pagar, lo admito, pero había entrado para que me vapuleasen. El hombre no se anduvo con miramientos conmigo. Me golpeaba directamente a la cara, produciendo en ella monstruosas transformaciones. Pegaba por la izquierda, por la derecha, por arriba y por debajo, y ni siquiera parecía apuntar previamente; siempre acertaba. Daba la impresión de estar acostumbrado, desde su más tierna infancia, a tratar como si fueran asesinos o ladrones a gente pacífica, que sólo quería dormir. Los guantes de boxeo no me sirvieron sino para protegerme la cara. Pero él golpeaba incluso por entre ellos. De todas formas, logré mantenerme en pie todo el asalto, con algunas interrupciones en las que, sólo por descansar un poco, me tumbaba en el suelo. No tuve tiempo de advertir nada, de lo contrario hubiera advertido algo en lo que ahora pienso, y es que mi contrincante no quería liquidarme lo más rápidamente posible, sino con la máxima lentitud. No podía entregarse sin más a sus instintos sanguinarios, sino que estaba obligado a tomar en consideración a su público, que quería ver un combate. De ahí que siempre me dejara tiempo suficiente para recuperar algo de fuerzas antes de volver a lucir sus artes.

Las lució a lo largo de los dos asaltos. Y fueron artes de primera magnitud. Tras aquellos dos asaltos mi cansancio vital era comparable al de un anciano de ciento veinte años. Me tumbé de espaldas en un rincón y deseé la muerte.

No obstante, y aunque no estaba en condiciones de soñar con aventuras amorosas, pude ver —muy borrosamente es verdad, debido a la atroz hinchazón de mi cara— el rostro de mi *lady* inclinado sobre mí. Me fue imposible entender lo que decía, porque mis orejas se habían quedado muy atrás. En cuanto a la muchacha, yo había pensado en un principio hacerle uno que otro guiño desde el ring, por ejemplo cuando estuviera cerca de su sitio. Hubiera sido una excelente idea. Pero el combate, lamentablemente, me lo impidió.

Debo decir, eso sí, que ella se comportó tan bien como yo. Antes de la pelea mi aspecto tenía que ser, si no *muy* atractivo, sí mucho mejor que después, pese a lo cual ella disimuló bastante bien sus sentimientos hacia mí antes del combate. Por ejemplo, nunca me hubiera besado de no haber tenido yo un aterrador ojo negro y un edema del tamaño de un puño en el lugar donde la gente normal tiene un segundo ojo. Pero así me besó.

Las mujeres son muy peculiares. Suelen hacer algo distinto de lo que uno desea. Aunque esa vez yo estaba deseando lo que ella hizo. Volvimos al hotel siendo mucho más amigos que cuando nos conocimos, y, a partir de entonces, en el pasillo ya no me sonreía sólo como una *lady*.

Pese a ello, aquel asunto tan agradable no tardó en mostrar también esas dos caras que en algunos casos ya he descrito. Mi amor era, por un lado, delicioso; respecto al otro lado me abrieron los ojos mis amigos.

El asunto era, según ellos, peligrosísimo.

En Inglaterra, me decían, salir con una chica no es tan simple.

En Inglaterra, decían mis amigos en la cocina del hotel, la gente que se besa acostumbra a casarse. Y en seguida. De lo contrario —eso decían mis amigos—, el sheriff toma cartas en el asunto y un sheriff es menos capaz de entender bromas que una chica.

Mis amigos no consideraban mi caso exactamente peligroso, pero decían que, de cualquier forma, más me valía desaparecer. Debo admitir que, se trate de lo que se trate, siempre es bueno desaparecer.

Invité a mis amigos a cenar buñuelos y la cena se transformó luego en una partida de cartas… tal fue el otro lado de la invitación a cenar buñuelos: ¡dinero para el viaje! Y a la mañana siguiente partí, con algo de dinero, hacia Barrydock.

Barrydock es un pequeño puerto.

Cuando llegué no se veía un solo barco, cosa muy extraña. A los cuatro días se acabó el dinero de mis amigos y volví a casa. Mi casa era Cardiff.

Pero en Cardiff estaba mi *lady*.

A la chica no le había dicho, claro está, que pensaba marcharme; pero ella se lo dijo a sí misma al no verme durante cuatro días.

Mi jefe quiso readmitirme en seguida, y hasta intentó que aprendiera a conducir y

fuera chófer suyo, pero muy pronto noté que mi chica no me quitaba el ojo de encima y, para mí, el sheriff seguía estando detrás de todo aquello.

Comí casi hasta hartarme, jugué un rato a las cartas con mis amigos de Cardiff y partí de nuevo a Barrydock en busca de aventuras.

A mi *lady* jamás volví a verla. Era muy agradable.

Apoyado en la baranda de un muelle de Barrydock, me puse a escupir al Atlántico y sentí deseos de conocer Londres. De haber tenido mejor vista, hubiera podido ver América al otro lado del océano, pero nunca la ciudad de Londres, pues la tenía a mi espalda. A Londres sólo pude llegar dando un rodeo por Alejandría, en Egipto. Logré que me aceptaran como camarero en un pequeño vapor que zarpaba hacia allí, y al ver que, una vez más, el dinero se me estaba evaporando, decidí visitar Alejandría.

El barco resultó, por lo demás, mucho más interesante que Alejandría. Alejandría es más o menos como se ve en las postales, sólo que no tan limpia. (Sí, cuando no se consiguen postales de Alejandría misma, se puede utilizar una de Constantinopla; ¡las postales, al menos, son idénticas!) Si encima se dice que las mujeres andan por la calle con la cabeza cubierta, se tendrá una idea de lo que es la ciudad. Confieso que tengo algo contra Alejandría porque no me dieron permiso y no pude visitarla.

Pero en aquel viaje y en los que siguieron aprendí muchísimo acerca de la vida. Mi trabajo consistía solamente en hacer las camas de los oficiales, lustrarles las botas y lavarles la ropa blanca. Era muy simple, pero además tenía que tratar con esa gente, lo cual era mucho más interesante. No eran los peores que he conocido, pero casi todos se divertían cuando podían darle un puntapié con sus botas a un muchacho larguirucho y algo lento, y les hacía mucha gracia echarle una zancadilla cuando pasaba y encajarle luego amables puñetazos en los riñones.

Debo decir que, de entrada, estuve totalmente en contra de tales prácticas. No tenían sentido. Se lo dije en seguida a aquella gente, y al ver que la cosa no mejoraba, tiré a un hombre contra la pared de la cocina, para que reaccionara. Así lo hice: en un combate es muy importante enfurecerse el máximo posible.

Cierto es que algunas veces la furia surge espontáneamente, pero otras hay que provocarla. Si, por ejemplo, tuviera que tirar a mi hombre contra la pared de la cocina, antes que nada haría esfuerzos por enfadarme con él. Me diría a mí mismo todo lo malo que se pudiera decir, por ejemplo, sobre su nariz, y a la menor mirada suya pensaría: ¡Con qué descaro me ha vuelto a mirar! Además, le aguantaría muchas cosas y me diría a mí mismo todo el tiempo: ¡Haz algo sólo cuando esto sea ya intolerable! Es lo que más irrita, y lo mejor es reprimir la propia rabia todo lo que se pueda: así aumenta en forma colosal. Al final bastará con que tu hombre mueva un dedo para que lo tires contra la pared de la cocina. Este método es mucho mejor que el de atacar a sangre fría. La mayoría de las brutalidades que he presenciado han sido producto de una excesiva sangre fría, no caliente.

De haber atacado a ciegas, nunca habría podido saber si de verdad me hubiera enfurecido estando aquel hombre y yo a solas, y entonces mi estallido habría sido inútil. Así, en cambio, pude aguardar a que hubiera suficiente público y atacar en el momento oportuno. Así se dieron cuenta en seguida de lo que no me gustaba.

A partir de entonces mi vida mejoró mucho. Noté que el hombre al que había tirado contra esa pared me invitó un día a una partidita de cartas, y no porque estuviera preocupado —pues si él también hubiera montado en cólera yo no habría podido abatirlo tan fácilmente—, sino porque no pensaba en nada malo, por puro cariño y porque justamente empezó a tomarme en cuenta.

Lo más importante en la vida es que a uno lo tomen en cuenta. Pero más valioso aún que descubrir lo bueno que es ser fuerte y no avergonzarse de serlo, fue para mí darme cuenta, casi por la misma época, de que ser sólo fuerte no basta. Y me enteré a raíz de la historia con el cocinero del barco.

El cocinero de a bordo era un negro. Se llamaba Jeremiah Brown y en realidad era sólo el contenido negro de un uniforme blanco. Era lo más presumido que he conocido jamás. Cuando hablaba con alguno de nosotros, miraba al mismo tiempo el reloj o hacía cualquier otra cosa para que viéramos que todo el resto le importaba más que la conversación. Había tapizado su cocina de arriba abajo con fotografías en las que aparecía él mismo en todos los papeles brillantes —desde general hasta propietario de fincas (en una mecedora, frente a una villa de dos pisos)— que el cerebro de un negro es capaz de imaginar.

Ese hombre me dio una lección ejemplar.

Todo empezó cuando Brown, debido a mi fuerza física, hizo que me destinaran a acarrear carbón y a hornear el pan; y contra Brown yo no podía hacer nada, pues estaba en buenos términos con los oficiales, que se divertían en privado con él. Pero cuando mis tareas en la cocina empezaron a prolongarse hasta altas horas de la noche, empecé a espabilarme un poco más; pues si bien por un lado se necesita gente fuerte para acarrear carbón, por el otro es precisamente la gente fuerte la que está en condiciones de defenderse ante cualquier exigencia desconsiderada. Empecé por estrechar la negra mano de Jeremiah el mayor número de veces y con la máxima cordialidad posible. Lo hacía sobre todo cuando había gente alrededor, para que vieran lo simpático que me caía y él no pudiera maldecir si yo apretaba un poquito más de la cuenta. Por desgracia cometí desde un principio el error de poner sobre aviso a la gente, de suerte que él advirtió que los otros esperaban un aullido de dolor de sus labios. Pero era tan vanidoso que prefería aguantar el dolor a gritar en presencia de extraños. Tuve, pues, que seguir luchando. Creo que aquel fue mi primer combate con un hombre y, como ya dije, de él aprendí muchísimo.

Una tarde entró Brown en su cocina y en seguida notó que algo le faltaba. Aparte de mí había allí unos cuantos más, y Brown se dio cuenta de que lo estábamos

observando.

Todas las fotografías habían desaparecido. En el barco todo el mundo sabía que para el cocinero no había en el mundo nada como sus fotografías. Estábamos pendientes de su cara. Brown paseó lentamente su mirada por las paredes vacías. Se le veía muy sereno mientras las examinaba una por una. Sólo parecía, en realidad, un poco pensativo.

Luego nos miró con aire indiferente, se volvió y se dirigió al hornillo para preparar té.

Quedamos muy desilusionados con el desenlace.

Al día siguiente el cocinero ya no me mandó llamar, y a partir de entonces un grumete le acarreó el carbón. Noté asimismo que los oficiales empezaron a tratarme peor. Brown debió de haberles insinuado algo.

Creí que se habría dado cuenta de que no tenía ninguna prueba contra mí y prefería no amargarse la vida con un individuo como yo. Dadas sus relaciones, no le costaba nada conseguir que en Constantinopla ya no me readmitiesen.

Pero al cabo de dos o tres días estaba yo apoyado en la borda cuando, de pronto, Brown se paró detrás de mí; cuando me volví, él sonrió. Luego me preguntó si no tenía ganas de tomarme una taza de té con él en la cocina. Y, de hecho, cuando fuimos a la cocina preparó té para mí y bebió conmigo.

Pensé que se pondría a hablar de las fotografías, por si acaso pudiera recuperarlas a través de mí. Pero ni las mencionó. Habló sobre el tiempo y me contó cosas de San Francisco.

No sé cómo se las ingenió para no despertar mis recelos. Nos reuníamos a diario y él me contaba cosas. Pasados unos días me entraron ganas de hablar de sus fotografías, claro que de forma muy general. Le dije que sentía lo ocurrido y le pregunté si no las echaba de menos y si quería recuperarlas.

Me lanzó una mirada cordial y cambió de tema. Sus fotos ya no parecían importarle gran cosa.

En Constantinopla me pagaron y ya no volvieron a contratarme. El cocinero se hallaba en una situación penosa. Había conseguido que me echaran, pero entretanto se había hecho amigo mío y ya no podía enmendar el entuerto.

Bajamos Juntos a tierra en Constantinopla, y Brown me aconsejó que no tirara mi dinero. Apeló a mi conciencia insistiendo muchísimo. Dijo que lo sentía por cada botella de vino que nos echábamos irresponsablemente al coleto. Y me recomendó ahorrar ese dinero hasta que la suma engrosara un poco y me permitiera hacer algo.

Al día siguiente regresó y me dijo que él también estaba harto de aquel barco y que había conocido a alguien dispuesto a ofrecerle trabajo en un carguero que transportaba aguardiente a Trinidad. Y que podía viajar con él como segundo cocinero. Claro que acepté en seguida. Concretamos el asunto. El barco tocaría

primero en Londres.

Allí vine a enterarme de por qué el cocinero quería tenerme a su lado. En el barco no pude darme cuenta; pensaba que lo hacía por simpatía hacia mí. Se había comprado nuevas fotos en Constantinopla, y pensé que las había colgado en su nueva cocina sobre todo para hacerme ver que ya no echaba de menos las otras. Yo, mientras tanto, aún las conservaba todas en mi baúl.

Mi intención era dejar el barco en Londres y, con el dinero ahorrado, hacerle una breve visita a mi familia. Mas no la llevaría a cabo, pues me hallaba implicado en un combate y, lo que era peor, ni siquiera lo sabía. La amistad del cocinero no era sino la segunda parte de nuestro combate, y con mucho la más peligrosa.

El comportamiento de Brown conmigo era francamente conmovedor. Organizaba pequeños combates en cubierta «para mostrar mi fuerza, que a él, el cocinero, lo impresionaba». Pero aquello era más lucha que boxeo. Brown se sentaba en un banquillo, me observaba embelesado y sonriendo maliciosamente, y todo el tiempo llamaba la atención de los circunstantes sobre cualquier truco o recurso similar que yo emplease. También le encantaba palpar mis músculos y elogiarlos luego como un conocedor.

Era un tipo peligroso. En Londres me liquidó. Fue el mismo día que desembarcamos, un día muy hermoso con un final atroz. Mientras bebíamos una copa de ron, yo le había contado a Brown, por amistad, que en Londres quería desertar, y él me aconsejó insistentemente que bajara mis cosas a tierra el primer día. Se ofreció a ayudarme y lo hizo. Y así dejamos mi baúl en una pensión barata y nos fuimos de picos pardos, cogidos los dos del brazo.

Juntos nos tomamos varios tragos en varias tabernas y nos metimos en varios dancings; además comimos juntos y, entre otras cosas, fuimos juntos —aún lo recuerdo con toda claridad—, por deseo expreso del cocinero, a la tienda de un fotógrafo. Allí Brown me hizo fotografiar con la camisa arremangada, en una especie de pose boxística. Juntos recogimos la foto al cabo de algunas horas, y Brown no me dejó pagarla. Luego naufragamos en un verdadero Océano Atlántico de whisky… juntos, según me pareció.

Cuando desperté al día siguiente en mi camarote, advertí que había naufragado solo: el cocinero se veía muy fresco y en buena forma. No entendí por qué no se había envuelto la cabeza en un paño mojado. Sólo empecé a comprender algo por la tarde, cuando llegué a mi pensión.

Mi baúl había desaparecido. Yo mismo lo había recogido en un coche de alquiler, aunque en un estado de ebriedad total, en opinión del dueño del albergue. Probablemente lo dejé olvidado en el coche de alquiler.

En ese baúl guardaba todas mis pertenencias.

Volví inmediatamente a bordo. El primer hombre al que me encontré fue el

cocinero Brown. Parecía contentísimo y en seguida me dijo, antes de que yo pudiera abrir la boca, que había encontrado sus viejas fotos en un baúl asqueroso que no vaciló en tirar de inmediato. Mientras hablaba me miró con atención y abiertamente. Aún recuerdo que en ese momento no sentí nada parecido a la rabia; simplemente tuve náusea.

Pasé tranquilamente a su lado y me tumbé en mi hamaca. Estaba harto del mundo.

Al cabo de unos días, que pasé siempre en cubierta, el barco zarpó rumbo a Trinidad. De todo ese viaje prefiero no hablar. (Al final de la travesía Brown me hizo pagar cuatro chelines por «una olla quemada».) Tuve que digerir la lección de que eso de la fuerza tiene sus dos lados. Los más débiles reciben los golpes, por un lado, y los más listos se hacen con el dinero, por el otro.

El negro tenía ahora en su baúl todas esas fotos tan caras a su corazón, más una nueva, la de un muchachón de aspecto fresco e increíblemente tonto, con músculos muy fuertes.

Cuando llegamos de vuelta a Londres, yo estaba hasta las narices de navegar. Había vuelto a reunir unas veinte libras y decidí irme a casa.

Me compré un traje nuevo de buen paño, grueso, una gran gorra y un bonito par de zapatos, y me fui a Hamburgo.

Viajé en primera clase.

Al llegar a Hamburgo consulté en seguida los enlaces de trenes y, como mi tren no salía hasta el anochecer, me di una vuelta por St. Pauli para ver la feria «aunque sólo fuera de pasada».

Allí me quedé cuatro días.

La culpa de ello, como quien dice, la tuvieron varias personas.

La feria estaba en todo su apogeo y me subí con mucha gente a la montaña rusa, fui con toda una pandilla al hipódromo subterráneo y presencié en el panorama, con un grupo de al menos diez hombres, todos los accidentes que ha habido en el mundo.

Un nutrido ejército de gente simpática, amable y que me apreciaba, devoró mis veinte libras.

Pasados esos cuatro días, la gente empezó a ser menos simpática y amable y a apreciarme también un poco menos. Al final ya no me conocían ni me habían visto nunca. Con todo, aquello fue menos desagradable que el hecho de no ver nunca más mi dinero.

Sobre todo honré cierto columpio-bote con mi visita y la de mis queridos amigos. Al tercer día, el hombre al cual pertenecía me atendió personalmente. No podía permitir que un cliente como yo fuera atendido por un empleado cualquiera.

Entonces hablé con él, y tuvo la gentileza de contratarme para que me ocupara del columpio. Cobraba un marco diario y estuve allí ocho días. Ya el primer día me descubrieron mis amigos, y claro está que columpiarse allí se convirtió en una

actividad particularmente divertida para ellos. Llevaban a cuanto amigo estuviera, como yo lo estaba antes, en condiciones de pagar, y hacían todo lo posible por que yo los atendiera.

Les divertía impartirme órdenes en tono brusco, oponían resistencia cuando yo impulsaba el columpio, y se quejaban de que lo hacía tomar altura cuando el acompañamiento musical estaba ya por la mitad. Jamás me daban propina. «Ese hombre es riquísimo», decían, «podría mantenernos a todos si quisiera». Y el propietario volvió a ganar así una bonita suma conmigo.

Pero si cuento esta historia es sobre todo por dos razones. En primer lugar porque pienso que a muchos les resultaría molesto servir a la misma gente a la que antes invitaban. A mí la verdad es que no me importaba. Los atendía con el mismo gusto que a otros y no me preocupaba por ellos. Era estupendo que, gracias a mí, el columpio tuviera visitantes. Gente tonta que no sabía que unas veces se tiene suerte y otras no tanto.

La segunda razón es que, por supuesto, aún me quedaba algún dinero cuando empecé a trabajar. No dejé que se me acabara del todo. Era tonto, pero no tanto como para que el hecho de espabilarme no me sirviera ya de nada. Con el dinero ocurre lo mismo que con los automóviles; lo comprobé cuando tuve un taxi en Nueva York. Con su coche puede llegar usted a encontrarse en una situación en la que daría lo que fuera por detenerla. Pero nunca deberá estropeársele el motor. Pues si éste se estropea, no podrá hacer ya nada con su coche.

Al cabo de ocho días había reunido lo suficiente para comprarme un billete hasta Bremen (cuarta clase). Y en Bremen conseguí un puesto de fogonero en el «Kaiser Wilhelm der Grosse», que se disponía a zarpar rumbo a Nueva York. En Bremen no me fue particularmente bien, pero no habría aceptado el trabajo en el «Kaiser» de no haber sido una forma de viajar a Nueva York. Por entonces, todo cuanto me hiciera conocer mundo equivalía para mí a un pasaje gratis.

En nuestra primera estancia en Nueva York no conseguí dejar el trabajo. Había que comprometerse siempre a hacer el viaje de ida y vuelta. Pero la segunda vez me las ingenié para introducir un pie entre la pared exterior del barco y la borda del bote que trasladaba a los pasajeros a tierra, y tuvieron que llevarme al hospital de Hoboken. No era una lesión muy grave. Pero me dieron de alta un día después de que el «Kaiser Wilhelm der Grosse» zarpara de Nueva York.

Sin embargo, al principio no pude quedarme todo el tiempo en los Estados Unidos. Aún tuve que emprender muchos viajes. Trabajé sucesivamente en la compañía Atlas, que viaja a las Indias occidentales y transporta bananas; en la Morgan, que va a Nueva Orleans y transporta algodón, y en la Clike, que va a Charleston. Las dos últimas compañías navieras son norteamericanas, y desde entonces sólo he viajado en barcos estadounidenses. En los barcos americanos el

dinero y la comida son mejores, y hay más trabajo y actividades deportivas que en todos los otros, incluidos los alemanes.

En aquel entonces —corría el año 1907— también viajé una vez al África en una gran goleta de cuatro palos. Pertenecía a la Standard Oil y transportaba petróleo a Sudáfrica.

Tardamos dos largos meses en llegar. Integrábamos la tripulación unos treinta hombres y teníamos que trabajar muy duramente. A los fogoneros nos relevaban cada cuatro horas, por lo que estábamos continuamente «al aire libre». Además, un velero de este tipo no es nada sólido. Esta es, como quien dice, una opinión personalísima. Pero el hecho es que no soy partidario de los veleros.

Cuando llegamos a Ciudad del Cabo no tenía el menor deseo de regresar en aquel carracón, y muchos otros tripulantes tampoco. Con ellos trabajé ocho días como pescador en el pequeño puerto. Pero era éste un oficio sin ninguna perspectiva, y como no llegó ningún otro barco que siguiera, por ejemplo, rumbo a la India y nos llevara, volvimos una vez más todos juntos. Sólo transportamos lastre, sobre todo tierra y piedras.

Pero además teníamos otro lastre: el negro Congo. Aquel negro era un boxeador de verdad, acaso el primero al que traté muy de cerca. Era incluso un tipo excelente. Había boxeado mucho en África, pero también había despilfarrado todo su dinero. Por eso se pagaba el viaje de vuelta a América trabajando.

Tenía la costumbre de pasarse, cada cierto tiempo, cuatro semanas sin hacer otra cosa que beber. Cuando uno le tocaba el tema, él afirmaba que, después de haber bebido, se volvía un hombre mucho mejor, un hombre que no podía compararse con el Congo sobrio y habitual de cada día.

Dividía su vida exclusivamente en función de esos períodos de ebriedad. Olvidaba todo el resto, pero conservaba en su memoria las temporadas que pasaba borracho. No podía recordar qué había ocurrido en un año determinado, dónde había trabajado, boxeado o vivido, pero si sabía que, en tal o cual mes, había estado bebiendo en Nueva Orleans o en Ciudad del Cabo o en Montreal.

Y no creo que engañara a nadie en lo que a la bebida se refiere, aunque en otras cosas decía las mentiras más atroces. Hubiera sido capaz de contar, con la mayor seriedad, que un tiburón le había arrancado de cuajo el brazo izquierdo, y replicar a los interlocutores que en aquel momento le señalasen su brazo intacto: «Sí, es muy extraño ¿no os lo parece también a vosotros?»

Pero tenía cosas extraordinarias, por ejemplo su manera de trabajar en aquel velero que no conocía. Y el trabajo le exigía un esfuerzo tal que no paraba de toser y aguardaba impaciente un nuevo período de borracheras en Estados Unidos. Fue él quien por primera vez me enseñó a boxear.

Fragmento

La actitud natural de Müller

Habíamos comido y estábamos fumando un puro y repasando nuestro repertorio de temas de conversación. Los de actualidad ya habían sido comentados, de modo que, por precaución, abordamos una vez más la decadencia del teatro hasta que, al final, después de armarnos poco a poco de valor, acabamos hablando de Müller. Müller, el ingeniero Müller, el enemigo hereditario: Müller era un tema delicado porque, aunque no estuviera presente, actuaba infaliblemente como manzana de la discordia.

Contra él se alzaba un buen número de anécdotas recientes y suficientemente dolorosas para nosotros, pero al final Pucher quiso poner sobre el tapete una historia vieja y ya un tanto descolorida. Al parecer deseaba liberarse de ella.

«En cierta ocasión emprendí un negocio con Müller», empezó diciendo. Con este fin hicimos un vuelo juntos. Volamos de Berlín a Colonia. En esta última ciudad él quería ponerme en contacto con una empresa que estaba dispuesta a examinar con lupa mi proyecto de arrancador para comercializarlo a gran escala. Teníamos pensado asociarnos. Müller quería ocuparse más bien de la parte comercial del asunto y, como ya he dicho, involucrar a aquella empresa en el negocio. En su opinión los dos nos entendíamos bien; nos conocíamos exactamente el mismo tiempo que, por desgracia, todos nosotros le conocemos.

Nos metimos, pues, en uno de esos preciosos aparatos de acero, o, mejor dicho, de hojalata, pues tal es el material del que están hechos. Müller estuvo de mal humor desde el principio, y de cara a mí lo atribuyó a la prohibición de fumar. Pero después de todo había sido él quien insistió en que viajáramos en avión y no en tren.

Quisimos discutir una vez más el asunto, mas no tardamos en advertir las dificultades que eso conllevaba, pues el ruido de las hélices —tres en total— era excesivo para poder hablar con tranquilidad. En cuanto los motores se pusieron en marcha, es decir estando aún en tierra, Müller gritó, dirigiéndose a mí: «¡Imposible entender una palabra! ¡Esto es un asco!». Y eso que él ya había volado una docena de veces.

Cuando estuvimos arriba, dejó de gritar y, «ensimismado», se arrellanó en su butaquita de mimbre y escrutó el horizonte. Yo nunca había volado, y, al principio, sólo tuve ojos para observar aquel fenómeno, como quien dice. De suerte que sólo cuando alcanzamos una altura de cien o doscientos metros me volví hacia Müller. Y

en ese momento me pareció —y la historia perdería todo su valor si ponéis esto en duda— que Müller tenía miedo.

No necesitáis decir nada, ya lo sé. Müller combatió en la guerra, tropas de asalto, etc. Si no recibió la Cruz de Hierro fue debido sólo a su falta de disciplina, ya lo sé. Pero en aquel momento tuvo miedo y no hizo el menor esfuerzo por ocultarlo. Miraba todo el tiempo al piloto a través de la escotilla de cristal, y cada vez que el aparato caía unos metros en alguna bolsa de aire, él se aferraba convulsivamente a los brazos de su butaca. Era, además, el único que desde el principio se abrochó el cinturón de seguridad. Y es sabido que esos armatostes de acero se mueven por el aire al menos con la misma seguridad con que una locomotora lo hace en tierra, y que uno lo nota ya después de haber volado algunos centenares de metros.

Al cabo de unos diez minutos sacó Müller lentamente una libreta del bolsillo interior de su americana, escribió unas cuantas líneas sobre una hojita, interrumpiéndose a ratos para mirar al piloto, la arrancó y me la entregó.

«¿No crees que dentro de veinte años nadie comprenderá cómo hubo gente adulta capaz de sentarse en semejante artefacto? ¡Mira la hojalata! ¡Quisiera saber si entonces llamarán a esto estupidez o heroísmo! ¡Müller!»

Cuando levanté la vista del papel, lo vi tranquilamente sentado en su butaca, mirando de reojo por la ventanilla como si nada hubiera sucedido. Pero al cabo de unos minutos sonrió agriamente y señaló la hélice que estaba a su lado, gritando:

—¡Un estruendo de terremoto! ¿Por qué las golondrinas no harán este ruido?

Y sacudió su gorda cabezota, como si no entendiera por qué no había reparado en ello desde un comienzo. Quería indicar, naturalmente, que la causa de aquel ruido debía de ser un descomunal fallo de construcción, y probablemente pensaba que, dentro de veinte años, los aviones ya no harían ese estrépito tan antinatural. En Hannover, mientras recogían el correo y se producía un cambio de pasajeros, bajamos al aeropuerto a estirar las piernas y fumar un cigarrillo, y él añadió:

—Cuando algo hace tanto ruido es porque está fallando.

Luego me explicó que, de entrada, ya era absurdo que un aparato como aquel, que podía ser cómodamente empujado por dos hombres, necesitara 240 caballos de fuerza para elevarse y avanzar por el aire, donde no había resistencia alguna. Siguió argumentando cosas similares, y poco antes de que subiéramos a bordo, concluyó su perorata afirmando que el principio era falso en su totalidad.

Se mantuvo totalmente sereno hasta la hora de comer, y sólo lanzó una carcajada sardónica una vez que descendimos bruscamente varios metros. Pero en Essen, durante los diez minutos que duró la escala, me contó a toda prisa algo que, poco antes, le había ocurrido a un conocido suyo cuando realizaba un vuelo con mal tiempo:

En cuanto los tres pasajeros llegaron al aeropuerto se les dijo que era dudoso que

pudieran volar, ya que sobre el Taunus había mal tiempo. Llevaban ya una hora de retraso con respecto a la prevista inicialmente para la partida, cuando uno de ellos empezó a ponerse muy nervioso porque tenía prisa y en tren le sería absolutamente imposible llegar a tiempo a una importante entrevista. Los directivos de vuelo decidieron entonces que el piloto «lo intentase». La gente subió al avión con sentimientos un tanto encontrados.

Y has de pensar, dijo Müller, que en el aeródromo el cielo estaba totalmente despejado, como el de aquí. La tormenta se cernía solamente sobre el Taunus.

Pues resulta que al principio volaron con toda estabilidad, pero luego llegaron al Taunus. Del cielo azul no quedaba el menor rastro. Se vieron rodeados por una niebla extrañamente densa ¿comprendes? Algo así como trapos mojados, más o menos. Y el avión brincaba como una langosta. El hombre que lo pilotaba «hizo el intento» como se dice en la jerga de esos diletantes… ¡pero qué digo diletantes! ¡Si son legos! Después de todo, esta historia ocurrió hace muy pocos años. ¿Cómo se concibe que un ser humano vuele por el aire en un trozo de hojalata? ¡Ni falta que le hace! ¡Ha vivido miles de años sin hacerlo! El piloto intentó, pues, atravesar la capa tormentosa, es decir, elevó al aparató hasta los 1.800 metros más o menos, y una vez arriba comprobó asombrado que el tiempo era exactamente igual que abajo, bastante movido, cosa que yo hubiera podido decirle ya abajo.

—Pero si tú no viajabas con él —repliqué yo, fastidiado por el tono de sarcástica presunción con el que contaba la historia.

—Bueno, pues se lo hubiera podido decir el conocido mío que iba a bordo… de no haberse visto él mismo zarandeado de un lado a otro como una maleta mal colocada en la red para equipajes. Porque es lo que le ocurrió. El avión se inclinó de pronto hacia la derecha y bajó sin que nadie pudiera impedirlo. Unos diez metros.

Luego se estabilizó de nuevo, volvió a subir un poco y descendió exactamente como antes, otros diez metros. Al resbalar la primera vez, mi conocido había roto el cristal de la ventanilla con el codo derecho, de suerte que en el interior del aparato empezó a granizar. Granizo, agua y todo lo que había fuera comenzó a entrar dentro, y puedes creerme si te digo que la gente ya no daba más. En mayor o menor grado empezaron a prepararse lentamente a terminar sus días. Su vida entera desfiló ante ellos en cuestión de segundos, etc., etc., y aquello fue también lo más sensato que pudieron hacer. Pero el piloto puso fin a esa situación.

Cuando vio, a 1.800 metros de altura, que el tiempo allá arriba era exactamente igual al de abajo, decidió descender otra vez porque abajo se sentía más a gusto. Apagó el motor y el avión comenzó a caer sencillamente en picado, como un bastón. ¡Imagínate la escena! Después de haber pasado las de Caín allá arriba, de pronto quedas convertido en una simple maleta que ya ha visto desfilar vertiginosamente su vida ante su ojo interior, y el ruido del motor cesa de golpe y la butaca que tienes

debajo se eleva hacia arriba y tu cabeza cae hacia delante y hacia abajo y sales disparado, oyendo el eventual aullido de terror de tu compañera de asiento pegado a tu nuca, y te precipitas irresistiblemente al vacío…

El hombre bajó de 1.800 a 30 metros. ¿Te das cuenta de lo que eso significa? A 30 metros estás tan cerca del suelo que puedes distinguir cualquier roca, y lo peor del caso es que la ves, pues el aparato está cabeza abajo y desde tu «sitio» ves directamente el suelo por la escotilla delantera. Y el suelo, a su vez, acude velozmente a tu encuentro; os tenéis que encontrar pronto ¿qué digo pronto?: ahora mismo, en seguida, en este preciso instante; y sólo entonces, un instante antes de aquel instante, el motor vuelve a funcionar, se siente una sacudida, y el aparato decide, todavía a tiempo, recuperar la posición horizontal.

Media hora más tarde se hallaban de nuevo en el punto de partida. La «intentona» de sobrevolar el Taunus podía considerarse fracasada.

«Sí», añadió Müller aferrándose a la empuñadura de níquel que había a la entrada de la cabina y echándole un vistazo al cielo, pues íbamos a seguir viaje, «estos aparatos se las traen».

En esta última etapa del vuelo Müller pareció notablemente aliviado después de contarme aquella historia. Por otra parte, él ya había volado varias veces, como he dicho antes. Llegamos sanos y salvos a Colonia. (A propósito: volar es una forma de viajar realmente cómoda y agradable… y en absoluto peligrosa.) Pero la parte desagradable de la historia empieza ahora. Intentaré ser breve.

Llegamos a mediodía y teníamos que cenar por la noche con la gente de la empresa en cuestión. A la mañana siguiente volaríamos de regreso.

Pasamos la tarde recorriendo la ciudad y Müller estuvo de excelente humor. No desperdició una palabra más sobre su comportamiento de esa mañana; no juzgaba necesario ningún tipo de excusas. Y claro está que también yo estaba dispuesto a olvidarlo. Pero en ese momento explotó la bomba, y donde yo menos lo esperaba.

A las nueve de la noche, cuando me estaba cambiando en el hotel para ir a cenar, llamaron a la puerta de mi habitación y entró Müller con su ropa de viaje y su maletín de viaje en la mano. Puso el maletín en una silla, junto a mis botines, lanzó una mirada como desaprobando el desorden en que había puesto la habitación, y dijo con voz seca:

—Y bien, mi querido Pucher, la cena ha quedado en nada.

Debí de mirarlo con cierta expresión de asombro, pues al punto añadió, en un tono puramente rutinario:

—Como ves, ni siquiera me he cambiado; vuelvo a Berlín en seguida. El tren sale a las 11 y 15. Si no tardas mucho en quitarte tu atuendo de gala y volver a empacarlo, podrás acompañarme. ¿Qué objeto tiene perder toda una noche en Colonia?

—Déjate de bromas, Müller —le dije.

—No estoy en absoluto para bromas; todo este asunto me resulta penosísimo. Admito que también sea penoso para ti, aunque no tanto como para mí. Después de todo, tú ni conoces a esa gente, pero a mí me conocen ellos. Quiero decirte algo. Este negocio sólo hubiera tenido sentido de haber podido trabajar los dos juntos en él ¿verdad que sí? Pues ya lo ves, eso es justamente lo imposible. No armonizamos. Como supondrás, me estoy refiriendo a lo de esta mañana. No creas que no te estuve observando. Sé perfectamente que era la primera vez que volabas. No, más vale que no digas nada.

—¿Qué significa «más vale que no digas nada»? ¿Qué significa todo esto? ¿Pretendes sugerir que reaccioné como un cobarde… tú, que…? Oye, no estoy dispuesto a escuchar semejante desatino. Pienso que fue muy generoso por mi parte el no hacer ningún comentario a *tu* comportamiento. Aunque esto tampoco tiene nada que ver con el negocio.

Nunca llegué a comprender cómo pudo Müller provocar tal situación, pero el hecho es que parecía realmente sorprendido.

—¿Cómo? —dijo—. ¿Cómo que esto no tiene nada que ver con el negocio? Te comportaste como un loco. Te elevas por los aires en un artefacto cualquiera que alguien te ha dicho que es seguro, y te instalas en él como un paraguas, sin mostrar el menor signo de vida. Como un idiota —discúlpame— que no se da cuenta de lo que hacen con él. Y que me corten la cabeza si no estás convencido de que eso se llama valor. Pues te diré una cosa: un hombre que en situaciones desconocidas no adopta la actitud natural —que en este caso ha de expresar preocupación—, no hace sino demostrar que carece de instinto natural. En pocas palabras: no pienso hacer ningún negocio contigo. La gente como tú es capaz de aceptar una letra de su vendedor de carbón. Careces sencillamente de ese elemental mínimo de desconfianza que posee cualquier animal y sin el cual estaría irremisiblemente perdido en un planeta como éste.

Dicho lo cual, se metió de lado en el ascensor.

Langostinos del Mar del Norte

Todo el mundo sabe que en noviembre y diciembre del año 18 volvieron a casa hordas enteras de hombres cuya moral se había resentido un poco y cuyas costumbres crispaban los nervios de aquellos por quienes habían combatido. Imposible reprochárselo. Mucho peor era, no obstante, el caso de otra especie de ex combatientes, notablemente más reducida, a los que la guerra acabó convirtiendo en personajes tremendamente refinados. Ningún discurso podrá sacar ya nunca de sus cuartos de baño revestidos de azulejos a gente que se vio obligada a pasar años de su vida en trincheras llenas de lodo.

A esta variedad de hombres pertenecía Kampert, encargado de ametralladoras del octavo batallón. Era un tipo estupendo. Tuvo que revolcarse en el lodo de Arras y en el de Ypern, e hizo todo lo que le pidieron. Nunca figuró en el boletín de guerra de Lille, pero compartía su tabaco con quien estuviera tendido a su lado, y cuando tenía miedo, era ese tipo de miedo tolerado que no es sino una prueba de sentido común. Müller, también del octavo, que ahora ejerce otra vez la ingeniería y es amigo mío, y que por entonces era alférez de Kampert, cuenta que éste no fue ascendido porque se encargaba de las sacas de correspondencia y «frecuentaba» demasiado a la gente. Excelente señal. Pero la guerra terminó y Kampert hizo borrón y cuenta nueva, consiguiendo olvidar Arras e Ypern en un plazo de tres semanas como había olvidado su nacimiento 29 años antes. Volvió a ser ingeniero de las Empresas eléctricas y, tras meter en una caja todo cuanto había traído del frente —ropa interior, navaja, reloj pulsera y hasta sus diarios y su uniforme de campaña gris lleno de piojos—, entregó la caja a su criada para que la hiciera desaparecer y juró defender a rajatabla el siguiente punto de vista: un hombre que se ha visto obligado a comer hierba sucia y acarrear durante semanas recipientes de contenido indescriptible por varios hospitales militares a cual más hediondo, tiene pleno derecho a dormir el resto de sus días bajo un edredón y a comer rodeado de muebles refinados y originales. Hace poco fui testigo del penoso incidente originado por la aplicación de este criterio.

El gordo Müller y yo llevábamos ya un buen tiempo, casi nueve meses, sin tener noticias de Kampert. Sabíamos que entretanto se había casado con una mujer adinerada. No fuimos invitados a la boda, pero hace dos semanas Müller lo vio en un espléndido coche de dos plazas —aluminio resplandeciente y asientos de tafilete rojo —, detrás de cuyo volante uno se sentía como en una bañera basculante, y a los pocos

días nos llamó para que fuéramos, digamos que la noche siguiente, a tomar un whisky con él, en plan muy íntimo, naturalmente.

—Whisky —dijo Müller cuando subíamos las escaleras—. Por lo visto el joven quiere echar la casa por la ventana.

Y del bolsillo de su chaqueta sacó una preciosa latita con langostinos del Mar del Norte en conserva, de primerísima calidad.

—Al joven siempre le han gustado las exquisiteces.

Me pareció un gesto muy amable de Müller.

El propio Kampert nos abrió la puerta. Müller lo saludó tan efusivamente que Kampert pareció emocionarse mucho. Mientras ensartaba nuestros sombreros en unas curiosas púas de hierro barnizadas de negro que sobresalían de la pared, se disculpó de que la criada tuviera su día libre.

—Aunque, después de todo, no sois *attachés* de embajada —dijo bromeando.

—¡Qué va! —replicó Müller—. Pero dime ¿has invitado a un montón de gente o qué?

—Ni hablar —dijo Kampert—. A nadie. Estaremos los tres solos. Os dije que sería en plan muy íntimo.

—Pues sí que vas de punta en blanco, viejo: uno de esos trajecitos alegres y coquetones que tanto te gustan.

—¡Qué va! —dijo Kampert—. Lo que ocurre es que de noche me gusta cambiarme. Es una manía que tengo. Supongo que no os molestará ¿verdad?

—¡No digas disparates, hombre! —dijo Müller—. Un whisky es un whisky.

Y Kampert nos instaló en dos comodísimas tumbonas americanas en su sala de estar, donde esperamos a la dueña de la casa.

—Es toda una sala de exposiciones —comentó Müller tras unos minutos de silencio que dedicamos a observar el aposento, de paredes bastante altas y pintadas de blanco. Müller parecía muy cansado y bostezaba ostensiblemente.

—¡Venga! ¡Saca ese whisky, muchacho!

Kampert cruzó la sala y sacó varias botellas con licor de un armarito de caoba roja.

—Vayamos por partes —dijo sonriendo—. ¿Encontráis, demasiado alto el techo?

—Nooo —dijo Müller—. Bueno, quizás un poco… Sí, un poquitín alto sí que lo es, pero no será la única sala de estar de tu casa. Estas tumbonas son estupendas. Y el *curaçao* tampoco está nada mal.

—Probad el *chartreuse* —nos animó Kampert—. Mi idea fue: una gran sala de estar y unos cuantos asientos sencillos. Nada tranquiliza tanto.

—Pero el toldo es precioso —comenté—, muy original.

En realidad era una ligera esterilla japonesa colocada ante una enorme ventana oblicua.

Kampert se levantó y se dirigió a la ventana. Luego giró una ruedecita de madera y la esterilla empezó a enrollarse en una vara de bambú colocada en la parte alta.

—De día tienes la impresión de estar en Cuba. Entra una cantidad de sol increíble.

—¿Estaba así la casa cuando te mudaste? —preguntó Müller, que al parecer se preguntaba si no sería hora de mezclar *chartreuse* con *curaçao*.

—¡Qué dices! Nosotros hicimos obras. Este espacio eran dos simples habitaciones burguesas. Ya sabes cómo son: estrechas y encima repletas de muebles hasta el techo.

Müller decidió posponer la mezcla hasta después de saludar a la dueña de la casa, y dijo, probando el *chartreuse*:

—Pues sí, la verdad es que vivimos como cerdos, irreflexivamente.

En ese momento entró la mujer de Kampert. Era muy bonita, muy simpática e iba muy bien vestida. Nos estrechó la mano y actuó como si fuéramos amigos de ella y no de Kampert. Dijo que el apartamento aún no estaba listo, pero nos invitó a echarle una ojeada. A lo mejor nos llamaba la atención alguna cosa. Ellos habían procurado que la decoración fuera lo más armoniosa posible. ¿Por qué no combinar los elementos de la vivienda tan armoniosamente como cualquier vestido de noche, por ejemplo? La mayoría de la gente se movía toda su vida entre mobiliarios espantosos, añadió, sin sospechar hasta qué punto se pervertían el gusto cada mañana al levantarse. ¿Qué nos parecía, por ejemplo, la sala en la que estábamos?

—Encantadora —dije yo.

Ella se rió y miró a su marido.

—No sé —dijo— si encantadora es la palabra correcta. En cualquier caso no es exactamente lo que teníamos pensado. En la sala queríamos hacer algo muy sencillo, casi rústico. Me hubieran encantado unas sillas de jardín ¡pero las que hay son tan horribles! Y una esterilla rústica. He caminado como una loca hasta encontrarla. Me miré kilómetros de lona basta, pero en cuanto vi esa esterilla arrinconada en una de las tiendas, me dije: ¡ésta!

—Sí —dije en tono burlón a Müller—, y tú ahí bien repantigado, como si hubieras pagado entrada y el hecho de estar tan a gusto aquí fuera algo natural y evidente.

Müller no se reía tan cordialmente como nosotros. Miraba las paredes un tanto desconcertado. Tuve la impresión de que hubiera preferido que no le dijese por qué se sentía a gusto.

Pero Kampert no advirtió nada de esto y preguntó:

—¿No hay nada que os llame la atención aquí, en las paredes?

—Son muy altas —dijo Müller.

La mujer de Kampert volvió a reírse. Pero su marido dijo con toda objetividad:

—Me refería a que no hay ningún cuadro. La mayoría de la gente llena sus paredes de cuadros como si fueran vallas publicitarias. Yo opino que si no se dispone de una habitación destinada exclusivamente a los cuadros, más vale no tener ninguno.

Fue en aquel momento cuando Müller me lanzó su primera mirada de reojo, algo torva, aunque debo decir que aún pasé un buen rato sin entenderlo.

—Vengan —dijo la mujer de Kampert—, les enseñaré lo demás.

Y mientras Kampert me decía, poniéndose de pie:

—La verdad es que no hemos hecho todo a base de dinero —en cuyo caso esto tendría otro aspecto—, sino tan sólo con un poco de reflexión y, si quieres, otro poco de habilidad. Nuestro punto de vista es: no somos nosotros los que han de adaptarse a la casa, sino ella a nosotros—, yo vi que Müller, que se había levantado con un sorprendente gesto de complacencia, se llenaba un gran vaso de *curaçao*, decidido a llevárselo consigo durante la visita.

Trepamos por una escalera de caracol metálica que conducía a las habitaciones de arriba y que Müller encontró muy práctica.

—Casi no ocupa espacio —dijo Kampert. Y una vez arriba añadió:

—Mirad abajo, el aspecto general de una vivienda ha de ser tan bonito como el de un paisaje.

Müller se limitó a tomar un trago de *curaçao* de su gran vaso e intentó lanzarme una segunda mirada de reojo, no menos torva. Pero la mujer de Kampert era simpatiquísima y nos mostró el dormitorio de su marido.

Era un cuarto pequeño y sencillo, con una cama de hierro, una silla y un simple lavatorio barnizado. Sólo había una claraboya, «para que en él no se tuviera la sensación de estar acampado al aire libre, como quien dice, viendo la pared de la casa de enfrente». El cubrecama era una manta corriente de piel de camello.

—Supongo que te esperabas un dormitorio más cómodo —le dijo Kampert a Müller en tono de broma. Este sonrió cordialmente (toda su atención se hallaba centrada en Frau Kampert que, según pude advertir, le gustaba muchísimo) y se dirigió por propia iniciativa a la habitación contigua, el cuarto de trabajo. Sólo estaba separado del dormitorio por un cortinaje de indiana: ambos espacios constituían un mundo por sí solos. Una mesa de abeto. Un sillón incómodo y duro. Estanterías de abeto. Un diván bajo y duro. Libros.

Müller vació su vaso.

Cuando volvimos a bajar por la escalera de caracol («esto te ahorra la gimnasia matutina»), y como estábamos un poco silenciosos, le dije a Kampert:

—Tu cuarto de trabajo es de verdad extraordinario. ¡Es tan espartano!

—En un cuarto de trabajo no debe haber nada superfluo —dijo Kampert en tono simple.

Abajo, Müller se acercó algo tambaleante al armarito de caoba —al parecer lo

que más firmemente se le había grabado en la memoria—, y se puso a revisar las botellas.

—Lo más importante es tener el whisky en el lugar adecuado —dijo.

Sonriendo, Kampert lo cogió del brazo, sacó una botella gruesa, la miró a contraluz y dijo:

—*Black and White*.

Muy bien. Pero si creéis que Müller se tranquilizó con eso, estáis muy equivocados con respecto al gordo. Es cierto que entre todas las marcas de whisky, la *Black and White* es, y no sin razón, la más reconocida. Pero en ese momento me di cuenta, instintivamente, de que Müller hubiera preferido encontrar en el armarito una marca que armonizase menos con el conjunto. Se sirvió, eso sí, generosamente. Pero el solo hecho de que se sirviera el whisky (con un poquito de soda) en el vaso que aún conservaba restos evidentes de *chartreuse*, era un mal síntoma. Otro, todavía peor, fue que de pronto, y como si lo hubieran transformado, deseara ver todo lo que aún quedaba por ver en aquel calculado apartamento.

Se entretuvo a propósito en un salón lila, donde todo era lila: tapices, mesas, armarios, lámpara; lila claro, lila oscuro, violeta. Y en el que además había un piano de cola Bechstein que armonizaba con el lila. Luego avanzó con paso fuerte y decidido por un cuarto que servía de guardarropa, con armarios empotrados de un verde claro muy simple, que cumplían fines exclusivamente prácticos; atravesó un cuarto de baño en el que no faltaba nada, y una cocina impecable desde el punto de vista higiénico. Por último se sentó con nosotros, sumido en un silencio insidioso, a la mesa de roble redonda del alegre comedor, y despachó una cena fuerte, pero sana y digestible, sin cuadros colgados enfrente que lo distrajeran. No era muy correcto que, entre plato y plato, siguiera sirviéndose cada vez más whisky con cada vez menos soda en su mismo vaso de antes, aunque lo necesitaba. Admiraba mucho a Kampert, quien se puso a contar historias chispeantes, demostrando así tener una mente clarísima y un auténtico sentido del humor. No podían ser Kampert ni su mujer, que le gustaba a Müller, quienes lo irritaran tanto. Era el apartamento. Y su reacción era injusta. Era un apartamento muy bonito y nada ostentoso. Pero creo que Müller ya no podía seguir soportando más esa armonía premeditada ni esa funcionalidad reformista. Y debo decir que, poco a poco, también yo empecé a compartir sus sentimientos.

Tras la cena se retiró Frau Kampert, cuya naturalidad había mantenido cierto equilibrio y frenado, como quien dice, los instintos animales de Müller. Y en seguida intuí que allí iba a ocurrir algo.

Con una serenidad que no llamó la atención de Kampert, pero que a mí me pareció abiertamente antinatural, Müller llevó la conversación al tema de los langostinos del Mar del Norte, y se fue haciendo más y más explícito, hasta que al

final manifestó sin tapujos su deseo de comer langostinos del Mar del Norte enlatados. Kampert se sorprendió un poco, pero era demasiado buen anfitrión y estaba demasiado poseído por la ingenua satisfacción de tener una casa muy completa como para no sentirse realmente en un apuro. A esas alturas también nosotros estábamos, al igual que Müller, bastante bebidos, y Kampert se levantó, cogió su sombrero y, riendo, prometió que traería langostinos del Mar del Norte. Müller no abrió la boca y sonrió torvamente.

Y ya sólo cabe pensar que, justamente aquella noche, el ángel guardián de Kampert se había ido a dormir demasiado temprano, pues antes de que saliera para acabar de complacer a sus invitados, su infeliz mirada de propietario recayó en un arcón que había junto a la puerta, un trasto nada vistoso de color marrón con guarniciones de hierro, y, sin captar en absoluto la situación en la que llevaba ya casi una hora inmerso, dijo con toda ingenuidad:

—¿Habéis visto alguna vez algo tan fuera de lugar en un comedor tan correcto como éste, muchachos? Pero yo os digo una cosa: por nada del mundo lo sacaría, pues nada me molesta tanto como ver que todo armoniza a la perfección. No *todas* las cosas deben armonizar en un apartamento, de lo contrario se vuelve inhabitable.

Y sin controlar el efecto de sus palabras, salió a toda prisa a buscar langostinos del Mar del Norte.

Müller me hizo una señal con la cabeza, sonriendo. Ya no se le veía crispado. Era nuevamente el Müller bonachón, divertido y borracho al que yo apreciaba y temía.

No perdimos tiempo. Nos pusimos manos a la obra en seguida. Müller se quitó la chaqueta y la tiró a un rincón. Luego se dirigió a la sala de estar y se abalanzó sobre el armarito de caoba, del que sacó tres botellas cuyos golletes rompió contra el crujiente respaldo de una silla de bambú. Después regresó al comedor y vertió todo en una sopera en la que aún flotaban restos de tomates. Seguidamente llenó un cucharón con la mezcla y, haciéndome una señal, volvió a paso lento a una de las tumbonas de estilo americano, se dejó caer en ella suspirando y empezó a fraguar un plan de batalla muy preciso. La operación le llevó tres minutos, pero sin ella no hubiera podido hacer nunca un trabajo tan completo como el que me fue dado observar. Lo primero que hizo fue arrancar el toldo («¡Dios mío, qué bien sujeto está!»), extenderlo con mi ayuda entre el pasador de una ventana y la escalera de caracol, y sujetarlo con las borlas color violeta del salón, convirtiéndolo en una gigantesca hamaca que atravesaba todo el recinto («¡Cruzaría Cuba entera de punta a punta!»). Luego, con las tumbonas de la sala de estar, la mesa del comedor y unas cortinas de la cocina creó un «agradable rinconcito» en cuyo centro campeaba, coquetón, el ominoso armarito de caoba («El armarito, para que algo no haga juego»); y con los restos de azúcar de todas as tazas de café sujetó a las paredes una horrible serie de ilustraciones que, no pudiendo sacar de otro sitio debido a la prisa,

arrancó de unas cuantas revistas. Tras haberse asegurado así un «rinconcito agradable» por si las moscas, organizó, según dijo, una macedónica marcha triunfal por los aposentos de arriba, tirándose sobre la cama, la mesa de abeto y el lavatorio con una botella en el bolsillo del pantalón y corriendo así un gran riesgo. Hizo todo esto en el más completo silencio, exceptuando una que otra directiva. Cuando volvió a la sala, tenía un aire extraordinariamente triunfal. Y luego, mientras se mecía en su nueva hamaca cubana bajo el enardecedor influjo de ingentes cantidades de alcohol, pronunció un fulminante y memorable *Discurso sobre la templanza*.

—El hombre —dijo— ha nacido para luchar. Por naturaleza rehuye el esfuerzo, pero, gracias a Dios, hay fuerzas naturales que lo espolean. El hombre en sí es, pues, un miserable gusano al que le gustaría que todo armonizase. Azul claro, azul oscuro, azul negruzco. Mas por otro lado, y sobre todo después de saborear unos langostinos del Mar del Norte, es como un formidable torbellino que, a fuerza de acumular violentamente tumbonas americanas patentadas, sencillos lavatorios y vetustas y venerables revistas, puede restablecer la grandiosa multiplicidad y la admirable discordancia de toda la creación. Al hombre no le está permitido llegar al cielo mediante toldos ni pianos de cola Bechstein. Un apartamento es un lugar donde el hombre tira a un rincón su cuello duro usado. Así lo ha dispuesto Dios, no yo, Müller. Y basta. Ahora esto *es* por fin un apartamento.

Y cuando hubo dicho su discurso, columpiándose de pared a pared ante una gigantesca ventana que se abría sobre la noche, bajó de la hamaca desconcertado por su insólita efusión verbal y, con la cabeza erguida, aunque el paso vacilante, se dirigió a la habitación violeta para reponerse con una frugal cena. Del bolsillo de su chaqueta, que estaba tirada en un rincón, sacó la lata de langostinos del Mar del Norte y la abrió con un cortapapeles que encontró sobre el piano Bechstein. Y en ese momento apareció en la puerta Kampert, con un paquetito en la mano.

Pero Müller, el terrible Müller, el amigo invitado, pareció de pronto profundamente confundido y se ruborizó. Sentado sobre la mesa color violeta del refinado salón de Kampert, siguió comiendo langostinos del Mar del Norte en una lata apoyada en el piano de cola, rociándolos torpemente de whisky con tomate. Por último lanzó una mirada insegura, triste y culpable a su anfitrión y dijo:

—*My home is my castle*.

Y pienso que lo dijo sobre todo porque era algo absolutamente fuera de lugar y sentía una apetencia inconmensurable de cosas que no armonizaran entre sí, ilógicas y naturales.

Agua mala

«Contra el veneno hay antídotos», dijo MacBride estirando filosóficamente las piernas y refiriéndose, al parecer, a algo muy concreto.

Yo había llegado esa mañana a la isla y al poco rato me tocó presenciar una ceremonia bastante triste: el entierro de un blanco al que un nativo, o, como dijeron luego, un mestizo, había enviado al más allá. Lo enterraron por la tarde, hacia el anochecer, y para mí fue una especie de golpe de suerte, ya que así pude encontrarme con un montón de gente a la vez y me ahorré mucho tiempo. En aquel momento estaba con MacBride, el comerciante de la colonia, y Keeny, el telegrafista, sentado en el mirador de MacBride, disfrutando de una de esas lujuriantes bebidas tropicales con pimentón y hielo y escuchando el susurro de las hojas de cocotero sobre nuestras cabezas. De vez en cuando ese agradable ruido era interrumpido por otro menos agradable, confuso, humano. Era gente que iba en busca del asesino para llevarlo a la horca.

Por lo demás, nos podíamos quedar allí sentados sin temor a perdernos el espectáculo. El reo pasaría delante de la casa cuando llegara el momento, y gracias a la amable invitación de MacBride, podríamos verlo con toda tranquilidad.

MacBride había asistido a la vista de la causa y aún lo tenía todo muy presente. Dijo que el asesino, un tal Lewis, era una persona asombrosamente tranquila y además juiciosa, un mestizo, aunque más blanco que moreno, en realidad casi del todo blanco, y juicioso solamente si se lo consideraba de color. Era evidente que MacBride no tenía las ideas muy claras con respecto a él.

Aquella mañana había habido otro entierro; no en el mismo lugar que el de Smith ni en tierra consagrada, y sin la asistencia de la comunidad. Era una mujer a la que habían sepultado a toda prisa, esforzándose por llamar lo menos posible la atención. Se llamaba Atua Lewis y era papúa. Lewis, el hombre al que iban a buscar para ahorcarlo, era su marido y asesino. La muerte había sorprendido simultáneamente a Atua Lewis y al gordo Smith en una situación embarazosa, pero el móvil del crimen no habían sido los celos.

MacBride se levantó, avanzó hasta la baranda del mirador y prestó oídos. No era exactamente un guirigay de muchas voces que se mezclaran e intensificaran, sino más bien una sola, primitiva y horrible voz de ventrílocuo que se diluía en sí misma: el pueblo. El comerciante escupió sobre uno de los resecos árboles del pan que servían

de pilastras angulares en su villa, volvió hacia donde estábamos nosotros y dijo, haciendo una señal con la cabeza sobre el hombro:

—La voz de la justicia.

Estaba oscureciendo. Me pareció que su rostro había empalidecido cuando volvió a sentarse.

Luego empezó a contar.

Según MacBride, aquel Lewis había tenido una vez su oportunidad.

No se sabía, o ya se había olvidado, de dónde llegó a la isla. Probablemente de uno de esos puertos tropicales donde toda una humanidad es tolerada en cuanto supone material explotable, sacrificada en cuanto significa competencia y, en general, no es tomada mayormente en serio. El propio Lewis tampoco es que pareciera muy acabado, dijo MacBride. Había algo ingenuo en su persona, y es fácil imaginar lo que les ocurre a los ingenuos en esas latitudes.

Trajo un modesto capital y empezó a comerciar con perlas al por menor. No es muy difícil darles gato por liebre a los nativos y poder vivir de eso en la región. Más difícil resulta la competencia blanca. Pero al principio la colonia trató correctamente a Lewis; pese a ser mestizo, podía jugar al póquer con gente blanca en la estación y dejarles dinero, pues claro está que nunca ganaba: su inteligencia no daba, ni mucho menos, para tanto. Cuando mezclaba las cartas, los otros pasaban por alto el tono azulino de sus uñas porque más les interesaba mirar de reojo las cartas que las uñas. Esa forma de tolerancia le gustaba mucho a Lewis: nunca armaba jaleo. Pero luego se vio envuelto en problemas de negocios con uno de los tiburones blancos y su ascendencia empezó a ser discutida en las conversaciones que los hombres mantenían en sus miradores. Cuando él llegaba, el silencio de la gente podía oírse hasta en la jungla. El precio del whisky aumentó repentinamente para él, las cartas de póquer desaparecían de sus manos, en cuyas uñas todo el mundo empezó a fijarse (eran azulinas), y un buen día ya no hubo más whisky para él. En esos casos es difícil retirarse en solitario a su tienda y consumir lentamente sus ahorros. Y eso fue lo que hizo Lewis.

Lo interesante en su caso —por lo demás bastante común y frecuente— es que Lewis se casó, que intentó establecerse en forma definitiva. Se pescó una de esas nativas de piel amarillo oro y caderas estrechas que son juzgadas diversamente según los gustos, pero que, dicho sea entre nosotros, son preferibles a la mayoría de las mujeres europeas que viven a este lado del globo terráqueo. Con esa tal Atua de piel amarillo oro se presentó Lewis ante el cura y, tras ordenarle a ella que se quitara la pipa de la boca, pidió que los desposara según los usos del país.

Luego desapareció del campo visual de la colonia, y cuando volvieron a llegar noticias suyas, fueron desagradables.

Había en la colonia un comerciante llamado Smith, un tipo gordo y ordinario que

desarrolló una benevolencia excesiva en un comerciante, y encima era aún algo bisoño en los negocios. Tal era sin duda la razón por la que mostraba un interés tan evidente por las mujeres papúas y en todas las reuniones de hombres pregonaba constantemente que el amarillo era mejor que el blanco para el amor, y las caderas estrechas eran preferibles a las anchas. Al tal Smith se le empezó a ver charlando y bebiendo whisky con Lewis. No es que a Smith le faltara información. Hubo incluso quien le habló muy claro; pero él alegaba que su relación con Lewis no era de índole comercial y que en asuntos privados no le gustaba que lo aleccionaran.

Ambos prosiguieron luego sus conversaciones en la cabaña de Lewis, y en la colonia empezó a murmurarse que Smith tenía muchas cosas que discutir allí, incluso en ausencia de Lewis. Pues iba con bastante frecuencia.

Por entonces veían vagar sin rumbo a Lewis, algunas veces borracho. Emprendía largas excursiones al interior de la isla. Caminar es el mejor tónico para los nervios. Y en la madrugada de ayer, precisó MacBride, tres semanas después de que lo vieran por primera vez con Smith, el mestizo liquidó al gordo Smith con una vara de bambú, rematando asimismo a su dorada Atua.

Hasta aquí estaba todo en orden. La historia parecía muy clara aún sin juicio. Los motivos eran evidentes, se trataba de adulterio por parte del gordo Smith y de homicidio por celos por parte de Lewis. Pero el comportamiento de este último ante el tribunal dio al traste con las evidencias y convirtió la historia en algo menos convencional. Lewis negó haber actuado por celos. Tras un interrogatorio cruzado admitió que él mismo había dejado solos a Mrs. Lewis con Smith, y no precisamente para que jugaran al póquer, y también que recibía dinero de Smith. El tribunal se sorprendió mucho cuando Lewis declaró lisa y llanamente que la muerte de Smith no había sido más que un lamentable accidente.

—¿Qué podía tener yo contra Smith? —preguntó Lewis al tribunal—. El me daba dinero y yo le correspondía de una forma que a él le convenía. Entre nosotros no había problemas. Creo que estábamos muy contentos el uno del otro. Lamento mucho que Smith fuera víctima de este accidente.

Pero el caso es que Smith estaba muerto, y Lewis lo había matado con una vara de bambú del ancho de un brazo.

Ahora bien, según dijo Lewis, él no había querido matar a Smith sino sólo a su propia esposa, Mrs. Atua Lewis. Pero ocurrió que Smith (¡Dios me libre de hablar mal de él!) se había quedado dormido en una posición tan desfavorable que Lewis, para llegar hasta su mujer, tuvo que golpearlo primero a él. De haber tenido más tiempo, por ejemplo, le hubiera podido pedir a Smith que dejara sitio para asestar un solo y recio golpe con la vara de bambú. Pero Lewis no había tenido tiempo, por desgracia, pues estaba furiosísimo y resuelto a ajustar cuentas con Mrs. Lewis de inmediato, y no después de un intercambio de explicaciones más o menos

circunstanciadas con Smith. Y la razón de su furia no habían sido los celos. De ser así no hubiera tenido necesidad de estarse una hora sentado ante su cabaña, como había hecho. La única razón había sido, según recalcó Lewis una y otra vez, la intolerable desidia de Mrs. Lewis, una negligencia suya que colmó la medida.

Las cosas ocurrieron exactamente como sigue:

Smith estaba acostado en la cabaña con la mujer de Lewis y éste tomó asiento ante la puerta, pues había vuelto un poco antes de una excursión al interior de la isla y Smith aún no había emprendido el camino de regreso a su casa. A la débil luz de la luna aún alcanzó Lewis a beberse algunas tazas de aguardiente de arroz para poder dormir bien. Admitió haberse puesto de mal humor porque Smith no se hubiera ido todavía, pues él tenía sueño, y cuanto más aguardiente de arroz bebía, más sueño le venía. Entonces, y para quitarse el sueño de encima, había… pero ahora viene el punto litigioso, y Lewis basó toda su defensa en la afirmación de que había querido beber agua para despejarse y combatir su cansancio.

La acusación sostuvo, en cambio, que él sólo había querido sumergir la cabeza en el agua para quitarse la borrachera, si es que realmente había hecho algo con el agua.

A nadie se le ocurriría beber el agua estancada e insalubre de esos cubos, añadió.

Pero Lewis insistió en que había bebido agua, es decir que había tenido la intención de beber agua. Y el caso es que encontró porquería en el cubo porque no lo habían lavado, y quien tenía que lavar ese cubo era Mrs. Lewis. Aquello formaba parte de sus tareas domésticas. Su deber era conseguir agua; siquiera eso tenía que hacer, aunque lo demás no siempre marchara sobre ruedas. Pero el deber es el deber, y Lewis encontró agua sucia en su cubo sin lavar y él no era el tipo de hombre dispuesto a soportarle esas cosas a Mrs. Lewis. Por eso entró en la cabaña con una vara de bambú y mató a su mujer y, por desgracia, también a Mr. Smith, que estaba ahí en ese momento y se interpuso en una escena conyugal.

No podía pedírsele a Lewis que bebiese agua sucia. Eso era lo que él creía y por ello se apoyaba en el hecho de que había querido beber y no sólo lavarse. Pues su rabia le parecía más justificada porque le hubieran dejado agua sucia para beber y no sólo para lavarse. Estuvieron un buen rato ante el tribunal discutiendo sobre este punto (¿agua para lavarse o para beber?), pero al final el juez opinó que esa sutileza era indiferente porque Lewis sería ahorcado de todas formas, cosa que éste tampoco podía concebir.

Tal fue el relato de MacBride. Acababa de concluirlo cuando se aproximó el guirigay que, poco antes, MacBride había denominado la voz de la justicia, y un tropel de gente apareció entre los árboles. Traían al asesino.

Lewis avanzaba bastante deprisa entre un grupo de vociferantes nativos, probablemente para que no pudieran arrastrarlo. Tenía una cara redonda y franca, y al pasar ante nosotros nos lanzó una fría y rápida mirada que, al menos a mí, que aún no

llevaba mucho tiempo viviendo en esos pagos, me atravesó hasta la médula.

Una pequeña historia de seguros

Un capitalista llamado Kückelmann, sobre el que planeaba desde hacía meses la amenaza de la bancarrota, se pasó una semana entera preocupadísimo y haciendo todo o humanamente posible por engordar nuevamente su desnutrida autoestima y concebir ideas nuevas y eficaces. A finales de esa semana llevaba recorridos los bares del hotel Adlon, del Bristol y muchos otros establecimientos, sin haber obtenido el más mínimo resultado. En uno de ellos estimuló su cerebro con potentes *drinks* americanos, en otro lo apaciguó con un café absolutamente insuperable; llegó a fustigar sus mortecinos espíritus vitales con todas las modalidades del jazz y a precipitarse a los cabarets cómicos y hartarse con todas las revistas de la metrópolis para fructificar su espíritu. Pero de la mañana a la medianoche y entre cielo y tierra no encontró nada que alguien pudiera vender con algún beneficio sin poseerlo previamente. Por último recaló en la cervecería *Aschinger*.

Sentía el oscuro impulso de extorsionarle allí estímulos vitales al pueblo llano que aún luchaba por su existencia *trabajando* en el sentido literal del término, de actuar un poco como Anteo cuando entraba en contacto con la tierra. Tras estar dos fatigosas horas calentando asiento en el local, lo único digno de atención que vio fue un mendigo sentado a una de las mesas de al lado, ante un vasito de cerveza.

El aspecto del pordiosero era simplemente atroz. Kückelmann, cuya sensibilidad frente a las imágenes de la miseria se había agudizado particularmente en esos días, se estremeció hasta la médula de los huesos. Ese hombre estaba marcado por la muerte. Su delgadez era absurda. Desde su más tierna infancia parecía no haber comido otra cosa que dos panecillos de agua por semana. Dominado por el heroico deseo de mirar cara a cara a la miseria en adelante, Kückelmann, desesperado, se sentó precisamente a la mesa de aquel hombre. Parapetado detrás de un periódico contempló sobrecogido a ese esqueleto ambulante que ingería su cerveza. Como en sueños le pidió un potaje de guisantes y hasta entabló una conversación con el pobre individuo, que pareció ir recuperando fuerzas con sorprendente rapidez. Y ¿cómo decirlo? La cosa acabó cuando Kückelmann llevó a su hotel al mendigo Josef Kleiderer.

Este le había dicho que estaba totalmente sano y sólo un poco desnutrido, y de pronto, Kückelmann tuvo una visión que surgió entre un camarero pringoso y una caja registradora plateada.

A partir de ese día se hizo servir las comidas en su habitación del hotel y las compartió con Josef Kleiderer, de suerte que éste, que siguió conservando toda su mugre encima, se recuperó por completo en el curso de tres semanas y adquirió incluso un aspecto floreciente. La gente que lo había conocido antes decía que estaba irreconocible: tan gordo que había que tomarse un trago a su salud. A cambio de todo eso, Kückelmann le pidió tan sólo que lo acompañara a una compañía de seguros de vida ya que él, Kückelmann, valoraba tanto su vida —la de Kleiderer— que quería ponerse a cubierto por lo que pudiera ocurrirle, cosa que Kleiderer entendió perfectamente. De modo que Kückelmann aseguró a Kleiderer por 100.000 marcos y pagó la prima inicial con la última cantidad importante de dinero que le quedaba. En el camino de regreso dijo a Kleiderer que tenía que comprar cigarrillos y desapareció en una tabaquería de la que no volvió a salir. Con un profundo y comprensible abatimiento, Kleiderer se encaminó al hotel, pero tanto allí como en la cervecería esperó en vano al desaparecido.

Y en la cervecería empezó a esperar con frecuencia a su benefactor perdido; y su decadencia, la del indigente, no se hizo esperar mucho tiempo. Su aspecto floreciente aún le duró unos días, pero luego empezó a enflaquecer, y antes de que transcurrieran tres semanas se le vio otra vez en la cervecería con su antiguo aspecto de esqueleto ambulante que ingería cerveza. Y, como la vez anterior, Kückelmann apareció un buen día detrás de unos periódicos.

Aún seguía interesándose mucho por Kleiderer, le dio de comer en seguida y hasta le pidió que lo acompañara a ver a su banquero, cosa que Kleiderer aceptó.

Cuando estuvieron donde el banquero, Kückelmann sacó los papeles del seguro de Kleiderer, a quien presentó como su cuñado, y pidió al banquero que le comprara esos papeles a él, Kückelmann. Como estaba atravesando una situación económica difícil, no podía seguir pagando las primas, le dijo, y añadió que a Josef Kleiderer no le quedaba ni una semana de vida (cualquiera podía darse cuenta con sólo echarle un vistazo, ya que estaba en los huesos), y entonces el seguro de vida de 100.000 marcos pasaría automáticamente al dueño de los papeles. El banquero observó atentamente a Josef Kleiderer y pagó 40.000 marcos por el documento.

Kückelmann, que puso cara de gran abatimiento, se guardó suspirando los billetes en una cartera de tafilete, remolcó cuidadosamente a su agonizante «cuñado» a través del portal, lo ayudó a subir a un coche de punto y lo invitó a comer con él al *Lauer*.

En los días siguientes comieron en el *Lauer*, el *Kempinski* y en el bar del Bristol.

Kückelmann se alegraba como un niño viendo que Kleiderer volvía a florecer, y le demostró concluyentemente que, entre otras cosas, escuchar música seria con el café y el puro importado ayudaba a engordar.

Al cabo de dos semanas cuidadosamente planificadas, Kleiderer, en el que Kückelmann podía invertir ahora más dinero que la primera vez, estaba totalmente

restablecido, y un buen día Kückelmann se dirigió con él a casa del banquero.

El hombre se quedó de una pieza. Posteriormente Kückelmann solía asegurar en el círculo de sus clientes que ningún otro hubiera reconocido en el rechoncho y sonriente Josef Kleiderer al «esqueleto» de antes, pero aquel banquero lo reconoció con sólo verlo. Tenía la vista de lince de un hombre que ha pagado 40.000 marcos.

Kückelmann le explicó emocionado que su cuñado se había recuperado más de lo que esperaban, ya que al parecer eran una familia de una vitalidad extraordinaria. Y tal como estaban ahora las cosas, él no podía permitir, por supuesto, que alguien siguiera pagando primas de seguro durante treinta o cuarenta años, pues un hombre así podía llegar tranquilamente a los setenta, e incluso a los ochenta. De ahí que por lealtad a su Banco él estuviera dispuesto a comprar nuevamente, y por un precio razonable, esos papeles desvalorizados por tan feliz circunstancia. El precio que él se creía en condiciones de ofrecer era de 2.500 marcos. El banquero calculó mentalmente las costas judiciales que le supondría ceder a su necesidad de romperle la dentadura a Kückelmann y reprimió este deseo, ya que sólo cumplía años una vez al año. Aceptó los 2.500 marcos por los papeles del seguro y se limitó a revisar seriamente sus opiniones sobre su propia idoneidad para enfrentarse a la vida.

Kückelmann guardó la póliza del seguro en su cartera de tafilete, salió antes que Josef Kleiderer por la puerta vidriera, se echó ligeramente hacia atrás su borsalino y desapareció en un taxi como en una nube ante los ojos de Kleiderer.

Éste, cuyo segundo período de florecimiento tocó así a su fin, ya no volvió a buscarlo. Un sordo desasosiego se apoderó de aquel hombre simple, que no entendía en absoluto el sorprendente, aunque sin duda lucrativo, comportamiento de su periódico benefactor. No tardó en decaer, y cuando Kückelmann reapareció —como él había previsto—, lo invitó otra vez a comer, fue con él a ver a un banquero al que volvió a venderle los mismos papeles del seguro, se guardó el dinero en su cartera de tafilete y lo invitó a comer con él una vez más, Kleiderer sintió surgir en él una insensata rebeldía. Como tenía hambre, no podía rechazar la comida, pero a partir de entonces se limitó a comer lo indispensable. Comía con aire en cierto modo ausente, sí, y hasta con asco. Escuchaba los elogiosos comentarios de Kückelmann sobre la mejoría de su aspecto (pues la comida es la comida y engorda) mirándolo de reojo y de abajo arriba, y pasaba a toda prisa ante los espejos, volviendo la cara al otro lado. Y un buen día, cuando aún no estaba nada gordo, empezó a recorrer, con gran asombro de Kückelmann, las oficinas de varios periódicos en busca de trabajo. Eligió el oficio de repartidor de diarios. La retribución era modesta, pero el trabajo le daba la oportunidad de subir infinidad de escaleras. Mas antes de que ese continuo movimiento pudiera frenar su aumento de peso, Kückelmann le mostró astutamente los papeles del seguro en el transcurso de una cena por la que Kleiderer se había dejado tentar una vez más. Y con un par de ojos a los que afloró todo un profundo

océano de cenagosos sentimientos de venganza, Josef Kleiderer vio cómo unas miradas decepcionadas volvían a calcular el volumen de su cuerpo y Kückelmann sacaba nuevamente su cartera de tafilete.

Por aquella época fundó Kückelmann la conocida fábrica de conservas Kückelmann. Tenía poco tiempo para ocuparse de Kleiderer, que, claro está, volvió a decaer totalmente. Sus negocios marchaban viento en popa. Sin embargo, aunque esta vez sólo al cabo de unos meses y porque tenía por principio llevar a término cualquier negocio iniciado, buscó nuevamente a Kleiderer, sumido otra vez en el lodazal de la miseria. Pero se llevó una sorpresa. Aquel hombre al que había sacado una y otra vez del arroyo, al que había vestido y alimentado —o mejor dicho cebado—, aquel hombre que le debía los pocos períodos de florecimiento de su indolente y miserable vida, tuvo la desfachatez de rechazar una amable invitación a comer —hecha por puro sentimentalismo— con una respuesta que no es posible consignar aquí.

Cuatro hombres y una partida de póquer
o
Demasiada suerte no es suerte

Estaban arrellanados en sillones de mimbre, en La Habana, e ignoraban la existencia del mundo. Cuando el calor les resultaba excesivo, bebían agua helada; de noche bailaban boston en el hotel *Atlantic*. Los cuatro tenían dinero.

Los periódicos decían que eran unos fuera de serie. Y cuando ellos leían eso tres veces, tiraban el periódico al mar o bien lo sostenían firmemente con ambas manos y lo agujereaban con la punta del zapato. Tres de ellos habían batido récords de natación ante diez mil personas; el cuarto las había congregado allí. Tras haber batido a sus rivales y leído los periódicos, se embarcaron. Volvían a Nueva York con los bolsillos rebosantes de dinero.

En realidad, esta historia sólo podría contarse debidamente con acompañamiento de jazz. Es poética de la A a la Z. Empieza con humo de cigarrillos y carcajadas y termina con una muerte.

Pues entre ellos había uno al que, según constaba, la fortuna le había sonreído siempre. Era lo que se dice un hombre de suerte. Se llamaba Johnny Baker. Johnny el suertudo. Era uno de los mejores nadadores (en trayecto corto) de ambos hemisferios. Pero su ridícula buena suerte arrojaba una sombra sobre cada uno de sus triunfos. Pues cuando un hombre encuentra, por así decirlo, un billete de un dólar en cada servilleta de papel, la gente empieza a desconfiar de su talento para los negocios, aunque sea un Rockefeller. Y los demás desconfiaban.

Había triunfado en La Habana como los otros dos, ganando por un cuerpo la carrera de 200 yardas. Pero, una vez más, había sido imposible ocultar el hecho de que su principal rival no había podido aguantar el clima y se había sentido indispuesto. El propio Johnny dijo, claro está, que nunca le perdonarían algo así y dirían muchos disparates acerca de su «suerte», cuando lo único que él había hecho era nadar bien. Y cuando dijo esto, los otros dos sonrieron.

Así estaban las cosas cuando empezó esta historia, y empezó con una partidita de póquer. La travesía en barco era aburrida.

El cielo era azul, y el mar también era azul. Las bebidas eran buenas, pero eran siempre igualmente buenas. Los puros podían fumarse igual de bien que cualquier otro puro. En pocas palabras: el cielo, el mar, las bebidas y los puros no eran buenos.

Esperaban divertirse mucho más con una partidita de póquer. Empezaron poco antes de las Bermudas. Se instalaron cómodamente y cada uno utilizó dos sillas. Como auténticos *gentlemen* se pusieron de acuerdo sobre la disposición de sus sillas. Los pies de uno vinieron a quedar junto a la oreja del otro. Y así, poco antes de llegar a las Bermudas, iniciaron lo que sería su ruina.

Como Johnny se había ofendido por ciertas insinuaciones, empezaron a jugar los otros tres. Uno ganaba, otro perdía, otro se mantenía. Jugaban con fichas de hojalata cuyo valor habían fijado en cinco céntimos. Uno de ellos se aburrió al cabo de un rato y abandonó el juego. Johnny lo sustituyó. Y al instante la cosa dejó de ser aburrida, porque Johnny empezó a ganar. Si había algo que Johnny no sabía era jugar al póquer, pero lo que sí sabía era ganar jugando al póquer.

Cuando Johnny hacía faroles era tan ridículo hacerlos que ningún jugador de póquer del mundo se hubiera atrevido a imitarlo. Y cuando alguien que conocía a Johnny hubiera imaginado un farol en sus manos, Johnny, sin sospechar nada, ponía una escalera real sobre la mesa.

Transcurridas dos horas, Johnny seguía jugando con un desapego absoluto. Los otros dos, en cambio, se habían animado. Cuando el cuarto hombre volvió al cabo de esas dos horas de la cocina —donde había estado viendo pelar patatas—, observó que estaban repartiendo nuevamente las fichas de hojalata y que ahora valían un dólar. Este pequeño aumento era la única posibilidad que tenían los compañeros de Johnny de recuperar parte de su dinero. La cosa era muy simple: tenían que quitarle a carretadas el dinero que él les había sacado céntimo a céntimo. Ni un padre de familia hubiera podido jugar con mayor cautela que ellos. Pero el que recogió dólares a carretadas fue Johnny.

Al principio jugaron seis horas durante las cuales hubieran podido retirarse del juego en cualquier momento sin dejarle a Johnny más beneficios que el producto de sus triunfos en La Habana. Pero después de esas seis horas de esfuerzos y tensiones les fue imposible hacerlo.

Llegó la hora de cenar. Cenaron a toda prisa. En vez de tenedores sentían póquers entre los dedos, y al comer bistecs pensaban en escaleras reales. El cuarto compañero comió con mucha más lentitud. Les dijo que tenía realmente ganas de participar en el asunto, que ahora había al menos algo de emoción en aquel general aburrimiento.

Después de la cena reiniciaron la partida, esta vez los cuatro. Jugaron ocho horas. Ya habían dejado atrás las Bermudas cuando, hacia las tres de la mañana, Johnny contó su dinero.

Durmieron cinco horas bastante mal y volvieron a empezar. Era gente que, en cualquier caso, tenía ya años de ruina por delante. Aún les quedaba un día de viaje; la llegada a Nueva York estaba prevista para las doce de la noche. En el curso de aquel día tendrían que procurar no quedar arruinados de por vida. Pues entre ellos había

uno que, aunque jugara mal al póquer, los estaba succionando hasta la médula.

Por la mañana, cuando la presencia de algunos barcos les indicó la proximidad de la costa, empezaron a jugarse sus casas. Johnny lo ganó todo, además de un piano. Luego se concedieron dos horas de descanso al mediodía y, acto seguido, iniciaron una encarnizada batalla por los trajes que aún llevaban puestos. A las cinco de la tarde se vieron obligados a seguir. El hombre que se había incorporado al juego después de las Bermudas y había cenado con toda tranquilidad mientras los otros ya no reconocían ni sus tenedores, propuso entonces a Johnny que se jugaran a su novia, es decir que si Johnny ganaba, tendría derecho a asistir con una tal Jenny Smith al baile de las viudas del orfeón de Hoboken, pero si perdía, tendría que devolverles a los tres todo lo que les había ganado. Y Johnny aceptó.

Primero se informó.

—¿Y tú no vendrás al baile?

—Ni hablar.

—¿Y no lo tomarás a mal?

—No lo tomaré a mal.

—¿Y a ella tampoco?

—¿Qué significa «a ella tampoco»?

—Que si no se lo tomarás a mal a ella, a esa chica Jenny.

—No, hombre, a ella tampoco se lo tomaré a mal.

Y Johnny ganó.

Si usted juega una partida, gana, se guarda la ganancia en el bolsillo, se pone el sombrero y se va, podrá decir que ha estado en peligro y se ha escapado. Pero si tiene usted buen corazón, se queda sentado y les brinda otra oportunidad a sus compañeros de juego, nunca más podrá sacárselos de encima, a menos que acabe usted recalando en una casa de beneficencia; le roerán el hígado como buitres. Para jugar al póquer hay que tener un corazón tan duro como el exigido por cualquier otra forma de expropiación.

Johnny cedió ante los otros a partir del momento en que entró a jugar sustituyendo al hombre que se había retirado. Lo habían obligado a mirarse varios miles de cartas, privándolo de su sueño y encargándose de que engullera sus comidas a toda prisa como un jornalero. Les hubiera encantado colgarle su bistec de un hilo sobre su asiento para que él le diera un mordisco cada seis horas, mientras seguía jugando. Todo aquello molestaba mucho a Johnny.

Cuando se levantó de la mesa tras ganarse a aquella chica —cosa que, en su opinión, fue la gota que colmó la medida—, creyó ingenuamente que los otros ya tendrían más que suficiente. Se habían enfrentado con él porque, si bien sabían que era un suertudo, pensaron que de póquer sabía tan poco como un maquinista de geografía. Pero el maquinista tiene rieles que algo entienden de geografía: después de

todo, el hombre va de Nueva York a Chicago y no a otro lugar. Él había ganado según ese sistema, y su problema era ahora ver cómo podía devolverles sus ganancias sin ofenderlos demasiado. El corazón de Johnny era su punto débil. Poseía demasiada delicadeza humana.

En seguida les dijo que no se preocuparan, que todo había sido, naturalmente, una broma. Pero ellos no respondieron. Continuaron allí sentados como lo venían haciendo desde el día anterior, contemplando las gaviotas que ahora eran mucho más numerosas.

De su actitud dedujo Johnny que, según ellos, más de veinticuatro horas de póquer era algo que nada tenía que ver con una broma.

Se apoyó en la borda y se puso a pensar. De pronto se le ocurrió la solución. Primero les propuso que cenaran con él para recuperar energías. Todo por cuenta suya, naturalmente. Había pensado organizar una gran velada, algo muy divertido, una cena realmente lujosa. Él mismo mezclaría las bebidas que luego aflojarían las lenguas. Dadas las circunstancias, los gastos no importaban nada. Pensó incluso en comprar caviar. Johnny esperaba mucho de esa cena.

No dijeron que no.

Lo aceptaron sin mucho entusiasmo, pero dijeron que asistirían. De todas formas, era la hora de cenar.

Johnny se fue a encargar la cena. Entró en la cocina y trató al cocinero con mil y un miramientos. Quería que les sirviera a él y a sus amigos una cena espléndida, le dijo, una cena que hiciera empalidecer a todo cuanto hubiera producido nunca la cocina de un barco de lujo en el trayecto de La Habana a Nueva York. Johnny se sintió mucho mejor tras aquel sencillo diálogo con el cocinero.

Durante esa media hora nadie dijo una palabra en cubierta.

Abajo, el propio Johnny preparó la mesa. Junto a su asiento colocó una mesita sobre la que puso las bebidas. No tuvo necesidad de levantarse para preparar los cócteles. Mandó llamar a sus invitados por el cocinero. Estos bajaron con expresión impasible y se sentaron deprisa como si se tratara de una cena habitual. Reinaba poca animación en el ambiente.

Johnny había pensado que una cena los volvería más accesibles. En general la gente se muestra comunicativa cuando come, y la cena era excelente. Comieron hasta hartarse, pero nada parecía gustarles. Devoraron la verdura fresca como si hubiera sido sopa de guisantes, y los pollos asados como una loncha de tocino servida en un figón. Parecían tener sus propias opiniones sobre el banquete de Johnny. Uno de ellos cogió en cierto momento una ollita de porcelana primorosamente barnizada y preguntó:

—¿Esto es caviar?

Y Johnny, fiel a la verdad, le contestó:

—Sí, y el mejor de todos los que pueden servir en esta carraca destartalada.

El hombre asintió con la cabeza y empezó a comerse el contenido con una cuchara. Seguidamente, otro señaló a los demás un preparado de mayonesa curiosamente envasado y ellos sonrieron. Este y otros rasgos en el comportamiento de sus invitados no se le escaparon al anfitrión.

Pero sólo a la hora del café cayó Johnny en la cuenta de que había sido una insolencia de su parte invitarlos a aquella cena. No parecían comprender en absoluto que él quisiera emplear el dinero ganado en gastos de utilidad general. La verdad es que sólo parecieron valorar la magnitud de sus pérdidas al ver cómo su dinero era dilapidado en esa absurda comilona. Algo comparable, oiga usted, a una mujer que quisiera abandonarlo. Si llega usted a leer una hermosa carta de despedida, quizás la entienda, pero si la ve subir a un taxi con otro hombre se sentirá afectado, y sólo entonces, por lo ocurrido. Johnny estaba seriamente afectado.

Eran las ocho de la noche. Afuera se oían ya las sirenas de los remolcadores. Aún quedaban cuatro horas para llegar a Nueva York.

Johnny intuyó oscuramente que sería intolerable quedarse cuatro horas más con esa gente arruinada y en aquel camarote vacío. Pero tampoco era cuestión de levantarse e irse así como así. Y en esa situación vislumbró una vez más su única posibilidad: les propuso que se jugaran otra vez el todo por el todo.

Dejaron las tazas de café, pusieron las latas de conserva semivacías en una esquina de la mesa y repartieron nuevamente las cartas.

Como al principio, volvieron a jugar por dinero y con las fichas de hojalata. Johnny observó que los tres se negaron a sobrepasar una determinada apuesta. Se habían tomado otra vez el juego en serio.

Ya en la primera mano le salió un póquer. Pese a lo cual, en la segunda se retiró del juego y les dejó libertad para apostar. Algo había aprendido, decididamente.

En la segunda y tercera partidas, y a medida que las apuestas iban subiendo, él los dejó hacer faroles y siguió jugando como pudo. Pero uno de ellos lo miró tranquilamente a la cara y le dijo: «¡Juega bien!». Y Johnny jugó varias veces como antes y ganó como antes. Y entonces lo invadió el curioso deseo de jugar según se fuera presentando el juego y aprovechar sus oportunidades allí donde las viera, como cualquier otro. Y al observar de nuevo las caras de sus compañeros, vio que casi ni miraban sus cartas y se limitaban a tirarlas sobre la mesa; y él se descorazonó. Quiso volver a jugar mal, pero cada vez que se le presentaba la ocasión de hacerlo se sentía tan observado que no se atrevía. Y cuando jugaba mal por torpeza, ellos jugaban peor aún, pues sólo creían en la suerte de Johnny. Sin embargo, su inseguridad les parecía maldad pura y simple. Cada vez se hallaban más convencidos de que estaba jugando con ellos como el gato con el ratón.

Cuando tuvo, una vez más, todas las fichas frente a él, los otros tres se levantaron.

Sólo él permaneció un rato más sentado, con la mente en blanco, entre las cartas y las latas de conserva. Eran las once. Estaban a una hora de Nueva York.

Cuatro hombres y una partida de póquer en la cabina de un barco, en el trayecto La Habana-Nueva York.

Aún les quedaba algo de tiempo. Como el aire estaba muy cargado en la cabina, decidieron darse una vuelta por la cubierta. El aire fresco los reanimaría. La idea de respirar aire fresco pareció ponerlos de mejor humor. Hasta le preguntaron a Johnny si quería subir a cubierta con ellos.

Pero Johnny no quería.

Cuando los otros tres vieron que Johnny no quería, empezaron a insistir en que lo hiciera.

Y Johnny perdió por primera vez los estribos y cometió el error de no levantarse en seguida. Probablemente les dio así la oportunidad de leer más tiempo el miedo en su cara. Y eso los llevó a tomar una decisión.

Cinco minutos más tarde, sin decir esta boca es mía, Johnny subió a cubierta con ellos. Por la escalerilla podían subir dos a la vez. Uno de ellos precedió a Johnny, otro se puso detrás y el tercero subió la escalerilla a su lado.

Cuando llegaron arriba, la noche estaba fría y brumosa, y la cubierta, húmeda y resbaladiza. Johnny estaba contento de poder mantenerse en el centro.

Pasaron junto al timón, donde había un hombre que no les prestó atención. Estando ya a cuatro pasos de él, Johnny tuvo la sensación de haber perdido una oportunidad. Pero ya se acercaban a la barandilla de popa.

Al llegar a la borda, Johnny quiso llevar a cabo su plan y gritar a voz en cuello. Pero no lo hizo; y no lo hizo, curiosamente, debido a la niebla. Pues cuando la gente ve mal, cree que nadie puede oírlos.

Desde la barandilla lo tiraron al agua.

Luego se instalaron otra vez en la cabina, se acabaron las latas semivacías, se sirvieron los restos de las bebidas y se preguntaron, tres hombres y una partida de póquer en el trayecto de La Habana a Nueva York, si Johnny Baker, que en esos momentos debía de estar nadando tras la luz roja del barco que se alejaba a toda máquina, podría nadar tan bien como era capaz de ganar al póquer.

Pero nadie puede nadar tan bien como para salvarse de los hombres cuando tiene demasiada suerte en el mundo.

Barbara

He estado pensando largo rato en cómo podría llamarse esta historia, y al final supe que debía llamarse «Barbara». Admito que Barbara sólo aparece al principio y que a lo largo de todo el relato no queda muy favorecida que digamos. Pero la historia no puede llevar otro título que Barbara.

Edmund, a quien llaman Eddi, cien kilos de melancolía, hizo muy mal en llevarme a las nueve de la noche a casa de Barbara, Lietzenburger Strasse 53, sólo porque nos habíamos tomado unos cuantos cócteles en el Kurfürstendamm y su Chrysler estaba aparcado frente al bar, y a sabiendas de que Barbara tenía «una entrevista importantísima con el director de un cabaret».

Tocamos el timbre, entramos, colgamos nuestros abrigos, vimos a Barbara venir hacia nosotros hecha una furia y la oímos gritar: «Me vas a volver loca con tus celos estúpidos», tras lo cual se cerró una puerta y cuando acordamos ya estábamos de nuevo abajo, junto al Chrysler de Eddi. Nos metimos en él de inmediato.

Eddi conducía muy de prisa. Pasó como una ráfaga entre dos tranvías que se cruzaban en ese momento, le rozó, o casi, la barbilla a una anciana y bordeó a un guardia urbano antes de lanzarse a toda máquina por el puente del Halensee.

Y no paró de hablar todo ese tiempo. Su aspecto era exactamente el de una bola de grasa con un sombrero negro y tieso por cabeza y una palanquita negra en el centro, y entre ésta y el sombrero —todo cuidadosamente acolchado en grasa— un volante bastante grande. Y esa bola de grasa avanzaba ahora a una velocidad monstruosa y cada vez mayor en dirección a los grandes bosques.

Y como ya he dicho, la bola de grasa no paraba de hablar.

—Ya lo ves —decía—, y esto ha sido una insignificancia. Una pequeña descortesía producto de un gran nerviosismo. Pero son justamente estas insignificancias las que me tienen harto, sí, francamente harto. ¡Qué celos ni ocho cuartos! Si hay alguien que no es celoso, que no conoce ese sentimiento ni lo ha conocido nunca, ese alguien soy yo. Claro que tampoco me muero por entrevistarme con directores de cabaret, lo que además sería demasiado pedir. Y claro que ella está en su derecho al recibir a un tipo así en su casa, a las nueve de la noche y en pijama, y si hay alguien que respeta los derechos ajenos sean los que sean y hasta los límites más extremos, ese alguien soy yo. Pero esto es simple y llanamente una estupidez de Barbara. Te lo digo yo. ¡Celos!

No te imaginas la rabia que me entra cuando veo un sobretodo masculino colgado en el ropero de Barbara. Claro que no es por el sobretodo. Tampoco sé por qué es, pero siento una aversión instintiva hacia los abrigos con forro de piel. El mío, el que yo uso, también me repele. Pero hace ya mucho tiempo que he renunciado a expresar mis propias opiniones. Y te juro que esta vez la cosa se ha acabado. Definitivamente.

En estos términos me iba hablando Eddi mientras cruzábamos el puente sobre el Halensee. Al llegar a Grunewald él ya estaba mucho más lejos. Era una noche oscura con una niebla muy desagradable, y yo hubiera preferido estar en casa. Pero Eddi aún tenía mucho que decir.

Estaba abiertamente decidido a exponerme su cosmovisión. Me iba diciendo todo lo que pensaba del mundo. Y me lo decía sin tapujos mientras rodaba a una velocidad de 90 kilómetros por un camino que, en realidad, sólo existía en su imaginación. Era un mal filósofo y un excelente conductor, pero su forma de conducir era mucho más peligrosa que su filosofía. Decía que, en general, los hombres estaban mal hechos. Un fallo de construcción como el de ciertos vehículos no sometidos a ninguna prueba y que algunas empresas lanzan al mercado con demasiada rapidez, tapando las deficiencias con una preciosa carrocería de aluminio. Pero yo iba viendo pinos que pasaban como una exhalación y tuve la sensación de que ese ritmo era sencillamente excesivo.

Eddi aceleró un poco más para aumentar el ritmo y me dijo lo que pensaba de las mujeres. Y cuando hubo alcanzado los 100 kilómetros por hora, me dijo que las mujeres eran algo tan asqueroso que él se preguntaba por qué todo el mundo las ponía siempre por encima de otros animales domésticos mucho más de fiar. Eran muy poco sólidas, sí, auténticos tabiques de madera. Y se empecinó en aplicar la palabra «tabiques» a las mujeres. La repitió varias veces y añadió que la policía municipal debería prohibirlas por su falta de solidez, y con esto alcanzó la terrorífica velocidad de 110 kilómetros.

A esa marcha (¡110 kilómetros por hora!) mal podía yo verificar los argumentos de Eddi contra las mujeres, pero los pinos que veía desaparecer como un soplo a mi lado me parecían extraordinariamente sólidos y consistentes.

Lo terrible era que el pesimismo vital de Eddi tenía un pie que presionaba el acelerador. Como era imposible apartar aquel pie, lo máximo que podía yo intentar era hacer algo contra el pesimismo.

Por eso empecé a enumerarle, en plena noche y en un camino sin iluminar entre Wannsee y Potsdam, Grunewald, etc., las ventajas de este planeta a aquella bola de grasa desbocada. Como no podía entrar en detalles dadas las circunstancias, le dije simplemente que todo era relativo, aunque veía que nuestra velocidad era, sin ninguna duda, absoluta. Por cierto que no nos movíamos con una rapidez precisamente «relativa» hacia nuestra muerte. Cuando llegué al tema «después de la

lluvia sale el sol», estábamos bajando a toda marcha por una pendiente boscosa, y cuando, una vez abajo, atravesamos una pradera, mi conferencia sobre «los lados buenos que también tienen las mujeres» sólo pudo tener, claro está, una eficacia mínima. Allí abajo, Eddi volvió a divisar la carretera y pudo imponer otra vez a su coche una velocidad adecuada a su desesperación.

Yo estaba agotado. Preveía que al amanecer yaceríamos los tres junto a algún poste kilométrico hasta ese momento sin tacha; los tres, es decir algo que alguna vez fue un coche, uno que alguna vez fue un loco y otro que en su momento fue víctima de aquel loco. Mi encono era terrible.

Viajamos un rato, como mínimo una media hora, sumidos en un sombrío silencio, pero sin que la velocidad disminuyera en nada. Luego Eddi volvió a bajar por otra pendiente con grava y yo le dije en tono áspero:

—¡Conduces fatal!

Esta breve frase, dicha con la mayor seriedad, tuvo un notable efecto en Eddi. Tenía fama de ser un excelente conductor. Conducir era lo único que sabía hacer.

Un sonido apagado brotó de su deforme corpachón. Sonó como el gemido de un mastodonte al que le hubieran dicho que era demasiado débil para arrancar una brizna de hierba.

Y entonces llegó a los 120 kilómetros.

Estábamos justamente en un paraje lleno de curvas y Eddi cogía cada curva con el acelerador a fondo. Había poca luz; sólo en las aldeas se veían lucecitas aisladas, de establos, etc. Al débil y fugaz resplandor de una de ellas pude ver la cara de Eddi; en su rostro de niño había una sonrisa leve y despectiva que ya no era de este mundo.

Pero en medio de un bosque negro como el pecado, el motor empezó a fallar.

Eddi aceleró.

Y el coche perdió velocidad.

Eddi pisó el embrague y volvió a acelerar.

Y el coche se detuvo.

Ya no tenía gasolina.

Eddi se apeó y miró el depósito de gasolina, luego levantó su bidón, lo sacudió y se sentó en el estribo con aire desolado. Estábamos en un bosque sin principio ni final, un bosque que seguramente no figuraba en los mapas. Debía de quedar bastante al Este, pues hacía un frío que pelaba.

Y con esto termina, en realidad, mi historia. Ya sólo puedo añadir que a la mañana siguiente, los pobladores de un remoto villorrio vieron llegar a dos hombres que empujaban un Chrysler mientras uno de ellos, delgado, le iba diciendo al otro todo lo que pensaba de él y algunas cosas más, y el otro, una estropeada bola de grasa sin forma alguna, empujaba resoplando y se reía de rato en rato.

Pero era una risa infantil y alegre.



NOMBRE DEL AUTOR, lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit. Nunc vel libero sed est ultrices elementum at vel lacus. Sed laoreet, velit nec congue pellentesque, quam urna pretium nunc, et ultrices nulla lacus non libero. Integer eu leo justo, vel sodales arcu. Donec posuere nunc in lectus laoreet a rhoncus enim fermentum. Nunc luctus accumsan ligula eu molestie. Phasellus vitae elit in eros ornare tempor quis sed sapien. Aliquam eu nisl placerat mi scelerisque semper. Pellentesque habitant morbi tristique senectus et netus et malesuada fames ac turpis egestas. Nulla aliquam, turpis in volutpat tincidunt, nisl ipsum ultrices augue, eu pretium sapien lorem non nibh. Vestibulum accumsan placerat scelerisque.

Etiam egestas interdum consectetur. Suspendisse sagittis viverra quam, sed dictum tortor euismod et. Fusce et enim vitae velit dignissim pharetra. Phasellus congue mollis magna at blandit. Morbi sit amet dolor lacus. Class aptent taciti sociosqu ad litora torquent per conubia nostra, per inceptos himenaeos. Aenean sodales varius egestas. Nunc ut lectus eros, a fringilla purus. Integer aliquam lacinia libero, at volutpat libero imperdiet id. Suspendisse laoreet lacus vitae mauris consequat mollis.